

José Gabriel Navarro

# Los franciscanos en la conquista y colonización de América

(Fuera de las Antillas)

Obra premiada en el Concurso Internacional  
de la Habana, con motivo del VII Centena-  
rio de la muerte de San Francisco de Asís



M A D R I D  
EDICIONES CULTURA HISPANICA

1 9 5 5

BX3607  
.N32



BX3607  
.N32

SLS  

---

AES



**Los franciscanos en la conquista  
y colonización de América**

*(Fuera de las Antillas)*



✓  
José Gabriel Navarro



# Los franciscanos en la conquista y colonización de América

(Fuera de las Antillas)

Obra premiada en el Concurso Internacional  
de la Habana, con motivo del VII Centena-  
rio de la muerte de San Francisco de Asís



M A D R I D  
EDICIONES CULTURA HISPANICA

1955

*PROPIEDAD RESERVADA*

*IMPRESO EN ESPAÑA*

**I N D I C E**



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

# I N D I C E

---

	<u>Págs.</u>
I.—Los primeros franciscanos en América... ..	11
II.—Florida.—Venezuela.—El Dorado... ..	21
III.—Colombia.—América Central ... ..	35
IV.—México ... ..	57
V.—Los franciscanos y la libertad de los indios ...	83
VI.—América del Sur ... ..	99
VII.—Quito.—Fray Antonio de Zúñiga y otros ilustres franciscanos ... ..	111
VIII.—La Pampa del Sacramento.—Las Misiones de Mainas.—Perú ... ..	133
IX.—Perú (continuación) ... ..	153
X.—Chile.—Río de la Plata.—Brasil y Paraguay...	159



*A Su Santidad el Papa Pio XII  
dedica estas flores, recogidas del  
jardín franciscano,*

*El autor*



No había pasado un siglo del descubrimiento de América, cuando ya se suscitaban fuertes y encarnizadas controversias entre franciscanos, dominicanos, mercedarios y agustinos respecto a la primacía que sus respectivas órdenes religiosas tuvieron en la venida al Nuevo Mundo y en su colonización. Basta leer las Crónicas autorizadas de aquellas religiones, escritas en los siglos xvii y xviii, para formar cabal idea de esas disputas (en las que por otra parte ninguna de ellas ha cedido hasta ahora el terreno a las otras) y ver cómo sus cronistas han sido los causantes e inspiradores de las erróneas afirmaciones de los escritores que, aisladamente, las han consultado después. Y—cosa singular—el mismo e idéntico pleito producido, tratándose de la concurrencia del elemento religioso en el descubrimiento del Nuevo Continente, se ha suscitado también respecto a su venida a cada una de sus actuales secciones territoriales.



**LOS PRIMEROS FRANCISCANOS EN AMERICA**



# I

Cuando Cristóbal Colón vino a descubrir las Indias Occidentales, ¿trajo fraile alguno consigo que le acompañase? Cuestión es ésta muy debatida entre los historiadores. Los cronistas franciscanos aseguran que el mismo P. Fr. Juan Pérez, el célebre Guardián de La Rábida, abandonó su convento y acompañó a Colón; pero discrepan en la época; pues mientras algunos, como Gonzaga y Torrubia, dicen que vino en el primer viaje y fundó la primera iglesia en el Nuevo Mundo, en la Isla Española, y más tarde la Provincia franciscana de Santa Cruz, otros, como Arturo, en su *Martirologio franciscano*, y Fr. Pedro Simón, en su *Historia de Tierrafirme*, aseguran que vino en el segundo. Y si es cierto que el P. Fr. Bernardo Boil, Buyl o Buil, acompañó a Colón en su segundo viaje, los benedictinos disputan a los franciscanos, aunque sin razón aparente, la personalidad de dicho religioso.

A su vez, el P. Fr. Bernardo de Vargas (1) y el P. Sal-

---

(1) *In cujus detectione fratres nostri ante alios primi fuerunt, qui milites christianos spiritualibus armis adinvenerunt & in Indorum conversione stremitissime insudarunt. Quae res inter graves auctores liquido constat. Petrus Martir ab Angleria Mediolanensis qui fuit Legatus Regum Catholicorum ad Babylonicum Regem in libro suo de Rebus Oceani & Novo*

merón, distinguidos y autorizados cronistas de la Orden Mercedaria, afirman que el año 1492, cuando Colón realizó su empresa de descubrir el Nuevo Mundo, trajo en su compañía, como Capellán y confesor, a un religioso de aquella Orden, al P. Solórzano, natural de Aguilar del Campo, y que fué también confesor de almas de Oxeda. El P. Salmerón, para probar su aserto, se apoya también en el testimonio de Pedro Mártir de Anglería y en el del P. Fr. Antonio de Remesal, reputado cronista de la Orden dominicana, y concluye que los religiosos mercedarios fueron los primeros que pasaron a las Indias para predicar y bautizar a los infieles, con autorización del General de la Orden, Fr. Juan Urgel, con cuya bendición dicen que dieron principio los mercedarios a la conquista del Nuevo Mundo.

Es curioso, eso sí, que el P. Salmerón, olvidándose de su primer aserto, diga a vuelta de página que a Colón acompañaron en su viaje al Nuevo Mundo dos religiosos en vez de uno.

Si hemos de hablar en verdad, nuestro criterio se manifiesta desconfiado de estas aseveraciones hechas sobre la primera religión que se hizo presente en el descubrimiento del Continente americano; pero si se puede afirmar como naturalmente probable la venida de algún religioso con

---

*Orbe, hoc insinuare videtur.* Pero no se conforma con estas únicas frases. Apoyándose en el testimonio de este mismo autor, refiere una curiosa historia, en la que hace aparecer a Colón, navegando con su capellán, fraile mercenario, y añade: *Sed licet horum fratrum nomina, auctorum incuria, in historiis expresa non reperiantur.*

(Chronica Sacri et Militaris Ordinis B. Mariae de Mercede, auctore Fr. Bernardo de Vargas. M D C. XIX. Liber secundus. XXI, fol. 350 y 351.)

Cristóbal Colón, nos inclinamos a creer que fuese algún franciscano, y aun posiblemente del propio convento de La Rábida, único sitio en el mundo de ese tiempo en donde encontró calor para su idea, rechazada en Francia, Italia, Portugal y hasta en la misma España.

En todo caso, si no nos es dable afirmar que sin La Rábida franciscana no se habría realizado el descubrimiento de América, nadie puede negar que fué llevado a término con el concurso de los hijos del Serafín de Asís. «Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, después de aquella de Dios Eterno», dice Colón en la carta que escribió a los Reyes Católicos desde la Isla Española, después de quejarse amargamente del desprecio con que le acogieron todos los sabios y poderosos de la tierra; y en otra que les dirigió, volviendo sobre el mismo tema, cuenta cómo todos se burlaban de él haciendo fisga de sus teorías, y añade: «salvo dos frailes que siempre fueron constantes», aludiendo a Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena: el Guardián del convento de La Rábida y confesor de la Reina Isabel, el fraile *estrólogo* que defendió, junto con su hermano en religión, Fray Diego de Deza, la idea de Colón, con el ardor de un apóstol y la claridad de un sabio.

Por esto no pueden menos que impresionar las razones que en 1646 escribió en su famoso libro *Memorial, y Noticias Sacras, y Reales del Imperio de las Indias Occidentales*, Juan Díez de la Calle, autoridad respetable, juzgado por el mismo Rey en una provisión real como sujeto lleno de «inteligencia, satisfacción, cuidado y experiencia en las materias y negocios de las Indias», oficial durante mucho tiempo en la Secretaría del Consejo de Indias y casado con una hija de don Juan Fernández de Madrigal, Secretario

del Rey y Oficial Mayor en la misma Secretaría del Consejo. «Descubrió—dice—esta Isla (La Española) el Almirante Don Christoval Colón, originario de Génova y Vecino de Canaria, jueves once de Octubre del año de mil quatrocientos noventa y dos en virtud de la Capitulacion de diez y siete de Abril de él, Emprendiendo hazaña tan grande con diez y seis mil ducados, que prestó Luis de San Angel, Escribano de Raciones, sobre las Joyas de la Serenísima Reyna Catholica Doña Isabel. Fué a hacerlo con tres Caravelas, ciento veinte Soldados, y sus Oficiales. Quando descubrió estaba numerosamente poblada. El primer pueblo que se fundó fué la Natividad, y el primero que edificó Iglesia y dixo misa aquí fué el Padre Fray Juan Pérez, de la Orden de San Francisco, Guardian de la Ravida, que le favoreció mucho con sus Magestades, para que le encargasen esta conquista.»

Esta opinión fué tan válida por aquellos años, que otro respetabilísimo escritor de aquella misma época, el Padre Fray Thomas María Mamachi, de la Orden de Predicadores, no vaciló al consignar, en sus *Originalidades y Antigüedades Christianas*, que «la Christiandad de la América se debe a los Franciscanos, que entraron en el viaje primero del año de mil quatrocientos noventa y dos, acompañando al Almirante Colón».

Pero lo que está fuera de duda es que, en el segundo viaje, trajo Colón consigo algunos religiosos franciscanos. Basta leer el Real Decreto dado el año de 1493 a Colón con motivo de su segundo viaje a América (25 de septiembre de 1493), en el cual, después de recomendar al Almirante la evangelización de los indios, se añade: «Y para ayuda de ello sus Altezas envian allá al Devoto Padre Fray Boyl, juntamente con otros Religiosos de San Francisco,

que el dicho Almirante ha de llevar consigo; los quales, por mano e industria de los indios que acá vinieron, procuren que sean bien informados de las cosas de nuestra Santa Fé, pues ellos sabrán y entenderán ya mucho de nuestra Lengua, procurando de los instruir en ella lo mejor que se pueda.»

No conocemos, por supuesto, detalles de esos religiosos.

El célebre don Antonio de Herrera, el más antiguo cronista de las Indias, que tuvo a su disposición todos los documentos de los archivos reales para escribir sus *Décadas*, consigna el recuerdo de Fray Juan de Borgoñón, como compañero de Colón en su segundo viaje, a quien más tarde le siguió Fray Juan de Trassierra, de la Provincia de Castilla, tan estimado por el Cardenal Cisneros. Algunos otros cronistas de esa misma época aseguran que también en el segundo viaje de Colón pasó a las Indias Fray Antonio de Marchena, lo que consideramos muy probable si Colón, como es natural presumir, siguió el buen consejo que los Reyes Católicos le dieron en su carta dirigida desde Barcelona el 5 de septiembre de 1493, veinte días antes de la salida de la segunda expedición, de Cádiz. «Nos parece que será bien que llevásedes con vos un buen estrólogo; y nos pareció que sería bueno para esto Fray Antonio de Marchena porque es buen estrólogo, y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer; por eso, si a vos parece no sea éste, sino otro cual vos quisiéredes, una carta vos enviamos nuestra para él, en blanco la persona: henchidla para quien vos pareciere que debe ir; pero por esto non vos detengáis una hora de partir, que si agora no fuere, el podrá ir en alguna o algunas carabelas que vendría que vos enviemos, para vos facer saber lo que acá se ficiere.»

Lo que consta también sin la menor sombra de duda es que cuando Colón emprendió su tercer viaje, el P. Boil estaba ya en América, y don Fernando Colón así lo expresa en su *Historia del Almirante Don Cristóbal Colón*, cuando recuerda que dejó en el Gobierno de la Isla Isabela, durante su ausencia en el descubrimiento de Tierra-firme, un consejo compuesto de su hermano don Diego, el P. Boil, Pedro Fernández Coronel, Alonso Sánchez Carvajal, rector de Baeza, y Juan de Luxan, gentilhombre de los Reyes Católicos. También habla don Fernando Colón de otro franciscano, Fray Juan de la Sera, a quien Bobadilla, el comisario real para pesquisar los supuestos delitos de Colón, envió a la Isla Española, desde Santo Domingo, con la carta de los Reyes Católicos para Colón.

Por la desgracia en que cayó el descubridor del Nuevo Mundo, después de su tercer viaje, y por estar ya abierto y conocido el camino a América, los franciscanos ya no pasaron de España con Colón. Es así como el 13 de febrero de 1502 vinieron con don Nicolás de Ovando, el sucesor de Bobadilla, Fray Francisco Ruiz, más tarde Obispo de Ciudad Rodrigo y después de Avila; Fray Juan Robledo, como lo afirma Alvar Gómez en su *Vida del Cardenal Cisneros*. Luego pasaron también otros franciscanos, entre ellos el célebre Fray Remigio.

Fernández Duro, en su libro *Colón y la Historia póstuma*, dice: «En 1500 pasaron a la Española, junto con el Comendador Bobadilla, cuatro religiosos franciscanos, elegidos por el Cardenal Arzobispo de Toledo, don Francisco Jiménez de Cisneros, Fr. Francisco Ruiz, Fr. Juan de Trassiera, Fr. Juan Deledeulle y Fr. Juan de Robles.» Y el Padre Coll, en su libro *Colón y La Rábida*, dice lo siguiente: «En el Archivo General de Indias, de la ciudad

de Sevilla, hemos encontrado también que con el Comendador D. Fray Nicolás de Ovando salieron para las Indias, año 1502, trece religiosos franciscanos, cuyos nombres son los siguientes: Fr. Alonso de Espinar, Fr. Bartolomé de Turégano, Fr. Antonio de Carrión, Fr. Francisco de Portugal, Fr. Antonio de Martínez, Fr. Maseo de Zafra, Fr. Pedro de Hornachuelos, Fr. Bartolomé de Sevilla, Fr. Juan de Hinojosa, Fr. Alonso de Hornachuelos, Fr. Juan de Escalante, Fr. Juan, francés, y Fr. Pierre, francés.»

Pero si aun con todo esto pueden discutir quienes disputan a la religión Seráfica la primacía en el descubrimiento de América, nadie puede argüir contra la rapidez con que se estableció en el Nuevo Mundo. Ello se prueba con dos hechos auténticos, que son al mismo tiempo la mejor afirmación de su antigüedad en América: la erección en 1505, por el Capítulo General de la Orden celebrado en el convento de Laval, en Francia, de la primera Provincia franciscana en América: la de Santa Cruz de la Isla Española, y la prohibición estatuida por el Rey Fernando, en 1506, para fundar conventos franciscanos en las Indias, a menos de cinco leguas unos de otros; providencia dictada por ese Soberano ante la alarma producida por el desarrollo de aquella Orden religiosa en sus nuevos dominios.



II

FLORIDA.—VENEZUELA.—EL DORADO



## II

A medida que van descubriéndose nuevos territorios en el Nuevo Mundo, pasan también los franciscanos en cantidades para acompañar a los intrépidos conquistadores castellanos en la colonización de América.

En 1512, Ponce de León descubre la Florida e inmediatamente los franciscanos entran en esa tierra y se establecen en San Agustín; pero como Felipe II considerara que eran pocos para la tarea civilizadora los seis religiosos que comandaba Fr. Francisco Marrón, interpone su influencia en el Consejo de Indias y manda con el Comisario Fr. Juan de Silva doce religiosos más: Fr. Miguel de Auñón, Fr. Pedro Fernández de Chozas, Fr. Pedro de Auñón, Fr. Blas de Montes, Fr. Pedro Bermejo, Fr. Francisco Pareja (quien después había de traducir e imprimir en lengua indígena la doctrina cristiana), Fr. Pedro de San Gregorio, Fr. Francisco de Velascola, Fr. Francisco de Avila, Fr. Francisco de Bonilla, Fr. Pedro Ruiz y Fr. Pedro Vinegra. Llegan estos frailes cuando los indios se habían sublevado, y caen, como primeros mártires de su amor a la Humanidad en aquella tierra: Fr. Blas de Montes, en Topiqui; Fr. Miguel de Auñón, en Guale, y Fr. Francisco de Velascola, en Ospa.

En 1516, Fr. Juan Garceto funda en Panamá un convento que, según afirma Oviedo, es el primero que tuvo

la religión franciscana en la tierra firme de las Indias. El P. Garceto, con sus hermanos, predicaron en toda la costa de Paria con tan buen éxito y arrebatado celo, que los bárbaros cumanos y sus feroces vecinos los caribes se pacificaron de tal suerte, que a los españoles les fué fácil poblar aquella tierra. Fué tanto el fruto de la labor civilizadora de los franciscanos en aquellas tierras, que Carlos V mandó que los frailes del convento de Nuestra Señora de Aguas Santas fuesen absolutamente mantenidos a costa del tesoro real, y encantado del resultado del trabajo pacífico de los misioneros, el entonces Licenciado don Bartolomé de las Casas propuso poblar a América con sólo labradores y no soldados. Encantadora idea que luego fué abandonada, cuando vió con terrible y cruel desengaño el levantamiento de los feroces indios de Cumaná contra los españoles, con la consiguiente destrucción del convento franciscano, la atroz y cruel muerte del santo lego Fr. Dionisio y el escape milagroso de Fr. Juan Garceto y sus virtuosos compañeros. Los trabajos y penas que los franciscanos sufrieron en aquella horrible época fueron espantosos, aunque carezcamos de detalles; pues, según dice en admirable frase el cronista Torrubia, «entonces más corría entre ellos la sangre que la tinta, y en los acontecimientos de la pacificación de indios tan bárbaros no daban lugar al manejo de la pluma el deseo y fatiga por alcanzar la palma».

Desafiando la muerte y despreciando el veneno y las flechas de los indios caribes, los franciscanos volvieron a Venezuela. Sin acordarse de los desastres del año 16, o mejor dicho, para venganza santa de la crueldad de los salvajes, desparraman sus conventos en esa tierra, como si regaran semilla con la certeza de recoger el mejor y mayor

fruto. Y es así como, en menos de media centuria, Trujillo y Barquisimeto, Tocuyo y Maracaibo, Coro, Carora y Valencia, y hasta el mismo legendario Dorado, aparecieron cubiertos con el manto franciscano de la paz, el más fuerte escudo protector de la civilización entre la barbarie primitiva americana.

En Trujillo, cercano a la laguna de Maracaibo, establecieron el convento de San Antonio de Padua, bajo el estatuto rigurosísimo de una Recolección; en Coro, la primitiva ciudad que el factor Juan Ampúes fundara en 1527, de orden del rey, para vigilar las costas de Paria contra los desmanes de la codicia conquistadora, establecen también los franciscanos un humilde convento bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salceda; y tras de los Capitanes Alonso Pacheco y Juan de Salamanca, entran también los hijos de San Francisco en San Sebastián de Maracaibo y Santa Lucía de Carora, y se establecen allí junto con los intrépidos castellanos, como más tarde en Valencia, en donde su convento de San Buenaventura llegó a ser consuelo de la colonia, que fundara el Capitán Villacinda, cuando durante una larga época se vió víctima de calamidades y contratiempos, de invasiones enemigas y terremotos, de epidemias y langostas que los frailes las soportaron sufriendo con los desgraciados habitantes de la ciudad.

Y no olvidemos el convento de la Purificación, de Barquisimeto, cuyos frailes hicieron tantos bienes, que los vecinos de la ciudad que en 1552 fundara Juan de Villegas, no sabiendo cómo demostrarles su reconocimiento, instituían grandes obras pías, capellanías y misas perpetuas; ni tampoco el de Nuestra Señora de los Angeles, de la ciudad de Tocuyo, fundada en 1545 por el célebre tirano Juan de Carvajal, Relator de la Real Audiencia de Santo

Domingo, y célebre en la historia americana, porque fué honrada por Felipe II con el título de MUY LEAL, en 1563, por haber sus vecinos exhibido en la plaza principal de la ciudad y en una jaula de hierro la cabeza del célebre traidor Lope de Aguirre, y ajusticiado luego al mismo Juan de Carvajal, sentenciado a muerte por el Licenciado Juan Pérez de Tolosa.

Don Antonio de Berrio, el heredero del Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, descubridor del Reino de Nueva Granada y fundador de Santa Fe, estableció los conventos franciscanos de San Antonio de Padua, de la Isla Trinidad, y el de San Francisco, de Guayana. En virtud de esa herencia, acometió la empresa de conquistar y pacificar la Trinidad y las Guayanas con todos los territorios adyacentes al Orinoco. En esa empresa tan expuesta y terrible, por la bravura de los salvajes, fué ayudado por dos religiosos de la Orden franciscana: Fr. Domingo de Santa Agueda y Fr. Juan de Peralta, los primeros religiosos que iluminaron con la luz de la fe y de la verdadera civilización el bárbaro y sangriento Orinoco, entre cuyos vericuetos se escondía el Dorado.

¡El Dorado! País delicioso de América, en el cual los árboles y plantas, las flores y los frutos son oro purísimo de subidos quilates. Paraíso terrenal en donde no se conoce la miseria humana y sí la dicha y la fortuna. País maravilloso en el cual se concentraron durante siglos las miradas de medio mundo. Portentosa tierra de América que inventó la codiciosa fantasía de los conquistadores, cuando palparon las fabulosas riquezas de los incas del Perú, de los chibchas de Colombia y conocieron de cerca los manantiales afortunados del Chocó y de Neiva, de Mariquita y Anserma, de Esmeraldas y Potosí. ¡Cuántas for-

tunas ha devorado esta Arcadia! En buscar el Dorado perdió navíos y riquezas Inglaterra. En buscar el Dorado perecieron miles de españoles y gastaron su tiempo y botaron su fortuna Pizarro y Ordaz, Benalcázar y Orellana, Urzúa y Guzmán, Silva y Berrio.

Entre todas las empresas que se organizaron para la conquista del Dorado, recordemos la que armó y equipó en España el Maestre de Campo don Domingo de Vera, en 1596. Nuevos Argonautas en busca del vellocino de oro, se embarcaron en Sanlúcar de Barrameda, el 23 de febrero de 1596, en cinco navíos, más de cuatrocientas familias, que debían poblar el territorio misterioso de sólo cresos y afortunados. Venían con la aprobación y venia del Rey, y la bendición del Cielo la llevaban con diez escogidos sacerdotes y catorce religiosos franciscanos, de los cuales el mayor tenía treinta y ocho años. Puédese considerar cuánto proclamaría Vera las grandezas del Dorado para conquistar súbditos de su futuro reino, si se tiene en cuenta que muchas madres venían con niños de pecho y algunas mujeres embarazadas, que dieron a luz en la navegación niños a quienes sus padres los considerarían, felices e inconscientes, dueños del mismísimo paraíso terrenal. Hasta una infeliz señora que durante muchos años había sido beata del religiosísimo convento de las Descalzas Reales, de Madrid, abandonó el torno, y sin dejar su hábito ni a una hija casada que tenía, se unió a la empresa, entusiasmada ante la tentación de cambiar su pobreza y el servicio del prójimo por la riqueza en el nuevo reino, que ofrecía, no la igualdad de los pequeños y miserables, sino el nivel de los poderosos y el cetro de los que mandan.

Toda esta expedición entró por el Orinoco en busca del Dorado; pero como era de esperarse, en vez de los tesoros

en que soñaba, sólo encontró la muerte en la punta de las envenenadas flechas de los caribes. Muchísimos hombres, mujeres y niños perecieron en el primer día de navegación por el río fatídico. Los caribes habíanlos atalayado: trescientos bárbaros atacaron a las primeras canoas y llevados a la orilla los infelices tripulantes, fueron allí despiadada y horriblemente sacrificados.

Cuando supieron la espantable nueva los que venían detrás, fué opinión de todos la de abandonar ese lugar. Y así lo hicieron, a excepción de los frailes franciscanos, quienes, con veinticuatro arcabuceros y los Hermanos de la Misericordia, corrieron al sitio del peligro a ver el paradero de sus desgraciados compañeros. Mas ¡qué espectáculo el que presenciaron! En las playas del río que creían derrotero hacia la felicidad y la fortuna yacían los descuartizados cadáveres de hombres, mujeres y niños de quienes los salvajes habían sacado las entrañas. Cumpliendo su deber, los religiosos dieron sepultura a los restos de sus desgraciados compañeros y regresaron al convento de Guayana, en donde los esperaba su fundador, Fr. Vicente de Santa Agueda, con el consuelo de los justos.

Pero ¡cuán insaciable es la codicia humana! Este descalabro lleno de horrores y tristezas no calmó el deseo de conquistar el Dorado, ni dispó la idea de esa ciudad o provincia misteriosa. Después de muy poco tiempo, olvidaron las penas anteriores y volviése a formar un nuevo proyecto, tan bien planeado que hasta lograron inclinar el ánimo del mismo adelantado Berrio. Le proponían tomar sorpresivamente la ciudad de Manoa, capital de los omaguas. Destacáronse en dirección a Manoa trescientos españoles, que habían sido soldados probados en los ejércitos y las campañas del Emperador Carlos V. A su cabeza se

puso como capitán a un portugués llamado Correa y en calidad de capellanes fueron dos frailes franciscanos y un lego. ¡Qué lucida tropa fué aquélla! Cuando desfilaron por las calles de la ciudad, su vista convertía, al fin, en realidades seguras esperanzas de los que quedaban y las promesas de los que se ausentaban. Pero una vez más se disipó todo como el humo. Pasados los primeros días de andar por las selvas, las enfermedades postraron a casi todos esos soldados, y cuando estuvieron debilitados por el hambre y el cansancio, fueron asaltados por más de dos mil indios, quienes, después de una espantosa carnicería, redujéronlos a treinta cabales, que regresaron a Santo Tomé para morir muy pronto. En el convento franciscano rezaron los frailes un oficio solemne de difuntos por el alma de los muertos en la expedición y por el Dorado mismo.

De los catorce religiosos que vinieron de España en la expedición de Vera, destinados a fundar la provincia del Dorado, habían muerto cuatro: Fr. Juan de Pozuela y Fray Juan de Manosalvas perecieron en manos de los caribes cuando ya salían del Orinoco, por haber errado el rumbo que debía conducirlos a la isla Trinidad con otros fugitivos; Fr. Pedro de Aragón murió en alta mar a consecuencia de las llagas adquiridas en la expedición y Fray Juan Espejo en la Trinidad. Los demás quedaron para proclamar la mentira del Dorado, que, por otra parte, jamás fueron a buscarlo, como buenos hijos de la Dama Pobreza. Pero quedaron también allí para cumplir con su misión civilizadora.

En efecto, poco tiempo después erigían los franciscanos, sujeta a la Provincia de Caracas, una Custodia con el nombre de San Antonio del Dorado, no para buscarlo, sino

«para servir, asistir y administrar sacramentos a los gobernadores, capitanes, soldados y a los demás españoles que tiene su Majestad el Rey Nuestro Señor para la conquista de aquella Provincia y a sus Naturales», según el decir de Fr. Gabriel Ramírez, Comisario General de las Provincias de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada, San Francisco de Quito y Santa Cruz de Caracas.

Mucho habían servido esos religiosos en época tan desastrosa; pues cuando a raíz de la excursión al Dorado, el resto de gente que había quedado en la Guayana comenzó a morir de horribles epidemias y, sobre todo, de hambre, la caridad de los frailes llegó al heroísmo. Ellos salvaron la vida del Gobernador Berrio, a quien, en su desesperación, quisieron victimar los enfurecidos pobladores. Y más tarde, en 1618, cuando la invasión pirática de Sir Walter Raleigh, el célebre y desgraciado cantor de la Reina Isabel, a la Guayana, el P. Juan de Moya, Guardián del convento de Santo Tomás del Orinoco, fué uno de los que más trabajaron en los conflictos que entonces se desarrollaron en la colonia, administrando los sacramentos y consolando a todos, según consignaron los vecinos de la ciudad, en el informe que elevaron al Rey.

La ferocidad de los indios cumanagotas y sus aliados los caribes, curumucuares, chacopatas, piritus, aguarequenes, guachas, chaimas, ayayes, apotomos y otros, tuvieron tan a raya a la civilización cristiana durante mucho tiempo en lo que es hoy Venezuela, que iba volviéndose la colonización europea punto menos que imposible. Los mismos religiosos de las otras Ordenes no se prestaban fácilmente a servir a Dios en esos lugares, no por miedo —indudablemente—, sino por lo infructuoso que resultaba su trabajo, ante el salvajismo bárbaro y feroz de los in-

dígenas, que cerraban los caminos y mataban sin piedad a todo colono para alimentarse de su carne. Es así como, fundada la ciudad de Barcelona, en 1634, permaneció sin religiosos hasta 1647, en que un Cabildo abierto resolvió fundar un convento de religiosos franciscanos, que ya lo había acordado otro Cabildo abierto el 30 de noviembre de 1643, «por no aver en ella otro de las demás Religiones». Más pronto que volando, y sin aguardar la aprobación del Rey, el Procurador General de la Provincia de Santa Cruz de Caracas, Fr. Antonio de Chinchilla, tomó posesión del solar y la casa que se le señalaron, y, venida la real aprobación, llevó doce religiosos, que fueron desde entonces el consuelo de los colonos y los apóstoles de la pacificación de los indios.

Más de dos siglos, con pequeñas interrupciones de tiempo, gastaron los misioneros franciscanos en civilizar aquellas gentes, ayudando de este modo a la segura y pacífica colonización de Venezuela. La última acometida de la civilización contra la barbarie duró ochenta años, desde el año 1656, en que se fundaron seriamente las misiones de la Provincia de Cumaná, hasta 1737, en que los franciscanos contaban con 17.000 indios civilizados y 23 pueblos formados con sus iglesias, casas, calles y gobierno civil.

«Con que—decía el P. Fr. Domingo Lossada, Comisario General de todas las Provincias de las Indias occidentales, al Rey de España, en el Memorial que le dirigió aquel año de 1737, acerca de las Misiones en Venezuela—para pedirle más misioneros, a fin de continuar la labor tan brillantemente sostenida durante más de dos siglos por los hijos del Serafín de Asís, con que, dejando ya a la obediencia de V. Magestad y en el rebaño de la Iglesia toda la vasta distancia de más de cien leguas, que habitan

los cumanagotas, palenques, caribes, chaimas, guaraunos, aruros, quaquas, cores, que ahora 80 años eran gentiles bárbaros, y hoy, por la misericordia de Dios, hijos suyos, de su Iglesia, y vasallos de V. Magestad, corren como ángeles veloces a extender la Fe por los sitios, que, con beneplácito de V. Magestad, se han señalado de nuevo.»

Pero todo este resultado, ¡cuántos sacrificios había exigido de aquellos religiosos! Es preciso leer íntegro el citado Memorial del P. Lossada para valorizar la apostólica tarea de los franciscanos entre los caribes. Y la tarea fué exclusiva de ellos, porque así lo deseaban. Se desprendieron, pues, de los conquistadores para que la empresa civilizadora fuese «sólo conquista de la Cruz», como dice el P. Lossada, aun cuando llegara a costar, como en efecto costó, «martyrios de fuego, flechas, venenos y lanzas que han padecido los Misioneros», y con admirable método y extraordinario plan civilizaron a los indios más bárbaros de América. Léase la obra que el P. Fr. Matías Ruiz Blanco, que fué dos veces Provincial de esas misiones, escribió en 1692 *Conversión de Piritú, de indios cumanagotas, palenques y otros*, y allí se verá la práctica que los frailes observaban en la reducción de los salvajes y la «Plática que ay en la enseñanza de los Indios, y un directivo para que los Religiosos puedan cómodamente instruirles en las cosas esenciales de la Religión Christiana». Léase también el *Manual para catekizar y administrar los Santos Sacramentos a los Indios que habitan la Provincia de la Nueva Andalusia y Nueva Barcelona, y San Christoval de los Cumanagotas*, que el mismo P. Ruiz Blanco escribió en 1683, el interesante Memorial que presentó al Rey de España sobre las conversiones de Piritú y muchas otras relaciones y memorias de este gran misionero, que aún se

conservan inéditos en el Archivo de Indias de Sevilla, así como también el Memorial de Fr. Cristóbal de Molina, Comisario Visitador de Piritú, en 1713, y por ellos se comprenderá la enormidad de la labor civilizadora que durante siglos desarrollaron los franciscanos en Venezuela, y de la cual no sólo han quedado hasta hoy cien pueblos civilizados, sino también interesantísimos datos históricos, geográficos, lingüísticos, etnográficos y etnológicos de la cultura aborígen de aquellos territorios. El P. Ruiz Blanco nos cuenta en el libro ya citado todas las costumbres de esos países, su organización social y doméstica y su religión. El P. Fr. Manuel Yangües nos ha dejado *Principios y reglas de la lengua cumanagota*, y un Diccionario español-cumanagoto, que después fueron publicados, corregidos y aumentados por el P. Ruiz Blanco, bajo el título de *Reglas para la inteligencia de los indios de Piritú*; y el P. Fr. Antonio Caulin, en su *Historia corographica natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Guayana y vertientes del río Orinoco*, precioso y magnífico acervo para la geografía e historia americanas. La descripción que en ella hace del Orinoco *hasta su verdadero origen, y de los ríos subalternos de que se compone y naciones que habitan en ellos*, ha sido juzgada por los sabios como del mayor interés.

Y después de Venezuela, hablemos de Colombia.



III

COLOMBIA.—AMERICA CENTRAL



### III

En el territorio de Colombia penetran los franciscanos por dos lados: por el Norte, con el conquistador de Nueva Granada, Gonzalo Jiménez de Quesada; por el Sur, tras de las huestes conquistadoras de Quito, que pasan a Cundinamarca en busca del Dorado, y fundan varios pueblos en el sur de Colombia, como Pasto, Cali, Neiva, Popayán, Anserma y otras, en dos de las cuales, Pasto y Popayán, fundaron conventos los franciscanos de Quito; el de Pasto lo fundaron en 1548 Fr. Pedro Rodeñas y Fr. Gaspar de Valverde y Cerón por orden de Fr. Jodoco Ricke, quien, a su vez, fundó personalmente, más tarde, el de Popayán.

El P. Fr. Pedro de Aguado fué el primero que, con otro franciscano, acompañó a Gonzalo Jiménez de Quesada en la conquista de la Nueva Granada, en cuya capital, Santa Fe de Bogotá, fundó el primer convento, y fué su primer provincial. Como compañero de esta jornada tuvo a Fray Juan de San Filiberto, que desde 1527 se hallaba en las misiones de América, y permaneció en el Perú y el Ecuador durante las guerras civiles, según lo dice Carlos V en la carta que le escribió el 1 de enero de 1552 desde Bogotá; y Fr. Antonio de Medrano, quien acompañó a Jiménez de Quesada en su empresa de conquistar el Dorado, y murió en la expedición. Este fraile había comenzado una obra

histórica sobre Venezuela y Nueva Granada, que, continuada y concluída por Fr. Pedro Simón y Fr. Alfonso de Zamora, quienes aprovecharon mucho de aquélla, es juzgada como interesantísima para el conocimiento de la geografía e historia de las naciones que describe. En esa obra, Fray Pedro de Aguado describe maravillosamente las costumbres de los indios de Cumaná y Cubagua, prueba cómo el descubrimiento de Santa Marta fué el comienzo de la conquista de Nueva Granada, y afirma que los primeros misioneros franciscanos entraron con los oidores Góngora y Galarza y fundaron los conventos de Santa Fe, Tunja y Vélez. La expedición misionera a que se refiere el Padre es, sin duda, la que trajo Fr. Francisco de Victoria en 1549, compuesta de los siguientes frailes: Fr. José Mas, Fr. Juan Balmes, Fr. Ricardo Santa María, Fr. Pedro de Arenillas, Fr. Esteban Asenzio, Fr. Gaspar Sarmiento, Fr. Miguel de los Angeles y los legos Fr. Jerónimo de San Miguel de Fray Antonio de Paredes, que fundaron el convento de Santa Fe y de Tunja en 1550, el de Vélez en 1551, el de Cartagena en 1555, el de Santa Ana de los Caballeros en 1562, el de Trinidad de los Musos en 1566 y el de Nuestra Señora de la Palma, entre los indios tolimas, en 1567.

A esta misión sucedieron otras, que, llegadas en 1578 y 1594 y 1602, fundaron los conventos del Espíritu Santo y de Barinas y el célebre de Ocaña, fundado en 1584, desde el cual salían a evangelizar los franciscanos por las montañas, llenas de plagas y trabajos, por lo cual la Audiencia de Santa Fe escribía a Felipe II, en 1587, encomiando el *copioso fruto* recogido por los franciscanos en esa Provincia y la manera como se disputaban los pueblos por tenerlos de misioneros, debido a la *especial protección que ejercen sobre los que quieren oprimirlos*.

No menos importante fué para las misiones el Colegio de Tenerife y el de Santa Fe, fundado en 1604 por el propio Vicecomisario General de Indias, Fr. Mateo de Molina, a fin de que—según él decía—la regeneración de los pueblos se fecunde con la ciencia y de él salgan religiosos que sean verdaderos instrumentos de la civilización. De él salieron, en efecto, frailes célebres, como Fr. Pedro Simón, Fr. Juan de Moya, Fr. Alonso de Poveda y Fr. Sebastián de Ocampo, prodigiosos misioneros, famosos predicadores y doctísimos maestros.

Así se encauzó la acción franciscana en el Nuevo Reino de Granada, que, desarrollada rápidamente, aseguró en menos de cincuenta años la regeneración y cultura de esos pueblos.

No menos intensa y difícil fué la labor civilizadora de los franciscanos en los territorios que hoy ocupa la América Central. También allí vemos aparecer a esos misioneros apenas entran los primeros conquistadores, y si por algún otro motivo abandonan el campo, vuelven de nuevo con mayores energías a llenar su noble tarea, que la prosiguen sin desmayo hasta conseguir el codiciado fruto.

Junto con los primeros conquistadores que desde México bajaron a descubrir y conquistar las tierras centroamericanas, Gil González Dávila, Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado, vinieron también religiosos franciscanos, algunos de los cuales se encontraban en Honduras, cuando Hernán Cortés bajó en 1525 a la ciudad de Trujillo, fundada por Francisco de las Casas en el año anterior; pues la historia nos refiere que cuando desde esta ciudad envió Cortés a su primo, el capitán Juan de Avalos, con el objeto de llevar a México a los españoles enfermos y buscar a los perdidos en la isla de Cozumel, acompañaban al capitán

dos religiosos franciscanos, los mismos que perecieron con él, y ochenta soldados españoles, por efecto de un temporal que les hizo naufragar. A otro franciscano que encontramos por este mismo tiempo en Honduras es a Fray Diego Altamirano, primo de Cortés, quien vino en comisión desde México para pedirle regresar a esa capital a calmar los disturbios que su ausencia había ocasionado. Cortés regresó, y don Hernando de Saavedra quedó como Gobernador de Trujillo. A éste le acompañaba un religioso franciscano, el cual aprovechaba las buenas relaciones que tenía con el Gobernador; comenzó la fundación de un convento con algunos religiosos, a los cuales se añadieron luego seis más que vinieron en 1527, a solicitud de don Diego López de Salcedo, sucesor de Saavedra en el Gobierno de la ciudad. Estos religiosos comenzaron la catequización de los indios de la provincia con muchísimo trabajo, ya que fué difícil impedirles el culto a ídolos que tenían, no las formas monstruosas y abominables de los dioses de otras tribus americanas, sino las atractivas y exquisitas de una mujer hermosísima. Sin embargo, la sagacidad y buen tino de los misioneros acabó con la idolatría en aquellos territorios, mantenida por un sacerdote célibe, una especie de Papa, que terminó cortándose la melena y las barbas, distintivo de su alta dignidad y jerarquía, en cuanto se convenció de la falsedad de su dios.

Pero algún tiempo después abandonaron los franciscanos aquellas tierras, donde habían comenzado su civilizadora obra con tan buenos resultados, y no regresaron sino en 1582, con la importante misión llevada por el P. Fray Juan Bautista.

A la historia de Nicaragua está unido un célebre misionero franciscano, flamenco de nación, Fr. Juan de Gante,

uno de los primeros que pasaron de México a evangelizar a los pueblos de Nicaragua. En 1536 se encontraba en la ciudad de Granada, cuando con su compañero Fr. Blas del Castillo exploró el cráter del volcán llamado el Infierno de Masaya. Junto con Fr. Francisco de Aragón, que, también venido de México, trabajó tesoneramente por la civilización de los indios de Nicaragua, apoyado por el Obispo Fray Francisco de Mendavia, y venciendo muchísimas dificultades puestas precisamente por quienes más debían facilitarle su penosa labor, se vió obligado a dirigirse al Rey y al Consejo de Indias en 1541, en demanda de auxilio, haciéndoles presente los sufrimientos que los misioneros padecían y las ventajas que sus trabajos aportaban a Dios y al Rey, por quienes laboraban. No demoró mucho el socorro pedido, pues muy pronto pasó de México a Nicaragua Fr. Pedro de Betanzos, con dos religiosos, e hizo tanta y tan buena labor que es considerado en la historia franciscana como el verdadero fundador de los conventos de Nicaragua. En efecto, Fr. Pedro fué hombre excepcional, como puede verse por las *Cartas de Indias, publicadas por primera vez por el Ministro de Fomento español en 1877*, que son uno de los monumentos levantados a las Ordenes franciscana y dominicana. De Nicaragua pasó a Guatemala y de allí a Costa Rica, obrando en todas partes maravillas por la civilización de los indios: fundando conventos y organizando misiones. Para realizar mejor su tarea aprendió las lenguas quiché, cachiquel y tzutuhil, y llegó a poseerlas tan bien que compuso su famoso e interesante libro *Arte, Vocabulario y Doctrina Christiana en lengua de Guatemala*. Fué el P. Betanzos un incansable defensor de los indios contra los abusos de los conquistadores y colonos, como lo fué su hermano, Fr. Bernardo Armentía, en el Río de la

Plata, Fr. Juan de Zúñiga en Quito, Fr. Martín de Valencia y Fr. Pedro de Gante en México, y amó tanto a los americanos que Dios le deparó la gracia de morir en tierras de Nicaragua, en el pueblo de Chomez, en 1570.

Junto con el P. Betanzos, trabajaron por la civilización en Nicaragua y Costa Rica otros dos apóstoles franciscanos: Fr. Lorenzo de Bienvenida y Fr. Juan Pizarro. El primero, viendo la enormidad de la tarea por hacer y la escasez de religiosos, pasó entusiasmado a España, a levantar el ánimo de sus hermanos y traerlos, previa autorización del Consejo de Indias y de sus superiores y beneplácito del Rey. Los trajo, en efecto, en número de treinta, que luego vinieron a estas tierras con Fr. Pedro Ortiz como su comisario. Así andaba el celo religioso entre los buenos franciscanos de Centro América en aquella época, que ya, con tan buen número de frailes, pudo Fr. Lorenzo, con autorización del Comisario de Indias, confirmado por el Capítulo General de París de 1579, Fr. Francisco de Guzmán, fundar en 1565, en Niracargua y Costa Rica, la Provincia franciscana de San Jorge, con 17 conventos.

En esta sección americana, los religiosos franciscanos se hicieron célebres por la conquista de los indios talamanca, llevada a cabo con ese método y paciencia admirables, que parecen serles peculiares.

Comenzando el siglo XVII, un religioso de sólida virtud y gran prudencia, a más de otras prendas personales, Fray Alonso del Castillo, tomó a su cargo la definitiva conquista de los bárbaros talamanca. En 1708 pidió al Rey, con este objeto, una misión especial de religiosos franciscanos y el Rey se la concedió. Con ella trabajó.

Para ponderar todo el valor de la acción desplegada por

los franciscanos en esta conquista, detengámonos un momento en su historia.

Entre Guatemala y Panamá, cerrando el paso, se encontraban siete naciones bárbaras: las de los talamancas, terras, toxares, changuenes, borasques, zeguas y guaimies. Nadie se había atrevido a conquistarlos, pues era mucho el temor que inspiraba su crecido número y proverbial ferocidad. Sin embargo, la necesidad de reducirlos era absoluta, pero ¿quién la acometería? Los únicos que a ello se atrevieron fueron dos religiosos franciscanos del Colegio misionero de Christo Señor Nuestro Crucificado de Guatemala: el Vble. Fr. Antonio Margil de Jesús, fundador de dicho Colegio, y Fr. Melchor López. Tras ellos siguieron en la misma tarea otros religiosos del mismo Colegio. Mas la gente era tan bárbara, ruda y salvaje, que rechazaron desde el primer momento el contacto con gente civilizada, y mataron, como si fuesen fieras, a dos de aquellos religiosos. Este brutal rechazo, que pudo amedrentar a cualquiera, como efectivamente atemorizó a los colonos españoles, que se consideraban inseguros con tan terrible vecindad, hizo, más bien, cobrar ánimo a los religiosos, quienes, conociendo ya mejor el ambiente en que les tocaba actuar, organizaron en forma todo un plan de reducción de tan salvajes indios. Decidieron primeramente enseñarles lo tocante a la vida animal y corporal, amansándolos como a verdaderas bestias feroces, educándolos, corrigiéndoles sus vicios, enmendando con mucho tino sus costumbres, instruyéndoles en los secretos de una vida más racional, para influir después en la vida del espíritu; pues, como lo decía al Rey de España otro franciscano ilustre, el Rvmo. Fr. Juan Alvarez de Toledo, Obispo de Guatemala, recordando las peripecias y trabajos de los primeros religiosos que entraron a la

conquista de los talamancas, era vano el pretender enseñarles la vida espiritual sin el fundamento corporal «a gente que obra en sus cosas por ímpetu de su fuerza, como los mismos brutos».

Con tan magnífico plan, llevado a cabo con constancia y tino sin ejemplo, pudieron los religiosos sacar, después de algunos años, un halagüeño fruto de labor tan prolongada y peligrosa. En 1709, el Colegio de Guatemala había logrado reducir algunos miles de indios en 16 pueblos perfectamente formados, con sus casas, iglesias, conventos y regular número de habitantes, pues algunos de ellos llegaban a mil. Pero en ese año, el cacique Presveri levanta a los indios, que acometen contra los españoles, matan diez soldados, una mujer y un niño, quitan la vida a Fr. Pablo Rebullida y a Fr. Antonio Zamora, queman las iglesias y aniquilan los pueblos. Sublevación tan bárbara, cuanto inmotivada, fué castigada severamente por el Gobernador de Costa Rica, don Lorenzo Antonio de Granada y Balbín, más por temor de que los indios acometiesen toda la provincia que por hacerles purgar los delitos cometidos.

Inquietos se pusieron los habitantes de Panamá y Costa Rica por aquellos sucesos, y aun el Rey se manifestó perplejo en cuanto a la conducta que se debía observar para lo futuro. Así lo manifestó en su real cédula de 1 de septiembre de 1713, en la cual crea una Junta de ministros y de personas conocedoras de esos territorios, «donde se discurrese con la más seria prudente reflexión lo que fuere más a propósito, y a la cual asistiría el Superior de las Misiones franciscanas, deliberase sobre si han de restablecer las misiones de Talamanca o se las ha de abandonar, poniendo en defensa sólo las de Borrea y cuidando que los zambos no tengan comunicación con los indios». Para deliberar, se

pidió informe al teniente de oficial real de la Provincia de Costa Rica, Maestre de Campo don Francisco Bruno Serrano, quien opinó por el restablecimiento de las misiones, como el mejor medio de impedir la unión entre los negros zambos y los indios, que constituyesen una seria amenaza a la provincia, y como la manera más segura de formar entre los de Borrea y los de Talamanca una provincia que serviría de intermediaria entre Guatemala y Panamá, y que rendiría buenas utilidades, así por la fertilidad y riqueza de su suelo como por encontrarse cercana a los sitios donde abundan las perlas. Aconsejó también la reducción de los de Talamanca junto al pueblo de Borrea, para evitar el que con la fragosidad y aspereza de la montaña resistieran los indios a su reducción. Cien soldados deberían asistir en su empresa a los misioneros, y el Gobierno cuidaría de mandar a esos pueblos colonias de familias españolas.

El 9 de octubre de 1716, reunida la Junta de reducciones, ordenó el reclutamiento de cincuenta soldados para escolta de los religiosos, a cada uno de los cuales se les asistiría con 200 pesos anuales, que era lo que siempre se había acostumbrado dar a los misioneros. La Caja Real puso a disposición de Fr. Alonso del Castillo, Guardián del Colegio, 800 pesos y los cincuenta hombres; pero habiendo éste considerado insuficiente la escolta, pidió que se le asignasen, al menos, ciento cincuenta soldados y 8.000 pesos anuales para gastos, fuera de lo que importasen las primeras provisiones para entablar la conquista. Sólo diez años después se decidió acceder a lo solicitado por el Guardián, a cuya disposición pusieron cien soldados, 12.000 pesos el primer año y 8.000 los restantes, y se le ofrecieron el envío de cien familias de Costa Rica y doscientas más que se solicitarían de las Canarias, para establecerlas en el

valle de Borrea; pero hasta 1737 no se cumplió con tan buenas ofertas y magníficos propósitos, por lo cual, en ese año, Fr. Diego José de la Fuente, Procurador General de las Provincias de Indias, presentó un Memorial al Rey, exponiéndole la necesidad de proceder a la pacificación, civilización y reducción de aquellos terribles indios, que constituían una amenaza cada día más creciente, para la colonización española en la América Central, y pidiéndole que ordene se cumpla lo acordado en la Junta de 1726, antes que los bárbaros, unidos con los zambos, declaren a los españoles una guerra que costaría mucha sangre y mayor dinero, como ya habían dado ejemplo, en varias ocasiones, en que se llevaron pueblos enteros de indios católicos en toda la costa, desde Campeche hasta Portobelo.

Muchos años pasaron para que se les facilitaran a los franciscanos los medios de realizar sus propósitos civilizadores y sacar el fruto que ellos esperaban de su ya tan prolongada labor. Nos hemos detenido en la narración de esta página de la historia de la colonización del Nuevo Mundo, porque ello da idea de lo mucho que tuvieron que luchar los franciscanos hasta para hacer un beneficio positivo que querían hacer al propio Gobierno español, aumentándole súbditos a su corona y facilitando el intercambio comercial entre sus colonias. Porque la pacificación de aquellos territorios y la reducción de esos salvajes eran condición *sine qua non* para la vida normal de las colonias españolas en la América Central, pues debían procurar las relaciones y el intercambio comercial entre Panamá y Guatemala, aislados hasta entonces por un cordón de ochenta mil bárbaros, que impedían el tráfico entre aquellos reinos, molestaban a sus moradores y amenazaban dia-

riamente con destruir la colonización española en aquella importantísima región.

Pero no fué sólo la conquista de los talamancas, ni la pacificación de los indios de Vera Paz, los únicos servicios que los franciscanos prestaron en la América Central, a pesar de ser de inmenso valor, para aquilatar el cual sería necesario una relación más extensa que la que en 1690 escribió, sobre ambas empresas, Fr. Melchor López, recordado por Squier, cuando todo iba bien y aún no se había producido el terrible levantamiento de 1709, ni tomaba a su cargo la tarea aquel otro entusiasta apóstol franciscano, Fray Alonso del Castillo, con los misioneros y auxilios que le prestó el Rey en 1708.

Es preciso ver y recordar la acción que desplegaron en Guatemala, a cuya gobernación estaban sujetos los territorios todos de la América Central.

Aunque don Pedro de Alvarado descubrió y conquistó Guatemala en 1523 y le asistieron en su empresa los religiosos franciscanos, como arriba dejamos dicho, y aprobado, no fundaron éstos la Provincia del Dulce Nombre de Jesús sino en 1538. El Provincial de México, Fr. Pedro Delgado, envió a fundarla a Fr. Pedro de Angulo, que después fué obispo de Vera Paz, Fr. Juan de Torres y Fray Matías de Paz. Luego, en 1539, llegaron otros cinco religiosos, Fr. Diego Ordóñez, Fr. Gonzalo Méndez, Fray Francisco de Bustillo, Fr. Diego de Alba, sacerdotes, el lego Fr. Francisco de Valderas, bajo la autoridad de Fray Alonso de Casaseca, a quien Gonzaga llama ERAS, que venía como prelado. Con limosnas que recogieron compraron el sitio y solar donde edificaron iglesia y monasterio. Valderas pasó a España y trajo doce religiosos más, y como muchos de ellos murieron, se recurrió a México, de donde vino Fray

Toribio de Motolinia con doce religiosos, de los ciento cincuenta que había traído Fr. Jacobo de Tastera. Entre ellos vino el famoso Fr. Pedro de Betanzos, del cual hablamos ya, el que mejor llegó a hablar las lenguas guatemaltecas. Más tarde, el 14 de junio de 1577, fundaron el convento franciscano de la Ciudad Real de Chiapa.

Para relatar lo que hicieron los franciscanos en Guatemala durante su conquista y colonización sería preciso repetir las mil setecientas páginas in folio que escribió Fray Francisco Vásquez, en su crónica de la provincia guatemalteca, admirable e interesante libro para la historia de ese antiguo reino; narrar *in extenso* la vida del Vble. Padre Fray Antonio Margil, el fundador del Colegio de Misioneros de Guatemala, el conquistador primero de los talamancas, el varón apostólico que ha sido comparado en humildad a San Francisco, en los milagros a San Antonio, en la penitencia a San Pedro de Alcántara, en la amabilidad a San Buenaventura, en el celo a San Juan Capistrano y en el amor a Jesús a San Bernardino de Siena, y que llevado por su celo se pasó luchando por la civilización, desde la edad de veinte años, por las dilatadas provincias de Nicaragua, Costa Rica, Honduras, el Chol y Panamá, Cohahuila y Tejas; referir las Noticias de la Provincia de Guatemala y el tratado de la Misión y Martirio de los Padres misioneros franciscanos Verdelete y Monteagudo, que escribió el P. Fr. José Morera; o reproducir las Noticias de las Misiones de Guatemala, que la escribió el P. José Díez.

Basta recordar lo que el Obispo de Guatemala escribía al Rey en 1736, al referirse a la labor que los franciscanos desplegaban en su diócesis. Fuera de asistir al bien espiritual y material de los habitantes de las ciudades, dice: «Todos los veranos hacen excursiones apostólicas

por todo este Reyno, conforme al Evangelio, a pie y sin viático, por los caminos más fragosos, arriesgados, incómodos e inandables, que puede haber en el mundo; con el fin de predicar por todas partes la palabra de Dios, corregir los vicios, instruir las gentes y enmendar sus costumbres, confesando y curando conciencias envejecidas en el pecado, y logrando indecible fruto de este ministerio apostólico por todo este Reino.»

Lo que también puede dar idea de la labor franciscana en la colonización de Guatemala es el padrón de los religiosos franciscanos, que en 18 de septiembre de 1661 presentaba el Obispo al Rey de España, de acuerdo con su real cédula de 4 de abril de 1659, y que lo trae Fr. Marcelino de Civezza. Según este padrón, los conventos que los franciscanos tenían establecidos en Guatemala eran 24, con 162 frailes; los pueblos que administraban, 120, con 17.983 indios, sin contar, dice el Obispo, «con los reservados por edad, o por oficios y asistencia a Iglesia y coro, y muchachos y muchachas pertenecientes a la doctrina: con quienes el número todo de almas de dichos pueblos y doctrinas será de cincuenta mil».

Lástima que no conozcamos la «Lista de todos los Religiosos, que en el día (1763) existen de familia en este Colegio de Misioneros Apostólicos de Propaganda Fide de Christo Crucificado de Guathemala con expresión de sus nombres, edades y oficios; y relación de todas las Misiones y reducciones de infieles, que están a su cargo y cuidado, con otros puntos conducentes a este asunto». Este manuscrito, que se halla en el Archivo del convento de San Francisco, de Madrid, es, según Civezza, interesantísimo por las noticias que da de los lugares y del desarrollo

de la acción apostólica de los franciscanos en aquellas Misiones.

Pero en la historia franciscana de Centro América hay dos hechos que hacen resaltar la extraordinaria y original labor que desplegaron aquellos misioneros. Es el primero, la institución de los Betlemitas, aquella orden que fundada en Guatemala por Fr. Pedro de San José Betancourt hizo tanto bien durante muchos años en los hospitales de Caridad de toda América. Es el segundo, el enorme aporte de cultura que aquellos misioneros dejaron en Centro América en obras que para los habitantes de esos territorios o para noticia de todos escribieron allí en latín, en castellano o en las lenguas de los indios.

Fruto de la predicación evangélica enormemente desplegada por los franciscanos en Centro América y del espíritu de abnegación y caridad de que dieron continuo ejemplo fué sin duda alguna el establecimiento de una Congregación hecha por un terciario franciscano, a quien, llevado por un alto espíritu de caridad, se le ocurrió fundar los hospitales en toda América para asistir a los pobres y abandonados, no sólo en sus enfermedades, sino también durante su convalecencia, confiando su cuidado a una compañía de hermanos llamados de Belén. Comenzada esta buena y piadosa obra en Guatemala, establecida allí por Fr. Rodrigo de la Cruz otra congregación de mujeres similar a la de hombres y aprobadas ambas instituciones por Clemente X, hermanos y hermanas betlemitas se desparramaron por toda América fundando hospitales, con tan buen éxito, que era un prodigio. El que levantaron en México fué una verdadera maravilla.

Quito no careció de ellos. «La fama y caridad ejemplar con que estos religiosos servían a los enfermos y su esmero

en cuidar de los hospitales—dice nuestro González Suárez—inspiraron a los miembros del Ayuntamiento el deseo de confiarles el hospital de esta ciudad. El cabildo eclesiástico se asoció al civil en su solicitud; escribieron también las Comunidades religiosas; y la Audiencia, consultada por el Consejo de Indias, dió un informe favorable al asunto; por lo cual el Rey autorizó la venida de los Padres Betlemitas.»

En 1704 vinieron de Lima Fr. Miguel de la Concepción y Fr. Alonso de la Encarnación, hospedándose provisionalmente en el convento de San Francisco, y el 6 de enero de 1706 se les entregó solemnemente el hospital. Formóse para ello una gran procesión, precedida por todas las Comunidades religiosas, el Cabildo eclesiástico y civil, y en ella iban los frailes betlemitas, uno en medio de dos Oidores, y Fr. Miguel de la Concepción, que era el Superior, junto al presidente de la Audiencia y al Oidor más antiguo.

El aspecto y organización de la casa cambiaron como por encanto: se separaron salas y departamentos, se limpió y aseó la casa con inusitado esmero hasta el punto de cambiar paredes y pavimentos y se estableció una botica, que, provista abundantemente y administrada con economía y honradez, no sólo fué el alivio de la sociedad de Quito, sino la fortuna misma del hospital, pues con sus productos compraron los frailes las dos haciendas que hasta ahora le pertenecen. «Fr. Miguel de la Concepción—dice González Suárez—fué uno de los varones más beneméritos de su instituto; elegido Procurador general de la Orden, pasó a Madrid y a Roma, donde desempeñó su cargo con el mayor éxito.»

Pero nada pinta mejor el espíritu de esta maravillosa obra franciscana en América que las palabras de Clemen-

te X en la Bula por medio de la cual aprobó la fundación betlemítica. No resistimos al deseo de transcribirlas: «Poco ha—dice—que por parte de los amados hijos Rodrigo de la Cruz... y también otros hermanos llamados de Betlehen, de la Compañía llamada de la Misericordia..., erigida en la ciudad de Guatemala, nos fué presentada una petición, la cual contenía, que en cierto tiempo antes de ahora, Pedro de S. Joseph Betancourt, de la diócesis de Canarias, en admirable fervor, y afecto a los pobres, aviendo venido de la isla de Tenerife, de donde era originario, en la dicha ciudad de Guatemala, considerando que ordinariamente muchos pobres, que salían achacosos y convalecientes de los hospitales, destituidos de todo humano socorro, y no habiendo con que volver a restituirse a sus naturales fuerzas, acaban míseramente la vida; lo primero los que albergando en su pequeña habitación, y pidiendo y recogiendo limosna de día y de noche continua e infatigablemente por las calles y plazas de dicha ciudad, los iba rehaziendo; hasta creciendo el número de los pobres que ocurrían a él y no cabiendo en la corta capacidad de aquel hospedaje... confiando en sola la misericordia de Dios... se resolvió a fabricar un gran hospital, y recibiendo algunos compañeros fundó allí una compañía..., erigió y instituyó dicho hospital con el nombre de Betlehen de pobres convalecientes, con sus oficinas, celdas, salas de enfermos y de enseñanza de muchachos... Nos, por autoridad apostólica y el tenor de la presente, aprobamos y confirmamos la erección y institución de dicho hospital y Compañía, etc.»

El otro hecho admirable, que marca con indelebles caracteres la acción franciscana en Centro América durante su colonización, es el aporte cultural de sus misioneros.

Sentimos no conocer el manuscrito del P. Fr. Antonio Arochena, guatemalteco, en el que da un «Catálogo y noticias de los escritores de la Orden de S. Francisco de la Provincia de Guatemala», y que lo cita Squier; pero recordemos siquiera los veintitrés sermones que escritos en lengua cachiquel por varios frailes franciscanos en el siglo xvi los recogió Fr. Baltazar de Alarcón: el *Libro de la explicación de la Doctrina Christiana en lengua Quiché*, de Fr. Agustín Avila; la *Exposición del Símbolo de San Atanasio en idioma Cakchiquel*, de Fr. Juan Francisco Irondo, y la *Escala del Cielo en lengua Kachiquel*, de Fr. Alonso Paz, uno de los religiosos más doctos en lenguas guatemaltecas en el siglo xvi, como lo fué también su compañero Fr. Diego Ordóñez, tantas veces citado, en su *Doctrina dogmática, en lengua de Guatemala, para instruir a los Indios*. Consignemos también los nombres de algunos religiosos que redujeron a arte las lenguas indígenas: Fr. Angel, que escribió *Arte de la lengua Cakchiquel* y un vocabulario de la misma; Fr. Bartolomé Avilés, el *Arte de la Lengua Quiché*, que Squier lo publicó en Londres con el título *Arte de lengua Quiché o Utlateca*, y Fr. Pedro de Betanzos, *Arte, Vocabulario y Doctrina Christiana en lengua de Guatemala*, quien, según algunos cronistas, llegó a poseer admirablemente las lenguas centroamericanas.

Considérense las dificultades con que tropezaron los misioneros en el aprendizaje y sistematización gramatical de las lenguas indígenas centroamericanas, cuyos sonidos extraños no podían expresarse siempre con las solas letras del abecedario castellano, teniendo, por tanto, que inventar signos especiales para crear la ortografía de aquellos idiomas. Así, Fr. Francisco de la Parra inventó cinco caracteres, y otros de sus compañeros, dos más, que aceptados

por todos los escritores en aquellas lenguas facilitaron tanto su pronunciación y su ortografía. Algunos de esos misioneros fueron lingüistas verdaderamente eminentes, que no se contentaron con sólo saber gramática de aquellos idiomas, sino que profundizaron sus conocimientos hasta la filología. Fray Ildefonso José de Flores, por ejemplo, fué un sabio verdadero, que en 1753 escribió su libro *Arte de la lengua metropolitana del Reyno Cakchiquel y Guatemalteco, con un paralelo de las lenguas metropolitanas de los Reynos Kich, Cackchiquel y Zutuhil, que hoy integran el Reyno de Guatemala*. Fué este religioso tan eminente en saber, que durante mucho tiempo fué profesor de lenguas en la Universidad de Guatemala y escribió también una Teología para los indios y una Exposición de la doctrina cristiana adaptada a la capacidad de los naturales.

Fran Juan Lázaro nos ha dejado su *Combinación y Analogía de diversos idiomas del Reyno de Guatemala*, escrita a principios del siglo xvii; Fr. Francisco de la Parra, su *Vocabulario trilingüe Guatemalteco de los tres principales idiomas kachiquel, quiché y tzutuchil*; Fray Tomás Coto, su *Thesaurus verborum o Frases y elegancias de la lengua de Guatemala*. Religiosos doctísimos en lenguas centroamericanas fueron también Fr. Alonso de Escalona, quien, después de estar veintitrés años en México, donde aprendió allí la lengua mexicana, pasó en 1554 a Guatemala, aprendió la lengua *Achi* y a ella tradujo los sermones que había escrito en lengua mexicana, y Fr. Francisco Maldonado, que escribió muchísimos tratados y obras espirituales en *cakchiquel, quiché y tzutuil*, entre las cuales los bibliógrafos anotan como de excepcional interés un sermonario y una Teología para indios en

lengua cakchiquel. En la Biblioteca Nacional de París se conserva un manuscrito titulado *Sermones en lengua Quiché*, al cual va unido un *Vocabulario en lengua Castellana y Guatemalteca, que se llama Cakchi-que-chel*, obra de los misioneros franciscanos de la América central en 1796.

Pero esta enorme contribución a la cultura científica que legaron a la posteridad los franciscanos de las colonias centroamericanas la completan sus cronistas con los preciosos e interesantísimos datos que consignaron en sus libros sobre religión, costumbres y tradiciones de los naturales, así como también sobre la conquista misma y la formación de los pueblos y ciudades en aquellos reinos. Léase, por ejemplo, la *Historia de Guatemala desde los tiempos de los Indios hasta la fundación de la Provincia de los Franciscanos; población de aquellas tierras, propagación de los Indios, sus ritos, ceremonias, policía y Gobierno*, que en 1663 publicó Fr. Esteban de Avilés, franciscano de Guatemala, y los que se dedican a los estudios históricos, sociológicos y etnográficos, encuentran datos únicos que de no haberlos recogido este buen religioso se habrían de seguro perdido.

Como no debemos olvidar tampoco el *Tratado de las supersticiones de los Indios de Matagalpa, Linotega, Mui-mui y otros del partido de Sevacó, y de los diferentes medios con que el Demonio engaña a los que se llaman Brujos*, que lo escribió el P. Fr. Rodrigo Betancourt, compañero del P. Margil en Nicaragua.

Civezza nos cita un manuscrito anónimo que perteneció a Brasseur, quien lo adquirió del antiguo convento Franciscano de Guatemala, y se intitula: «Historia y Crónica Franciscana de la Provincia del Santo Nombre de Jesús de Guatemala, que trata de la conversión de los Indios del

Reino de Utlatan y de Guatemala a la ley de Dios, con noticias del estado que tenían en su infidelidad y gentilismo, ritos y costumbres que observaban, gobierno y policía con que se regían y leyes con que se gobernaban independientes del gobierno Mexicano. De la venida de los Españoles, etc.».

¿Quién, con la lectura de sólo el título, puede desconocer la importancia de esta obra, hoy al parecer perdida?

IV

MEXICO



#### IV

No bien pidió Hernán Cortés a Carlos V, el año de 1522, religiosos franciscanos para la Nueva España, pasan a México, con el propio Guardián del Convento de Gante, Fray Juan de Tecto, Fr. Juan de Ayora y el célebre lego Fr. Pedro de Gante, quienes desde mucho antes habían venido a América con el solo permiso de sus superiores, en unión de muchísimos otros religiosos de Francia, Flandes, Italia, Dacia, entre los que se encontraba Fr. Juan Clapión, flamenco, confesor del mismo Emperador, con el cual vinieron algunos frailes menores, en cuyo número estaba comprendido Fr. Francisco de los Angeles, hermano del Conde de Luna y más tarde Cardenal de la Santa Cruz, pero que no pudo venir por haber sido elegido General de la Orden por el Capítulo de Burgos. Dos años más tarde, en 1524, pasó a México el primer Apóstol franciscano del Nuevo Mundo, Fr. Martín de Valencia, con once compañeros: Fr. Martín de Jesús, Fr. Francisco de Soto, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente (Motolinia), Fr. Juan de Ribas, Fr. García de Cisneros, Fr. Juan Suárez, Fr. Luis Fuensalida, Fr. Francisco Ximénez y los legos Fr. Andrés de Córdova y Fr. Juan de Palos; insignes misioneros todos ellos, que habían de escribir maravillosas páginas en la historia de la civiliza-

3 23  
motolinia

ción de América; precursores de sus no menos admirables hermanos Fr. Arnaldo de Bassacio, Fr. Bernardino de Sahagún, Fr. Andrés de Olmos, Fr. Juan de Gaona, Fr. Francisco de Bustamante y Fr. Juan Fucher; lingüistas habísimos y doctísimos maestros de Humanidades y Filosofía en el Colegio de Santa Cruz, que el Virrey don Antonio de Mendoza edificó a su costa en Tlatilulco; de Juan Caro, que enseñó a los indios mexicanos la música; de Fr. Daniel, que les hizo conocer el secreto del bordado; de Fr. Juan de Perpiñán, de Fr. Francisco de Tacuencía, de Fr. Jerónimo de Mendieta, famosísimos e incansables catequistas que bautizaron indios por millares; de Fr. Manuel de la Vega, Fr. Diego Landa y del Padre Betancourt, Torrubia y Torquemada, sabios arqueólogos e historiadores connotados, y de toda esa pléyade que conquistó Huatzaqualco, Tabasco y Xicalanco en 1537, civilizó más tarde las provincias de Michoacán, Jalisco, Guaxteca y Zacatecas, Guatemala y Nicaragua; redujo pacíficamente a los chichimecas a la Corona de Castilla; paseó el estandarte español y la Cruz de Cristo por casi toda la América del Norte, e hizo de México el cuartel general para llevar al Japón la civilización cristiana.

Fué Fr. Martín de Valencia el primer Apóstol franciscano en el Nuevo Mundo. Salió de Sanlúcar de Barrameda con once compañeros el 25 de enero de 1524. Cuando llegaron a playas mexicanas, Hernán Cortés organizó una recepción ceremoniosa, digna del ilustre conquistador y de la lucida falange que la civilización cristiana enviaba a territorio americano. Reunió la mayor cantidad que pudo de indios caciques, y con ellos y sus gloriosos capitanes salió al encuentro de los humildes frailes. Esperó que se acercasen, y entonces, adelantándose Cortés, se despojó de

su capa de grana y seda, la tendió en tierra para que la hollaran Fr. Martín y sus compañeros, y doblando luego la rodilla, les fué besando las manos, sin permitir a los religiosos acto alguno de humildad; antes bien rogándoles se estuvieran en posición erguida, como signo de autoridad, para que tan buen ejemplo de respeto y estimación fuera aprovechado por sus tropas y naturales. Los demás capitanes españoles, con el bravo don Pedro de Alvarado a la cabeza, siguieron la actitud admirable de su jefe.

Estos doce religiosos, unidos a Fr. Juan de Tecto, Fray Juan de Ayora, Fr. Pedro de Gante y a dos más que habían pasado desde la Española, se dividieron en cuatro grupos para comenzar la obra admirable de la civilización que les había tocado inaugurar.

Más que admirable, portentosa fué la labor de los franciscanos en la colonización de aquella parte de América. Sin descuidar el primordial deber de civilizar a aquellas gentes, sirvieron a los conquistadores de poderosa ayuda para descubrir y explorar nuevas naciones por ellos desconocidas, reducirlas de paz y formar todos los pueblos, que hoy son florecientes frutos de la conquista española en América. Porque la acción de los franciscanos de México no se hizo sentir en sólo esta nación, sino en los territorios de Nuevo México, California, Texas, la Florida, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala, Colombia, Ecuador y Perú.

Era natural que, apenas los religiosos entraron en México, los conquistadores pensaran en dotarles de conventos y monasterios. Pero Fr. Martín de Valencia, agradeciendo tanta solicitud, pidió y aun ordenó que junto a ellos se cuidase de edificar otros aposentos para recoger allí a los niños que pensaban educar en la nueva civili-

zación. Así se hizo, y cuando el primer convento de México se hallaba medio concluído, tenía a su lado grandes salas en donde más de mil muchachos sujetos a la disciplina de un internado, cuidado por ancianos, a manera de bedeles, recibían no sólo los conocimientos primeros del idioma castellano y de las lenguas indígenas, sino también la enseñanza de oficios mecánicos, tan necesarios para el cambio de cultura en los naturales, como indispensables para el servicio de las nacientes colonias españolas. Este colegio dió bien pronto sus frutos, tan sazonados, que los indios de él salidos iban de hecho y de derecho a ser los amos y dueños de los cacicazgos, en donde comenzaba a arraigar, sin sentirlo, la semilla de la naciente civilización llevada allí por los humildes frailes franciscanos. Excusado es acentuar o subrayar el ascendiente que de esta indirecta manera iban los religiosos adquiriendo aun entre los salvajes.

(Y fueron tales los beneficios que del colegio recibíanse y palpaban los naturales, que muy pronto, no sólo los niños, sino también adultos, iban a recibir de los misioneros los rudimentos de la doctrina cristiana, la enseñanza del castellano y de algunas artes y oficios. Se agolparon, dicen los historiadores, por barrios y parroquias en el patio del convento franciscano.)

(El mismo cuidado y empeño que pusieron los franciscanos en la instrucción y educación de los niños, lo pusieron también con las niñas.) A éstas se las juntaba en las plazas o en los patios de las iglesias, por barrios, repartidas en corrillos, y los niños más capacitados eran sus primeros maestros, que luego eran sustituidos por las muchachas más aprovechadas; muchas aprendían a asistir a los enfermos. Así nos lo cuenta Torquemada en el libro XV

de su *Monarquía Indiana*, añadiendo que esa costumbre se seguía aún observando cuando escribía su libro (1610-1613). Luego añade:

«Algunos años después que comenzaron a ser Cristianos estos Indios, teniendo noticia la Cristianísima Emperatriz doña Isabel, por aviso del Santo Obispo Fr. Juan de Zúrraga, de la calidad y condición de esta gente Indiana, y cómo sus hijos e hijas en la tierna edad eran tan domésticos y sujetos para ser enseñados en lo que les quisiessen poner. Con tanto zelo de su aprovechamiento mandó venir de Castilla algunas dueñas devotas, dadas al recogimiento y ejercicios espirituales, con favores suyos que traxeron: para que repartiéndose por las principales provincias, les hiziessen casas honestas y competentes, donde pudiesen tener recogidas alguna cantidad de niñas, hijas de los señores e Indios principales, y allí les enseñassen buenas costumbres y ejercicios cristianos, y junto con esto los oficios mugeriles que usan las españolas, como es cozer, labrar y otras semejantes, porque el texer sabíanlo muy bien las mujeres naturales desta tierra, y no sé si mejor que las de Castilla, porque vsan mucho, y hazian telas de mil labores, y muy vistosas, de que hizieron en aquel tiempo frontales para los altares y casullas, y otros ornamentos de la iglesia.

»Finalmente púsose por obra lo que la devota Emperatriz mandara, y hechas las casas, recogieron las niñas, y aquellas buenas mugeres que les dieron por madres pusieron todo cuydado en doctrinarlas: mas como ellas, según su natural, no eran para monjas, y allí no tenían que aprender mas que a ser Cristianas y servir honestamente en ley de matrimonio, no pudo durar mucho esta manera de clausura, y assí duraría poco mas de diez años. En

este tiempo muchas que entraron algo grandecillas se casaron y enseñaban a las de fuera lo que dentro en aquel recogimiento avian aprendido (es a saber): la doctrina Cristiana y el oficio de Nuestra Señora, Romano, el qual dezian cantando y devotamente en aquellos monasterios o emparedamientos, a sus tiempos y horas, como lo vsan las monjas y frailes. Y algunas después de casadas antes que cargasse el cuydado de los hijos, proseguian sus santos exercicios y devociones.»

Para comodidad en la catequización, los frailes edificaron sus monasterios con un atrio con pretil delante de la iglesia.

Este atrio servía también en las grandes festividades para que la gente oyera la misa y la predicación, que entonces se decían en la puerta del templo. A un lado de la iglesia, y muy ordinariamente al norte, se edificaba la escuela, en cuyo local, una vez concluída la misa, se juntaban los niños a aprender música y canto, lectura y escritura. Terminadas las clases, salían a sus casas a ayudar a sus padres en el trabajo y los quehaceres domésticos.

El aprendizaje de la doctrina cristiana se hacía por corrillos; en uno se enseñaba a signarse y a rezar el Padre Nuestro y el Avemaría; en otro, los mandamientos y los artículos de la Fe; en otro, los Sacramentos, etc.; todo en lengua indígena. Cada corrillo y cada barrio tenían sus matronas o madres espirituales que recogían y conducían a los indios para la instrucción catequista, y los dejaban después en sus respectivas casas. Los pequeños, niños y niñas, tenían viejos guardianes y hacían su oficio con tanto agrado que llevaban a punto de honor el tener limpios los patios y hasta adornarlos con árboles, especialmente de ciprés y de naranja.

Pero los religiosos no se detuvieron en la enseñanza elemental primaria, en la doctrina cristiana y en la de artes y oficios, sino que prosiguieron, entusiastas; fundaron un colegio llamado de Santa Cruz, para la enseñanza de Humanidades y Filosofía. Este colegio funcionó al principio en el convento franciscano de la ciudad de México, en la capilla de San José, bajo la dirección del célebre lego Fr. Pedro de Gante, de cuya obra hablaremos más adelante. El primer profesor de Gramática fué el francés Fr. Arnaldo de Bassacio. Entusiasmado el Virrey don Antonio de Mendoza por el fruto que los religiosos sacaban de su pequeño colegio, hizo edificar a su costa un buen local en Tlatilulco y le dotó de haciendas y estancias para asegurar su vida. Este colegio de indios tuvo magníficos profesores: Fr. Arnaldo de Bassacio, Fr. Juan de Gaona, que enseñaba Gramática y Artes; Fr. Bernardino de Sahagún, Gramática y Música; Fr. Andrés de Olmos, Lógica y Filosofía; Fr. Francisco de Bustamante, Artes y Teología, y Fr. Juan Focher, Latín. Todos ellos habísimos lingüistas y conocedores de varias lenguas mexicanas, y algunos ya ilustres, como Fr. Juan de Gaona, doctor de la Universidad de París, y profesor de Teología en Valladolid, y Fr. Andrés de Olmos, doctor en Derecho canónico y civil.

Cuando el Virrey don Luis de Velasco sucedió a don Antonio de Mendoza no perdió tantos favores el colegio, a pesar de sus muchos contradictores, a quienes disgustaba la enseñanza a los indios de Latín, Literatura, Filosofía y Teología, materia que sólo las concebían hechas para paladares españoles. Al contrario, y como las necesidades del colegio crecieran a medida de su fama y buen éxito, el Rey ordenó que se le auxiliara con 200 ducados

de oro, que la Caja Real debía entregar a los franciscanos anualmente. Y para desmentir a los opositores del colegio y dar razón a los frailes que enseñaban Humanidades, Filosofía y Teología a los indios, muchos de éstos salieron doctos de las aulas del colegio, y el mejor de ellos, el célebre don Antonio Valeriano, indio natural de Azcaputzalco, humanista y filósofo, que sucedió a sus maestros y dictó cátedra de Gramática y Arte en el colegio durante muchos años. Elegido Gobernador de Tenotchtlan, gobernó por más de veinticinco años a los indios de México con aplauso de los Virreyes, edificación de los españoles y beneplácito del Rey, que le otorgó muchas mercedes por su talento y los servicios prestados a la Corona. Fué maestro de lengua mexicana de muchos de los primeros frailes que después fueron consumados filólogos, entre ellos del gran Torquemada, el cual, en su *Monarquía Indiana*, hace cariñosos recuerdos de su maestro. Cuando murió se conmovió todo México y los caciques indios y los más notables colonos españoles asistieron a los suntuosos funerales que le hicieron los franciscanos en su iglesia, adonde el cadáver fué llevado en hombros por los religiosos para depositarlo después en la capilla de San José.

A fin de que se vea hasta dónde iba el interés de los franciscanos por la cultura de los indios, anotemos, subrayando, que así como en su escuela primaria enseñaban a las indiecitas a cuidar a los enfermos, en el Colegio de Santa Cruz difundían la medicina que pudiéramos llamar casera, y muy especialmente la derivada de la que ellos mismos usaban, utilizando hierbas y raíces. Así es como aquellos frailes comprendían su tarea y apostolado y no descuidaban el menor detalle.

Veamos ahora cómo los franciscanos concurrieron a la enseñanza y difusión de las artes entre los mexicanos.

Como en muchas otras naciones de América, los indios en México dejaron admirar por los colonos europeos una habilidad y talento acentuados para el ejercicio de las artes manuales. No se discute ya la bondad del arte talteca, maya e incaico, y, al contrario, se admiran su escultura y orfebrería, productoras de obras maestras de verdadero arte. La estatuaria de piedra de los mexicanos, sus entalladuras, hechas con instrumentos de cobre; sus figurillas vaciadas de oro y plata, y sobre todo las que hacían ligando ambos metales para utilizar como decoración los colores diversos del oro y de la plata, son admirables muestras del sentimiento y habilidad artísticos de aquellos indios.

Después de la conquista de México, los naturales no dejaron la práctica de sus artes, y así continuaron tejiendo esteras de totora, tapetes, cortinas de palma entretejidas y pintadas tan fresca y vistosamente, que los colonos españoles los estimaban sobre manera. El curtimiento y adobo de pieles y el arte de labor de plumas fueron siempre industria muy adelantada de los indios mexicanos, lo mismo que el calzado de pita y las alpargatas de cáñamo, algunas de ellas primorosamente decoradas y pintadas.

Pero junto a estas artes exclusivamente indígenas, los españoles iban creando en la colonia las artes y oficios europeos, de cuyos productos tanto necesitaban y que para los indios eran una verdadera novedad. Los conquistadores trajeron artífices de toda especie para la colonización de los territorios americanos, y además, obras de arte de toda clase, que los indios, con su natural curiosidad y

habilidad prodigiosa, procuraban imitarlas como mejor podían. Y así, pronto las imágenes flamencas, italianas y españolas eran copiadas magníficamente por los indios, que labraban también figurillas de hueso, estatuas de madera y mejorando su propia industria con los adelantos y novedades españoles, fabricando objetos de loza y barro preciosamente pintados y vidriados, decoraban sus azafates de calabaza con pinturas imborrables y su ropa de vestir con nuevas, caprichosas y encantadoras formas, teñidas de colores diversos.

Pero de poco les habría servido a los indios de México esta habilidad natural ante el egoísmo del artífice europeo, si los frailes no hubieran tomado a su cargo la enseñanza sistemática de las artes y oficios y si ese buen lego franciscano Fr. Pedro de Gante, a quien México debe levantar un monumento sobre las cien iglesias que allí edificó, no hubiera abierto una escuela de artes y oficios para los indios en la capilla de San José, contigua a la iglesia franciscana de la ciudad, en donde permaneció abierta por espacio de más de un siglo. En esa escuela, en sus principios colocada bajo la dirección de su propio fundador, y que era la misma en donde los franciscanos enseñaban la doctrina cristiana, la lectura y escritura a los niños indígenas, se divulgaba también entre ellos el conocimiento de las nuevas artes e industrias españolas y—lo que es más todavía—se perfeccionaban las que eran exclusivamente indígenas. En la capilla había varios departamentos para los diferentes oficios y artes: sastres, carpinteros, zapateros, herreros, pintores, escultores, etc.

Pudiera aparecer a simple vista esta labor franciscana como la más fácil de su tarea, a quien no considere el ambiente de desconfianza, susto y hasta terror que rodea-

ba a los misioneros en los primeros años de su establecimiento en el Nuevo Mundo por efecto de las guerras de conquista, muchas de ellas atroces y de impercedero recuerdo para los indios, fuera del espíritu de dejadez tan natural de ellos, lo cual debía alejarlos de todo aprendizaje y de toda disciplina. Los religiosos tuvieron, pues, que emprender una verdadera catequización de los indios para quebrantar en ellos el miedo, el susto y la desconfianza que les inspiraba el castellano, sea quien fuese y llámese como se llamare, yendo hacia ellos con suavidad y tino, atrayéndolos luego con bondades y halagos hasta rendirlos a discreción para convertirlos en elementos cultamente útiles a la colonización de América. No es aventurado afirmar que sin franciscanos jamás se hubieran civilizado los indios de México. Fueron ellos los que penetrando con gracia y dulzura en el corazón duro de esa raza, mudaron su natural dejadez y salvaje timidez de última hora en férvido amor al trabajo e incontenible afición a las artes y oficios, que fué creciendo a medida del provecho material que reportaban.

Los franciscanos tuvieron además que luchar contra el egoísmo de los mismos artífices castellanos, quienes ya recelaban de la pronta habilidad de los indios discípulos de la escuela de Fr. Pedro Gante. Cuando leemos en la *Monarquía Indiana* las maravillas de Fr. Pedro de Gante, a quien llama Torquemada «el primero y principal maestro e industrioso adiestrador de los indios», nos figuramos al entusiasta y portentoso lego como el consultor y oráculo de los indios, quienes le llevaban diversos artefactos para que les explicara la manera de fabricarlos, o un poco de las cosas que el artífice usaba para que les indicara lo que eran y el modo y lugar de conseguirlos.

Así aprendieron a batir el oro y a fundir el bronce, y lo hicieron con tal perfección, que bien pronto fabricaron guadamecíes y fundieron infinidad de campanas, de sonido perfecto y voz encantadora. Así aprendieron también el tejido de los castellanos y la fabricación de las sillas de montar.

El arte de bordar lo enseñó a los indios un lego franciscano italiano llamado Fr. Daniel, quien se distinguió después en la conquista y civilización de la provincia de Michoacán y Jalisco. El lego organizó un verdadero taller, en donde largo tiempo trabajó con sus discípulos indios primorosos ornamentos que las iglesias de México las lucieron como legítimas obras de arte primoroso.

Y fueron también los franciscanos quienes perfeccionaron las artes de la arquitectura y escultura indígenas, fundando y estableciendo una verdadera y original escuela, cuyos escultores hicieron y realizaron todos esos adornos primorosos que se ven esparcidos en las iglesias mexicanas, en cuanto los frailes, quitándoles los instrumentos de piedra con los cuales antes solían labrarlos, pusieron en sus manos el pico y el cincel y les enseñaron el manejo de la escoda. No menos excedieron en la construcción arquitectónica. El mismo Fr. Juan de Torquemada cuenta que la iglesia de Santiago, una de las mejores de la Nueva España, la trabajaron los indios «sin más industria ni maestro que yo, que he sido el que la he trazado, y ellos puéstolo en ejecución con sus manos, assi en la mampostería como en la cantería». Las bóvedas fueron siempre la admiración de los indios; pero cuando los franciscanos les demostraron prácticamente la manera de construir las, en la iglesia de San Francisco, de México, las comenzaron a trabajar ellos solos y las hacían con toda perfección,

como lo demuestran las dos que levantaron en la iglesia de Tlascala.

Fué el mismo lego Fr. Pedro de Gante quien enseñó primero el Canto, la Música y hasta la fabricación de instrumentos musicales. Acompañábale Fr. Juan Coro, el cual, llevado de su entusiasmo por el arte y la educación de los indiecitos, les enseñaba el Canto y la Música sin conocer la lengua de ellos. Los colonos castellanos se burlaban de este Conservatorio de Música de los franciscanos; pero cuando salieron de allí los primeros maestros y oyeron la primera misa cantada por los indiecitos, que fué la de la Virgen *Salve Sancta Parens*, no sólo cesaron las burlas, sino que se convirtieron en lágrimas de emoción para el espíritu religioso de los colonos.

Creemos que desde ese momento debieron éstos considerarse como civilizados a los antiguos bárbaros: la religión y el arte dados por las manos de los hijos del más religioso y el más artista de los santos, habían realizado la conquista civilizadora de los mexicanos.

Luego la fabricación de instrumentos musicales fué ordinaria en los indios. Los primeros instrumentos que fabricaron fueron flautas, chirimías, violines y después cornetas y contrabajos. También fabricaron órganos y ellos mismos los tocaban, como fabricaban y tañían igualmente los otros instrumentos que fabricaban y usaban para su solaz y esparcimiento: rabeles, guitarras, discantes, vihuelas, arpas y monocordios. Y lo que es más prodigioso, componían villancicos para órgano a varias voces y hasta misas y otras piezas, con gran admiración de los mismos españoles. La música llegó a generalizarse tanto entre los indios, que constituyó un especial encanto, imprescindible en sus fiestas religiosas y familiares. «Una cosa puedo afir-

mar con verdad—dice Torquemada—: que en todos los Reynos de la Christiandad (fuera de las Indias) no hay tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, trompetas, orlos y atabales como en sólo este Reyno de la Nueva España.»

También les enseñaba la escritura y caligrafía musicales; eran los indios los que sacaban en pauta las partituras para el órgano y hacían a colores preciosos cantorales y salterios para el facistol del coro de los frailes, ilustrándolos y decorándolos con viñetas y labores que copiaban e imitaban con gracia singular de las estampas que veían en los libros de los religiosos.

Esta fué en resumen la obra de los primeros franciscanos en México, especialmente conducido por ese admirable lego Fr. Pedro de Gante, cuya dificultad en el hablar, pues era tartamudo, parece que la compensaba con su agilidad y presteza en el obrar. Su amor por los indios le hizo despreciar hasta la mitra que le ofreciera Roma y su pariente Carlos V. No necesitaba de ella para gobernar a México; pues llegó a tener tal ascendiente, que no sólo los indios le veneraban y obedecían, sino que de él dependía el gobierno de los naturales de todo México y aun su jurisdicción eclesiástica, de modo que el Arzobispo Fray Alonso de Montúfar solía decir: «Yo no soy Arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante.»

Su especial amor a los indios le hacía escribir entusiastas cartas a sus hermanos religiosos de Flandes pidiendo viniesen a América a civilizarla.

No hay que decir que los indios le comprendían su cariño. Un día que regresaba de Tlascala para México le hicieron una gran demostración de júbilo, una pantomima de guerra en la laguna de Tezcuco, en innumerables ca-

noas, y luego le acompañaron hasta el convento al son de danzas y juegos.

Cuando murió, cada pueblo, cada cofradía, cada ciudad le dedicó suntuosos funerales y le lloró y honró, y hasta después de muerto solían frecuentemente venir al convento a obsequiarle, a veces, con hábitos y vestidos.

Los franciscanos de México fueron los primeros en enseñar a los indios a escribir en su propio idioma. Era de ver, dicen los cronistas e historiadores, el gusto con que los indios dieron en escribirse y contestar cartas en su lengua materna. Ni faltaban, como es natural, algunos calígrafos entre aquellos discípulos de los religiosos. Escribían en toda clase y forma de letra: chica y grande, quebrada y gótica, y algunos traducían por sí mismos del castellano o del latín las obras al idioma mexicano. Quizá exista aún en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid el libro *Contemptus mundi*, escrito en lengua mexicana por un indio de aquéllos, con tal arte y preciosidad que, obsequiado en 1570 por Fr. Jerónimo de Mendieta al Licenciado don Juan de Ovando, del Consejo de Indias, fué a parar, como regio regalo, a manos del mismo Rey Felipe II.

Tal fué la obra cultural primera que los franciscanos realizaron en México.

(Fueron ellos los que primero enseñaron a leer y a escribir a los indios, a cantar y tañer instrumentos musicales y la doctrina cristiana.) Allá junto a su convento, en la capilla de San José, funcionó durante mucho tiempo la escuela de niños que, si en sus principios fué exclusivamente para los naturales, la aprovecharon luego los mismos colonos españoles. Allí, a la sombra de los hijos de Francisco de Asís, en los talleres de pintura y escultura

que tenían, hicieron los indios los primeros retablos de las iglesias de México, hoy tan admirados. Allí el humilde lego Fr. Pedro de Gante hizo enseñar a la raza conquistada por Hernán Cortés los oficios de cantería, herrería, carpintería, sastrería, zapatería y demás oficios mecánicos.

Y para realizar esa tarea, ¡cuántos trabajos desde el aprendizaje del idioma hasta las molestias de la enseñanza! Pero estos trabajos no eran para amedrentar espíritus como los de esos admirables apóstoles. No sólo aprendieron lenguas mexicanas, sino que las poseyeron, llegando algunos de ellos a escribir gramáticas y vocabularios que hoy son consultados por los filólogos, que las juzgaron indispensables. Con mucha razón el P. Francisco Ayeta, en 1693, en su admirable defensa contra el secuestro de las treinta y una doctrinas que administraban en México los religiosos franciscanos, de las que los despojó el Obispo don Juan de Palafox, después de hacer una eruditísima exposición de la obra franciscana en aquellos territorios, dice: «Ha sido en todo fecunda, que es muy dificultoso penetrar sus grandes frutos. Entre ellos uno fué dar reglas a las lenguas, todas las que se hablaban en Nueva España, que son muchas y muy diversas, como son la Mexicana, Othomi, Mataltzinga, Mazahua, Populucá, Chocha, Huasteca y Jamcoliva, sin excluir la Tarasca, y las muchas de Nuevo México, donde cada nación es de lengua diferente; y ha habido religioso que sabe siete lenguas, y de donde todos han aprendido y continuamente administran y predicán en ellas más de 600 religiosos, como sucede actualmente.»

Si procurar por medio del idioma la comunicación de los hombres es tarea eminentemente civilizadora, nadie como los franciscanos de México realizaron mejor esa tarea.

Allí están los tres primeros religiosos que en 1523 pisaron tierra mexicana: Fr. Juan de Tecto, el profesor durante catorce años en la Universidad de París, escribiendo sus *Primeros rudimentos de la Doctrina Christiana en lengua mexicana*; Fr. Pedro de Gante su *Doctrina Christiana en lengua mexicana*, y Fr. Juan de Ayora convirtiendo en arte esta misma lengua y legando la primera gramática mexicana y el primer vocabulario español-mexicano, que habían de llegar a su perfección con los estudios de sus hermanos Fr. Francisco Ximenes (1530), Fray Juan Focher (1540), Fr. Antonio Rincón (1568), Fr. Agustín de Betancourt (1673), Fr. Francisco de Avila (1717), y sobre todos ellos Fr. Alonso de Molina, uno de los más doctos misioneros de México, conocedor profundo del idioma mexicano, en el cual escribió sermones, oraciones, catecismos, doctrinas, confesonarios, al cual tradujo los Evangelios y el Oficio de la Virgen y cuyos libros *Arte de la lengua mexicana y castellana* y *Vocabulario castellano mexicano*, editados en 1555 y 1571, respectivamente, no admiten iguales entre los de su clase, al decir de Leclère; constituyen la obra más docta y más completa que se conoce para el estudio de la lengua mexicana, según Ternaux-Compans, y son hasta ahora estudiados y citados por los filólogos americanos. Y vienen en pos de ellos: Fray Juan Guerra con su *Arte de la lengua mexicana según la acostumbran hablar los indios de Guadalajara y Michoacán*; Fr. Luis de Villalpando, Fr. Juan de Acevedo, Fr. Juan Coronel, que nos ha dejado su *Gramática de la lengua yucateca*; Fr. Antonio de Ciudad Real, su *Gran Diccionario Calepino de la lengua Maya de Yucatán*; Fr. Pedro Beltrán, su *Arte del idioma Maya reducido a sucintas reglas y semilexicón Yucateco*; Fr. Joaquín

Ruz, su *Gramática Yucateca*, su *Cartilla o Silabario de la Lengua Maya* y su *Análisis del Idioma Yucateco*; Fr. Francisco del Toral, el primer Obispo de Yucatán, su *Arte y Vocabulario de la Lengua Totonaca*; y sobre todo, Fr. Andrés de Avendaño, el más profundo conocedor de la lengua maya, y de quien cita Squier las siguientes importantísimas obras: *Diccionario de la lengua de Yucatán*, *Diccionario de los adverbios de tiempo y de lugar de la lengua de Yucatán*, *Diccionario de personas, ídolos, danzas y otras antigüedades de los indios de Yucatán*, *Diccionario botánico y médico de Yucatán*. Ni podemos olvidar a Fr. Andrés de Olmos, muerto en 1571, y de quien recuerda Civezza y Torquemada, amén de muchos sermonarios, confesonarios y tratados sobre asuntos religiosos escritos en aquellos idiomas mexicanos, sus gramáticas y vocabularios que escribió de las lenguas mexicana, guasteca y totonaca, una de las cuales mandó imprimir Maximiliano, a solicitud e informe de una Comisión científica especial.

Si estos frailes no fueron los verdaderos civilizadores de México y los que facilitaron a España la tarea colonizadora, no comprendemos las palabras ni las ideas.

Pero esta labor de los franciscanos no les hacía descuidar el deber que tenían como religiosos misioneros: la evangelización de los pueblos. En este punto su trabajo y celo adquirieron también proporciones inverosímiles. Basta saber que en quince años, de 1524 a 1539, bautizaron entre chicos y grandes, niños y adultos, en la comarca de México y sus pueblos Cochimilco, Tlalucanalco, Chalco, Quauhuahuac, Chietla, Tezcucó, Otumba, Tepepulco, Tulantzinco, Quauhuitlan, Tulla, Xilotepec, Tlascalá, Cholula, Huexotzinco, Calpan, Tepeyac, Tehuacan, Zacatlan, Hueytlalpan, Michoa-

can, el valle de Toluca y sus provincias, más de cuatro millones de indios.

Y hasta el año 1540, más de seis millones. Sólo el Padre Fr. García de Cisneros, primer Provincial de la Provincia franciscana de México, bautizó a más de cien mil; Fr. Juan Caro, que enseñó a los indios la música, otros tantos; Fr. Juan de Perpiñán y Fr. Francisco de Tacuencía, cien mil cada uno. Otros como el célebre P. Fr. Toribio de Benavente, más conocido por el nombre de Motolinia, con que le bautizaron los indios, trescientos mil. Torquemada recuerda de un fraile que bautizó en Toluca, en sólo un día, el año de 1539, tres mil seiscientos indios, para comprender lo cual advierte que el bautismo se hacía por partidas de centenares de una sola vez. En la carta que uno de los primeros franciscanos de México, Fr. Francisco de Boloña, escribió desde dicha ciudad a Fr. Clemente de Morelia, Provincial del convento de Boloña en 1534, al hablar del bautismo de los indios dice: «Algunas veces los jefes se presentan a la cabeza de treinta o cuarenta mil hombres para hacerse bautizar... Vienen desde cien leguas de distancia para vernos y oírnos predicar; y ochenta y cien mil personas asisten a nuestros sermones, aun cuando muchos de ellos no entienden nuestros discursos...»

Sin duda alguna, en estos antecedentes se fundó Fr. Juan de Tecto para escribir entonces su «Apología del bautismo administrado a los gentiles mexicanos con sola el agua y la forma sacramental», que consta en la Bibliografía de Civezza.

Como recuerdo de toda esta época misionera, Fr. Jerónimo de Mendieta, el autor de la admirable *Historia eclesiástica Indiana*, pintó un cuadro que lo colocó en un

gran portal junto a la portería del convento de Xochimilco, en el que representó la escena magnífica que presenció esa ciudad un día 25 de diciembre, en que dos religiosos franciscanos bautizaron y casaron a trescientos indios. Los indios, arreglados en hileras y pareados con las que debían ser sus esposas, presentábanse ante uno de los frailes, y éste les ponía el óleo. Luego, con cirios encendidos en la mano, desfilaban hacia la pila bautismal, en donde otro fraile les ponía el agua en la cabeza; y de allí, dando una vuelta, regresaban procesionalmente y en perfecto orden a donde el primer fraile para recibir el crisma, y pasaban, finalmente, donde otro para proceder al matrimonio.

Entrañable fué, por todas estas causas, el amor que los indios profesaban a los franciscanos. Una palpable prueba de este cariño y de la bondad de los religiosos es el deseo que manifestaron siempre los pueblos que una vez los conocían de tenerlos a ellos como pastores de almas, con preferencia a los sacerdotes seculares y a los demás religiosos. En la carta al P. Morelia narra cómo los indios iban a buscar a los frailes para llevarlos consigo a los pueblos, cómo antes de ir a buscarlos edificaban un buen y cómodo convento, y cómo cuando por el momento les era imposible acompañarlos, les pedían como prenda un hábito, que se lo llevaban consigo, y llenándolo de paja le colocaban sobre el altar, en sus templos, como señal de que un día irían los religiosos a vivir con ellos. Cuando se reunían en Capítulos, era tal el concurso de gente que iba a pedirles misioneros, que los religiosos no tenían sino que consolarlos con promesas. Los frailes sentían de veras tristeza ante el desconsuelo de los indios, que regresaban a sus pueblos solos, viendo envidiosos a otros más afor-

tunados, que partían llevando consigo a los que consideraban sus verdaderos padres. Por ello Carlos V, ante repetidas súplicas de la Nueva España, obtuvo de Paulo III el envío de ciento cincuenta religiosos que, en 1541, los trajo a México Fr. Jacobo de Tastera, recogiénolos de diversas provincias.

«No quieren frailes de otra Orden que de la nuestra —decía el P. Francisco de Boloña en la carta ya citada—, y los caciques de estos países escriben al Santo Padre por medio de los religiosos rogándole no enviarles a sus naciones sacerdotes seculares ni frailes que no sean los nuestros.»

Y no era fábula lo que decía el P. Boloña. Recordemos el levantamiento del pueblo de Quauhtitlan, cuando en 1538 el Capítulo de México tomó cierta decisión, que fué interpretada por los indios de aquel pueblo como abandono definitivo del lugar por los religiosos franciscanos. El cacique y los principales del pueblo desfilaron en gran procesión hacia el convento, en donde, entre súplicas y lágrimas, pidieron a los frailes no se ausentasen ni los abandonasen. Díjoles el Guardián que estuviesen sin cuidado, que no se irían. Pero como los indios creyeran poco en las palabras del Guardián, se fueron a México a clamar al Provincial por que no les quitasen a los misioneros. Ofrecióles éste enviar pronto a otros religiosos en lugar de los que debían salir por orden capitular; pero como no consideraran esta promesa suficiente, regresáronse a su pueblo, y amotinados alrededor del convento, decidieron impedir de esa manera la salida de los religiosos. Estos, en cuanto se vieron sitiados día y noche, procuraron convencerlos de buen modo para que los dejaran salir, y salieron, en efecto, con el asentimiento de unos pocos; pero

no bien anduvieron algún trecho del camino a México, otros que allí se encontraban de atalayas para impedirles la fuga, los rodearon con mucho respeto, y uno de ellos, tomándole al Guardián, le dijo: «Padre, no te enojés con nosotros; tú nos ajuntaste andando desparramados y sueltos y guiaste a los que andábamos descaminados, y como padre nos llevaste a la casa de Dios; ahora nosotros, como hijos tuyos, te llevamos a tu casa.» Levantando en hombros a los religiosos, y ufanos con su carga, entraron victoriosos al pueblo y al convento.

Levantamientos semejantes presenciaron los pueblos de Xochimilco y Cholula.

Curiosa sobre manera fué también la actitud del pueblo de Cuauhtinchan, en 1554, cuando los frailes franciscanos fueron sustituidos por los de otra Orden religiosa. Para obligar a que la autoridad eclesiástica les pusieran de nuevo a los antiguos religiosos, los indios escondieron los ornamentos de la iglesia, impidiendo de este modo a los nuevos la celebración de la misa, y les hicieron de tal modo el vacío, que no pararon hasta que el Obispo de Tlascalá, Fr. Martín de Hojacastró, repuso en su antigua doctrina a los franciscanos de Guauhtinchan.

No es menos célebre lo acaecido en San Juan Teotihuacan, en 1557, cuando Fr. Francisco de Mena, Comisario de la Nueva España, y Fr. Francisco de Bustamante, Provincial de México, se negaron a dar frailes franciscanos a los naturales de ese pueblo, que fueron a pedirles en reemplazo de los religiosos de otra Orden que los adoctrinaban. No les gustó, naturalmente, la respuesta a los naturales, quienes en señal de protesta y para obligar a satisfacerles su pedido, levantáronse en masa, atacaron contra los otros religiosos, entraron a la iglesia y cometieron muchos des-

acatos y revolucionaron el pueblo de tal modo que hicieron necesaria la intervención de las autoridades. En efecto, el alcalde de Tezcuco, don Jorge Serón, y el Provisor de Arzobispado, el Licenciado Manjarrés, fueron con orden de castigar al pueblo, y así lo hicieron, obligando a los indios insurrectos a oír, atados como delincuentes, la misa en la iglesia parroquial y reduciendo a prisión a los cabeillas. Pero nada se consiguió con estas medidas, sino enardecer más el espíritu levantisco de los indios. Por lo cual el Virrey, cambiando de táctica, envió al Oidor Zurita, sujeto muy querido de esa gente, para que procurara reducirlos de paz y con buenas razones. Tampoco obtuvo nada el Oidor; antes bien, los indios, comprendiendo los desecos de la autoridad, abandonaron el pueblo y, cerradas las casas vacías, lo dejaron desierto por un año, hasta que el Virrey, viendo en peligro la despoblación de San Juan Teotihuacán, rogó al Provincial de San Francisco, Fray Francisco de Toral, después primer Obispo de Yucatán, que volviese a enviar religiosos de su Orden.

Igual o parecida escena armaron los naturales de Tehuacán, en 1568, cuando los franciscanos decidieron abandonar su convento y doctrina por escasez de religiosos. Los indios, que en secreto cargaban los libros y enseres de los frailes para llevarlos a México, sin que se diera cuenta el pueblo, fueron en el camino despojados de su carga por parte de la gente que había comprendido el intento de los misioneros, y restituida al convento, lo sitiaron desde ese día. Todo el pueblo vivía y dormía en el convento y sus alrededores, formando un cordón impenetrable que interceptaba el paso hasta de las cartas que se enviaban a los religiosos. Cuando la autoridad vino a reducirlos y el mismo alcalde Serón, que entonces lo era de Tepeaca, penetró

al pueblo, huyeron los indios, y desparramándose por los montes vecinos no regresaron sino al cabo de dos años, cuando volvieron los franciscanos como doctrineros de Tehuacán. Pero entonces habían perecido en el destierro cosa de quinientos indios.

De esta manera se comprende que los franciscanos hayan tenido en México más de sesenta conventos.

Pero no sólo eran queridos, sino respetados por los indios, los religiosos franciscanos, tanto que muchos de los codiciosos colonos que se aventuraban a buscar fortuna por los países que entonces se llamaban de infieles, se acorazaban con el hábito de los frailes para evitar los peligros de una probable muerte. Que la coraza era segura lo probó un español llamado Juan González, en Gozatomota, provincia de Zacatecas, en donde los feroces indios chichimecas le descubrieron su disfraz, pero le dejaron libre, advirtiéndole que le perdonaban la vida sólo por respeto al hábito que le cubría.

Hemos querido con estos ejemplos poner de relieve la ventajosa situación que ocupaban los franciscanos entre los rebeldes indios de México, para que se vea con toda claridad cómo llegaron a ser un elemento imprescindible y de gran fuerza en la conquista y colonización de aquella joya preciosa de la Corona de Castilla: la Nueva España.

V

LOS FRANCISCANOS Y LA LIBERTAD  
DE LOS INDIOS



## V

Sabido es cómo a petición de Fr. Bartolomé de las Casas y de otros religiosos se dictaron por el Consejo de Indias aquellas célebres ordenanzas, cuatro de las cuales miraban exclusivamente al bienestar temporal de los indios de América. Conocidos son también la oposición y disgusto que la sola promulgación de esos decretos levantaron en los colonos, principalmente en el Virreinato del Perú, en donde la resistencia culminó en la tragedia de Iñaquito, en donde murió asesinado el primer Virrey del Perú, don Blasco Núñez de Vela. Es que los colonos mal podían mirar con buenos ojos la abolición de esa especie de esclavitud en que, desde la conquista y por los derechos de ella, había quedado sumida la raza americana. La abolición a corto plazo de las encomiendas, la prohibición de emplear al indio como si fuese bestia de carga y el implícito reconocimiento de la igualdad legal del español y el indio, eran cosas que no paladeaban bien los conquistadores y sus descendientes. Sin entrar por ahora (pues no es el caso) a examinar y discurrir sobre la bondad relativa de esas leyes, diremos que la Corona de España hizo punto de honor en la ejecución de aquellas ordenanzas, al menos en la parte que un elemental deber de humanidad imponía la abolición de la esclavitud. Mas viendo el Rey que

resultaba difícil ese cumplimiento, ya que muchos de sus gobernadores, como Sebastián de Benalcázar, en Popayán, habían promulgado las Ordenanzas, pero no cumplido, escribiendo desde entonces y por primera vez aquel célebre aforismo: «Se obedece, pero no se cumple», decidió servirse de los frailes para establecer la libertad de los indios en el continente americano, y así se dirigió a los franciscanos de México, como a los mejores apóstoles de la causa civilizadora en las colonias de la Nueva España, con la siguiente carta:

«El Rey.—Venerables y Devotos Padres Provinciales, Guardianes y Religiosos de la Orden de San Francisco, que residís en la Nueva España: Sabed que Nos enviamos a mandar a nuestro Presidente y Oidores de nuestra Audiencia y Chancillería Real de esa Nueva España que nombren y señalen una persona de calidad, de recta y buena conciencia y celoso del servicio de Dios nuestro Señor, y del bien de los naturales de ella, que sea procurador general de los Indios e Indias que en esa tierra y provincia sujetos a la dicha nuestra Audiencia ay debaxo de servidumbre y color de ser esclavos, para que ellos y en su nombre proclame y pida su libertad de los Indios e Indias universalmente, y la consigna conforme a las nuevas leyes y ordenanzas por Nos hechas, para la buena gobernación de estas partes y buen tratamiento de los naturales de ellas, y declaraciones e instrucciones que después mandamos dar: y que a la tal persona le señalen salario para este efecto; los cuales lo cumplirán así. Y porque Nos deseamos que los dichos Indios que conforme a lo susodicho debieren ser dados por libres, alcancen su libertad; y para que esto mejor se pueda cumplir y haber efecto con brevedad, conviene y es necesario que el dicho

procurador general que así será nombrado tenga relación y aviso de todos los Indios e Indias que en esa tierra estuvieren debaxo de dicha servidumbre de esclavos, para que pueda pedir libertad. Y por tener (como vosotros tenéis) más noticia dónde están, y quiénes los tiene, habemos acudido de os mandar escribir ésta. Yo os ruego y encargo que tengáis particular cuidado de avisar y advertir a la dicha persona, que así por los dichos nuestros Presidentes y Oidores fuese nombrado por el Procurador general de los dichos Indios e Indias, de cualquier calidad que sean, que estén debaxo de la dicha servidumbre de esclavos en toda esa Nueva España y provincias sujetas a la dicha Audiencia, así de los que están y residen en las casas y servicios de los Españoles, como en las estancias y minas, grangerías y haciendas, y en otra cualquier parte que estén; y del número de ellos y nombres, para que puedan pedir libertad, como Nos se lo enviamos a mandar.

»Y pues la obra es de tanta caridad, y que Dios Nuestro Señor será muy servido, os encargamos tengáis de ello todo cuidado y diligencia, como de vuestro celo y religión se espera. De Valladolid, a siete de Julio de mil quinientos y cincuenta años.»

Pero no fué ésta la única ni la última ocasión en que el Rey se dirigiera a los frailes franciscanos, como a los más seguros protectores de los indios y a los agentes más dignos de confianza para cortar abusos y poner freno, ya que no término, a los males y excesos causados por el desgobierno en las colonias. Cuando el Consejo de Indias expidió las Ordenanzas, el Rey escribió esta significativa carta a Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo:

«El Rey.—Devoto Padre fray Antonio de Ciudad Rodri-

go, de la Orden de San Francisco: Sabed que porque fuimos informados que había necesidad de ordenar y proveer algunas cosas que convenían a la buena gobernación de las Indias, y buen tratamiento a los naturales de ellas, con mucha deliberación y acuerdo mandamos hacer ciertas ordenanzas sobre ello; de las cuales algunos traslados impresos os enviamos para que veáis y repartáis por los monasterios y religiosos que os pareciere, y por ellas os conste de nuestra voluntad y procuréis que las entiendan los naturales de estas partes, para cuyo beneficio principalmente las mandamos hacer. Mucho os ruego y encargo, que pues todo lo en ellas proveído (como veis) va enderezado al servicio de Dios, y conservación, libertad y buena gobernación de los indios (que es lo que vos y los otros religiosos de esa Orden, según estamos bien informados hasta agora tanto habéis deseado y procurado) trabajéis con toda diligencia cuanto en vos fuere, que estas nuestras leyes se guarden y cumplan, encargando siempre a los nuestros Virreyes, Presidentes e Oidores y a todas las otras justicias que en esas partes hubiere, que así lo hagan; y avisándoles cuando supiéredes que no se guarden en algunas provincias o pueblos, para que lo remedien y provean. Y si viéredes que en la ejecución y cumplimiento de ello hay negligencia alguna, avisarnos eis con toda brevedad, para que nos lo mandamos proveer como conviene. En lo cual allende que haréis cosa digna de vuestra profesión y hábito y conforme al buen celo que siempre habéis tenido al bien de esas partes, nos tendremos de ello por servido. Fecha en Barcelona, a primero del mes de mayo de mil quinientos y cuarenta y tres años. Yo el Rey. Por mandato de Su Magestad, Juan de Sámano.»

Y era cierto aquello de que los religiosos franciscanos

se distinguían entonces por su solicitud y celo en que la colonización americana de México se llevase a cabo en forma verdaderamente civilizada. Léase si no en las *Cartas de Indias* la que escribió en 1552 Fr. Pedro de Gante al Emperador Carlos V, exponiéndole el estado lastimoso a que había reducido a los indios el servicio personal; léase también el «Informe que hizo en 1750 el Padre Fr. Carlos Delgado a N. Reverendo Padre Ximeno sobre las execrables hostilidades y tiranías de los Gobernadores y Alcaldes mayores contra los Indios en consternación de la Custodia de Nuevo México»; léase en la misma colección de *Cartas de Indias* la dirigida por Fr. Juan Mansilla al Rey Felipe II desde Jalapa el 24 de mayo de 1562, poniéndole en su conocimiento los abusos que se cometían en Veracruz y proponiéndole varios modos de remediarlas.

Pero aún más hacían los religiosos; vigilaban la misma administración pública, y con mucho celo informaban al Rey o al Consejo de Indias de lo malo que les parecía, aconsejando al propio tiempo la mejor manera de enmendarlo. En las mismas *Cartas de Indias* pueden verse la admirable carta de Fr. Juan de la Puerta, uno de los primeros franciscanos que entraron en la conquista del Yucatán, cuando la emprendía don Francisco de Montejo, dirigida desde Mérida, el 1 de febrero de 1574, al Real Consejo de Indias, indicando las modificaciones que era preciso introducir en el gobierno y régimen de esa provincia; la suscrita por Fr. Francisco de Bustamante, Fray Diego de Olarte, Fr. Toribio Motolinia, Fr. Juan Focher, Fr. Bernardino de Sahagún, Fr. Juan de Sanct. Francisco, Fr. Juan de Gaona, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo y Fray Juan de Ribas y dirigida desde México el 20 de octubre de 1552 al Emperador Carlos V, exponiéndole la necesidad

de adoptar medidas y dictar reglas para evitar competencias y rozamientos entre el Virrey y la Real Audiencia de la Nueva España; y la que dirigió desde la misma ciudad de México, el 20 de diciembre de 1534, Fr. Juan de Zumárraga, el portentoso apóstol y primer Obispo de México, a Juan de Sámano, secretario de Su Majestad, exponiéndole algunas necesidades de sus diocesanos y rogándole encarecidamente preste apoyo al proyecto de edificación de Colegios y Monasterios para jóvenes de ambos sexos.

De propósito no hemos querido ocuparnos, como lo pudiéramos perfectamente, en la narración de los trabajos y penalidades de los misioneros franciscanos en la conquista de los pueblos todos de México; ellos fueron admirables y la repetición de los que sus compañeros sufrieron y vencieron en la América Central. Pero como es preciso decir algo, recordemos algunos hechos gloriosos.

Quien más empeño puso en el descubrimiento y conquista de los pueblos salvajes de la América del Norte fué, indudablemente, el P. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo. El envió dos misioneros de su Orden a las provincias de Huatzaqualco, Tabasco y Xicalanco en 1537; y en 1538, tres religiosos hacia la mar del Sur, y otros dos para que diesen la vuelta por Jalisco y Nueva Galicia. Fué uno de éstos quien descubrió por primera vez esos inmensos territorios que despertaron la codicia de los españoles apenas el fraile dió noticia de su hallazgo. Receloso el fraile, refiere Torquemada, de que los conquistadores echaran a perder la reducción pacífica de esos nuevos países, les hizo prometer que la conquista la harían en paz y no por el hierro. Pero, añade Torquemada, de estos propósitos de nuestros españoles no hay que hacer caso, porque entre ellos no hay hombre cuerdo a caballo.

Sabedor de todo esto Fr. Marcos de Niza, Provincial a la sazón de México, uno de los más insignes misioneros franciscanos de la América y, según el historiador González Suarez, «uno de aquellos sacerdotes virtuosos y doctos que, para honra de la Iglesia Católica, vinieron a América en la época de la conquista», decidió tomar la delantera a los conquistadores españoles, y haciendo el mismo camino que el fraile, dió la vuelta a México, reconoció la nueva tierra de Cibola, y encantado y satisfecho de las ciudades que viera y de las poblaciones que visitara, regresó por segunda vez con el Capitán Francisco Vázquez Coronado, a quien el Virrey don Antonio de Mendoza, en sus deseos de conquistar pacíficamente esas tierras, envió con mucha gente y provisiones en compañía de Fr. Marcos y otros religiosos. Anduvieron y recorrieron mucha tierra, sufrieron trabajos indecibles, visitaron las provincias de Chiamotla, Culhuacán y Sinaloa, y por el valle de Cozacoac entraron en Cibola, Tihuix, Quivira y otras, llegando hasta la Florida, de donde regresaron para no volver más. De vueltas de tan penoso viaje, Fr. Marcos murió tullido, y ninguna otra persona, seglar o religiosa, se aventuró a seguir el ejemplo de tan intrépido conquistador. Sólo cuarenta años más tarde, otro fraile franciscano, Fray Francisco López, y un lego, Fr. Agustín Rodríguez, entraron en el territorio de Nuevo México y llegaron a la provincia de Tilmas. Los acompañaron algunos soldados, los cuales, acobardados ante la inmensa cantidad de gente que poblaba esas desconocidas tierras, abandonaron a medio camino a los frailes, no obstante sus ruegos y consejos. En auxilio de los religiosos envió el Virrey un buen piquete de soldados al mando del Capitán Antonio Espejo, quien sólo trajo la noticia de la muerte de los intrépidos

misioneros. Volvióse de nuevo a abandonar el proyecto de conquistar y civilizar esas tierras, pues nadie se atrevía a entrar en ellas, hasta que otros dos franciscanos, auxiliados por el Conde de Monterrey, regresaron con don Juan Oñate y decidieron definitivamente la conquista y colonización de Nuevo México.

Pero no es éste el único triunfo de los conquistadores franciscanos de México. Allí está la admirable página de la reducción de los feroces chichimecas, que dejaron escrita Fr. Pedro de Espinareda y el lego Fr. Cintos de San Francisco, antiguo conquistador, apóstoles intrépidos y defensores de los indios; Fr. Lorenzo de Gaviria, a quien el Virrey Velasco le hizo tantos honores por la pacificación que logró de los chichimecas; Fr. Diego Ordóñez, venerable por su virtud, predicador famoso, docto en letras y que se había de cubrir de gloria en la conquista de Guatemala; Fr. Pedro de Heredia, espíritu celoso que permaneció tres años entre los feroces indios del río Piaztla, y el santo lego Fr. Diego de la Magdalena, Fr. Francisco Loranza y Fray Martín de Veleña, varones perfectos que pasaron trabajos inenarrables y escaparon varias veces a la muerte entre los terribles bárbaros de aquellas tierras. Allí está, igualmente, la admirable conquista de las provincias de Michoacán, Jalisco, Guaxteca y Zacatecas, que los franciscanos las pacificaron con tal tino y prudencia que a todas las redujeron de paz a la Corona de Castilla. Allí está también ese inmenso campo evangélico del Yucatán, en donde se señaló con luz inextinguible el misionero franciscano durante un siglo entero, y trescientos cincuenta religiosos, hijos de San Francisco, labraron y levantaron un verdadero monumento a la gloria de su religión, de la ciencia y de España. Y para que en estos recuerdos de las penosas

conquistas franciscanas no falten mártires, consignamos los nombres de Fr. Francisco Garcés, Fr. Juan Marcelo Díaz, Fr. Matías Moreno y Fr. Antonio Barreneche, que cayeron en la conquista de las naciones bárbaras del río Colorado, en las célebres misiones de Arizona, a manos de los feroces indios yumas. Ni olvidemos tampoco el nombre de Fray Andrés de Olmos, cuya vida está llena de hazañas, virtudes y trabajos excepcionales, varón heroico fundador de ocho conventos, entre los cuales el célebre de Churubusco, y de los hospicios de San Diego y Acapulco, que con otros que establecieron los franciscanos en Nuevo México fueron los cuarteles de donde salieron tantos misioneros a China y el Japón, tarea evangelizadora que ilustró Fr. Jerónimo de Jesús, el amigo del emperador Daysuyama, con quien logró concertar relaciones con el Virrey de México y de quien alcanzó el permiso para que los españoles traficaran en las costas japonesas.

Pero para que el cuadro rápido que vamos trazando de la acción franciscana en la conquista y colonización de América resulte siquiera el pálido reflejo de lo que fué en la realidad, hagamos ligeramente aparecer la corona de ciencia que nimba la frente del misionero franciscano de México y que el olvido no ha alcanzado a marchitar. Ya vimos lo que hizo en el campo de la Filología y de la Lingüística. Veamos ahora lo que realizó en el de la Historia.

Es indudable, y como tal por todos confesado, que los conquistadores no se preocuparon de estudiar las características de los pueblos americanos vencidos, y aún más, ni se preocuparon de recoger la propia historia de la conquista y colonización del Nuevo Mundo. Consideraron todo lo que pertenecía a la raza vencida como indigno de sus preocupaciones, y en el desprecio que por ella tenían, sólo

se cuidaron de arrasarla de su propio territorio para edificar sobre sus escombros el edificio de la prosperidad en que soñaban. La tarea de estudiar las lenguas, la geografía y la historia antigua y nueva de América quedó casi exclusivamente para los misioneros. De esta manera se explica cómo los filólogos, etnógrafos e historiadores modernos busquen en las gramáticas, vocabularios, crónicas, narraciones, biografías e historias de los misioneros la fuente casi principal y a veces única para sus estudios.

Pero si en otras partes de América esas fuentes científicas se hallan repartidas entre varias Ordenes Religiosas y aun no pocos sacerdotes seculares, como pasa con la historia antigua de Nueva Granada, a la cual aportaron preciosísimos datos sobre los chibchas Piedrahita, Duchesne y Zamora, junto al franciscano Pedro Simón, en México puede asegurarse que ellas se hallan casi monopolizadas por la gran bibliografía franciscana. Allí están, para gloria de la religión seráfica y bien de la ciencia humana, la historia eclesiástica de Fr. Jerónimo de Mendieta, que Brasseur la considera como obra de capital importancia para la historia civil y religiosa de México, y cuyos capítulos acerca de las costumbres y ceremonias de la antigua religión mexicana serán siempre fecundo campo de preciosas investigaciones, como lo son también los que a la religión, costumbres, genio y carácter de los naturales de México dedicó el célebre Fr. Toribio de Motolinia en su famosísima *Historia de los Indios de Nueva España*; obras ambas que con razón Joaquín Icazbalceta la editó en la *Colección de Documentos para la Historia del México*. Allí están las memorias y diarios de viaje que escribieron muchos de aquellos infatigables misioneros, quienes como Fr. Juan Crespi, Fr. Tomás de la Peña, Fr. Juan

Díaz, Fr. Francisco Garcés y Fr. Pedro Font recibieron delicados encargos oficiales para explorar territorios desconocidos en los cuales debía entrar la civilización que llevaban con sus cruces y estandartes los conquistadores castellanos. Por mandato del Virrey don Antonio Bucareli, Fray Juan Díaz abrió el camino a los establecimientos de Monterrey por los ríos Gila y Colorado y hacia Sonora, desde la Misión de San Gabriel hasta el Presidio de Tubac, en 1772, en compañía del Capitán don Juan Bautista Anza; y Fr. Pedro Font marchó desde Querétaro a Monterrey y Puerto de San Francisco con el Coronel don Juan Bautista Dechura en 1774, conduciendo a los frailes y soldados con los cuales debía establecerse aquel puerto. Todos tres escribieron interesantísimas memorias sobre los territorios que recorrieron, y Fr. Pedro Font levantó una carta geográfica de todo el viaje. A estas memorias hay que sumar las que escribieron Fr. Luis Garcés sobre sus importantes viajes a la provincia Moqui y al río Colorado, adonde fué enviado por el mismo Virrey don Antonio Bucarelli por orden de la Junta de guerra reunida en México el 28 de noviembre de 1775, en unión del Teniente Coronel don Juan Bautista Anza y el P. Font, pero con recomendación expresa de que dejando a la comitiva en el río Colorado se detuviera allí examinando los lugares y pueblos de esa región, explorando el ánimo de sus naturales y su buena disposición para civilizarse y someterse al rey de España. ¿Quiénes han aportado mayores datos para la historia antigua de Yucatán y su importantísima cultura, sino los misioneros franciscanos? Sin la *Historia de Yucatán*, de Fray Diego López de Cogolludo, y la *Relación de las cosas de Yucatán*, del P. Fr. Diego Landa, no se conocería absolutamente aquel país, hasta ahora, tan estudiado y to-

davía poco conocido. Landa y Cogolludo son los historiadores de los mayas, como Sahagún y Torquemada lo son de los aztecas. La *Relación de las cosas de Yucatán*, de Landa, está considerada por los sabios como una indispensable clave para descifrar y conocer la cultura maya que en Palenque, Yucatán y Copán, etc., nos dejó imperecederos monumentos de arte. Landa fué el primero en estudiar los caracteres simbólicos de la escritura maya; en su libro consiguió la nomenclatura completa del calendario y el alfabeto maya, con lo cual hizo el más grande servicio a la ciencia histórica. «El libro de Landa—dice Brasseur—es la llave de las inscripciones americanas; sin él hubieran permanecido para siempre en un enigma, como los jeroglíficos egipcios antes del descubrimiento de la piedra de Rossette y los magníficos trabajos de Champollion.» Además de esto, las noticias que da Landa sobre los usos y costumbres de los mexicanos y yucatecos, y las antiguas fiestas del ritual maya, son importantísimas.

La *Historia General de las cosas de Nueva España*, de Fr. Bernardino de Sahagún, es obra incontestada como de un escritor docto y de un historiador lleno de crítica y veracidad, «cuyo trabajo—dice don Carlos María de Bustamante, que lo editó—no tiene parangón con todos cuantos se han publicado hasta ahora sobre la historia de México». En cuanto a la obra de Torquemada, ya la juzgó Humboldt, entre otros sabios, como «el mejor conjunto de hechos precisos que prueba un conocimiento exacto de los lugares». *La Monarquía Indiana* es, sin duda alguna, la obra más completa sobre el antiguo México. No en vano vivió su autor cincuenta años en ese país, entre sus primeros colonizadores, y utilizó magníficamente los escritos de Sahagún, Olmos y Motolinia.

¿Y qué decir de las obras de P. Bentancourt, el más instruido y docto en la lengua nahuatl, quien, en su *Teatro mexicano*, *Menologio franciscano* y *Tratado de la ciudad de México y las grandezas que la ilustran después que la fundaron los Españoles*, ha dejado bases fundamentales para la historia de México? Y al recordar la *Crónica* del Padre Fr. Juan Domingo de Arricevita, tan consultado por los estudiosos, sobre todo por la descripción de las Casas Grandes del río Gila y las curiosas consideraciones que consigna sobre los nahuas, no olvidemos el *Tratado curioso de las grandezas de Nueva España*, de Fr. Antonio de Ciudad Real; la importantísima *Relación* de Fr. Alonso Ponce, publicada, por su gran interés, en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*; las *Memorias* del P. Fr. Agustín de Morfi, juzgadas como una de las más interesantes obras que se han escrito sobre América, y la *Crónica* de Fr. Baltazar de Medina, ni olvidemos tampoco las doctísimas *Tardes americanas* del P. Granados, que contiene sucesos, cosas notables e ignoradas de la historia mexicana desde la entrada de los toltecas al valle de Anahuac hasta 1778, ni la *Historia de la conquista de los estados independientes del Imperio mexicano*, del Padre Fr. Francisco Trejes, llena de noticias precisas, interesantes y casi desconocidas sobre las conquistas españolas de Michoacán, Nueva Galicia, Jalisco, Colhuacán y Sonora; ni la verdaderamente colosal e inmensa obra que el P. Fray Manuel de la Vega escribió en 32 volúmenes in folio, obra todavía inédita, y de la cual sólo conocemos el índice completo, que lo publicó Civezza, y que contiene—según en él se ve—la historia completa de los indios mexicanos y la conquista y reducción por los españoles hasta 1792; ni la obra del célebre Torrubia, quien, no sólo escribió su *Chro-*

*nica Seraphica*, sino otras varias, como su admirable libro *Los manuscritos en la California*, con la que probó, mucho antes que Humboldt, las migraciones asiáticas a la América del Norte.

Y al concluir esta ligera enumeración, conste que dejamos mil crónicas, memorias, cartas y relaciones que, como el *Diario* que escribió Fr. Francisco Menéndez sobre la segunda expedición para descubrir el lago Nahuelhuapi, en Argentina, en 1791, son obras de aquilatado valor para los investigadores americanistas.

Y si de aquí bajamos a enumerar todo lo que escribieron para la evangelización y catequización de los indios los misioneros franciscanos de México, llenaríamos páginas enteras con los confesonarios, pláticas, sermonarios, catecismos y manuales piadosos que compusieron en todos los idiomas mexicanos. En ellos consignaríamos las obras religiosas del P. Dacia, tan erudito en la lengua tarasca como en la latina, griega y hebrea; la *Historia Sagrada*, en lengua maya, del P. Ruz; los *Devocionarios* en otomi, del P. López; el *Manual para administrar sacramentos a los indios pajalates, orejones, pacaos, tilijayas, alasapas, ponsenes, pascuaches, mescales, pampoyas, tacames, cheyopines, venados, pamaques, pihuiques, borrados, sanipaos, etc.*, del P. García, el gran misionero de Querétaro; los *Evangelios en lengua tarasca*, del P. Gilberto; las obras de los Padres Lizana y Beltrán. Contreras, López y Bautista, y de cien otros fervorosos misioneros, que gastaron su vida, no en la búsqueda del oro y la fortuna, ni de las delicias del Dorado, sueño de los conquistadores, sino en la conquista pacífica de unos hombres por medio de la civilización para Dios y para España.

VI

AMERICA DEL SUR



## VI

Como fué rápida la presencia de los misioneros franciscanos en la América del Norte y en la América Central, lo fué también en la del Sur, pues aunque los dominicanos y los mercedarios fueron los primeros en seguir las huellas de los conquistadores en la empresa del descubrimiento y conquista del Perú, los franciscanos deben ser considerados como los más firmes y constantes apóstoles en la evangelización de la América Meridional.

En Nicaragua se encontraban los primeros franciscanos que vinieron al Perú, cuando en 1532 Pizarro y Almagro decidieron definitivamente comenzar la conquista de ese magnífico país que descubrieran y visitaran algunos años antes. Desde allá vino en seguimiento de los castellanos uno de los religiosos más eminentes que registra la historia eclesiástica del Nuevo Mundo, y a quien conocimos ya en la conquista de los países de Arizona y Nuevo México. Amó a los indios, se compadeció siempre de ellos, púsose con laudable curiosidad a investigar sus tradiciones y trabajó, aunque en vano, por defenderlos de la tiranía de los conquistadores. En México fué Provincial de los frailes de su Orden y murió en la misma ciudad en 1558. Escribió dos buenos tratados acerca de los usos, costumbres y tradiciones de los indios de Quito y dió al famoso P. Las Casas

una sucinta memoria sobre las crueldades cometidas por los españoles en la conquista de Quito, la cual fué insertada por el Obispo de Chiapa en su tratado sobre *La brevísima destrucción de las Indias*.

A poco de haber salido Francisco Pizarro con rumbo al Perú, bajó con Benalcázar el P. Niza y se unió con el ejército conquistador en las costas ecuatorianas, en Bahía de Caraquez.

El P. Niza siguió a los conquistadores en unión de sus capellanes, asistió a la terrible escena de Cajamarca, y a la muerte del desgraciado Atahualpa, el último rey del gran imperio incaico, pasó con Benalcázar a la conquista del Reino de Quito; mas, horrorizado de las tropelías y matanzas que los castellanos cometieron contra los indios, y las que no pudo evitar con todas sus protestas, se volvió a Guatemala con don Pedro de Alvarado, que vino a disputar a Pizarro la conquista del Reino de Quito.

Pero si Fr. Marcos de Niza abandonó las huestes conquistadoras del Perú, los franciscanos no abandonaron el campo que éste les ofrecía para su admirable obra civilizadora en América, comenzada en La Rábida, continuada en México y llevada a los territorios de los apaches y navajos en la América del Norte. En él quedaron cuatro de sus hermanos en religión: Fr. Jodoco Ricke, que, en unión de Fr. Pedro Gosseal y Fr. Pedro Rodeñas, había sido enviado desde México por F. Juan de Granada, Comisario de la Provincia franciscana de la Nueva España, a Panamá, Nicaragua y al Perú, y el Hermano lego Fr. Antonio Portugués, coadjutor del P. Niza, que, como primer portero, sirvió en el convento de Quito por espacio de treinta años, al cabo de los cuales murió en fama de santidad, y cuyo

retrato, con el de Fr. Jodoco Ricke, se conserva en la portería de este mismo convento.

Entre todos estos hijos de San Francisco, descuella con propia luz, y luz inextinguible, Fr. Jodoco Ricke. ¿Quién era él?

Era Fr. Jodoco Ricke un hombre verdaderamente extraordinario. Flamenco de nación, había nacido por el año de 1494 en Malinas, de don Jodoco Ricke y doña Juana de Marselaer, sus padres. Noble por linaje, lo era aún más por su espíritu y su religión, y por su talento y santidad descuella en la historia de su Orden; por su actividad y celo apostólico, debe ocupar el puesto asignado a los grandes bienhechores de la Humanidad.

Como a Fr. Pedro de Gante, el célebre misionero de México, también a Fr. Jodoco le han hecho sus biógrafos pariente muy cercano del Emperador Carlos V. Creemos que ese real parentesco les viene a nuestros religiosos por el formidable resultado que alcanzaron con su actividad en sus trabajos, merced al incondicional y magnífico apoyo que para sus empresas les prestó siempre el Emperador.

Nosotros, francamente, sólo lo consideramos como un atributo poco feliz de quienes no conocen, o conocen apenas, la personalidad del eminente fraile, que, en medio de su franciscana pobreza y del ambiente pobre de un mundo en formación, alcanzó a establecer en la América del Sur, desde el principio de su descubrimiento y sobre cimientos ciclópeos, la colonia religiosa que más bienes ha hecho en esta parte del Nuevo continente.

Fray Jodoco fijó metódicamente en Quito el cuartel general de sus operaciones, por lo cual débese considerar el convento franciscano que allí estableció no sólo como el

más antiguo de la ciudad, sino como la raíz de la religión franciscana en la América del Sur.

Cuando a fines del mes de diciembre de 1534 Fr. Jodoco levantaba las paredes de la casa pajiza que durante algún tiempo había de servir no sólo de albergue de sus frailes, sino como escuela de artes y oficios para indios y colonos, todavía no se fundaba ninguna de las capitales de las actuales naciones sudamericanas, ni había frailes franciscanos, menos aún convento establecido de ellos en el naciente reino del Perú, por más que el Cronista mayor de la Orden en este reino, Fr. Buenaventura de Córdova y Salinas, lo hubiera asegurado en su conocido libro, esforzándose en probarlo con tradiciones, a falta de documentos. Digamos, pues, de paso, que toda aquella aparición en el Perú de los doce franciscanos que dieron el nombre a la Provincia de los Doce Apóstoles de Lima es pura fantasía, desmentida por últimos documentos. Cuando concluída la conquista del Perú se aquietaron un tanto los belicosos ánimos de los conquistadores, después de la muerte del Marqués don Francisco Pizarro, del convento de franciscanos de Quito salieron los frailes que, con Fr. Francisco de la Cruz y con Fr. Francisco de Santa Ana Marchena, fueron a poblar esos conventos; del convento franciscano de Quito salió en 1569 el mismo Fr. Jodoco Ricke a fundar el convento de Popayán. Del convento de Quito brotaron, pues, los tres primeros conventos de la religión seráfica en la América del Sur.

Admirable fué la actividad de Fr. Jodoco. No bien fundada la ciudad, pedía por amor de Dios al Cabildo, Justicia y Regimiento *un sitio para la casa del señor Sant Francisco*, y el Cabildo recompensaba el celo del religioso dándole un solar en el sitio mismo en que habían habitado los más poderosos capitanes del inca Huaina-Cápac. Luego so-

licitó, también humildemente, de los primeros vecinos de la ciudad limosnas para la misma casa, y aquellos castellanos no se las negaron; antes bien, le dieron más de lo que podían. Extendió después su mano hacia la mano generosa del más poderoso de los emperadores de la tierra, y Carlos V le dió tanto dinero que el humilde y pobre fraile tuvo para levantar uno de los más grandiosos monumentos del arte hispano-americano. Refiérese que una tarde se hallaba Carlos V en su palacio, mirando hacia las lejanías del horizonte, y como uno de sus cortesanos le preguntara qué era lo que tan atentamente mirara, contestóle: «Veó si asoman al fin las torres de la iglesia de San Francisco de Quito. Se ha gastado tanto dinero en construirla, que ya debe de llegar al cielo.» Hombre verdaderamente grande, Fr. Jodoco levantó, desde sus comienzos, el convento y la iglesia de San Francisco de Quito, como obra definitiva e insuperable, que aun hoy, al cabo de cuatro siglos, y a pesar de las inmensas vicisitudes que la han desgastado, arruinado y reducido, aparece imponente y rica como el monumento mejor de la ciudad y uno de los edificios más hermosos y peregrinos de América.

Pero al par de esa labor material, desplegó Fr. Jodoco otra más admirable, encaminada exclusivamente al bien del pueblo: la educación en todos los órdenes de la actividad humana. No bien arregló la improvisada vivienda para amparo de su naciente comunidad, fundó una escuela, en la cual los hijos de los colonos y los indios recibían no sólo la enseñanza de la doctrina cristiana, sino también lecciones de lectura, escritura y varias artes, sin descuidar las que especialmente daban los religiosos sobre labranza de la tierra y las propias lenguas indígenas a los infelices vástagos de la raza vencida. En un manuscrito titulado «Espe-

jo de verdades», hecho en 1575, en la Isla Española, y conservado hasta hoy en el Archivo de Indias de Sevilla, se encuentran las siguientes frases, que retratan, mejor que muchas páginas, la figura de Fr. Jodoco: «Enseñó a arar con bueyes, hacer yugos, arados y carretas..., la manera de contar en cifras de Guarismo i Castellano... además enseñó a los Indios a leer i escrevir... i tañer los instrumentos de música, tecla i cuerdas, sacabuches i cheremías, flautas i trompetas i cornetas, i el canto de organo i llano... Como era astrólogo devió de alcanzar cómo havia de ir en aumento aquella provincia, i previniendo a los tiempos advenedizos i que havian de ser menester los oficios mecánicos en la tierra, i que los Españoles no havian de querer usar los oficios que supiesen; enseñó a los Indios todos los géneros de oficios, los que deprendieron muy bien, con los que se sirve a poca costa i barato toda aquella tierra, sin tener necesidad de oficiales españoles... hasta mui perfectos pintores i escritores i apuntadores de libros: que pone para gran admiración la gran habilidad que tienen i perfeccion en las obras que de sus manos hacen: que parece tuvo este fraile espíritu profético... Debe ser tenido por inventor de las buenas artes en aquellas provincias... Es a Fray Jodoco a quien todo esto se devió.»

Nada más significativo y que pinte mejor la personalidad de Fr. Jodoco Ricke que esta carta:

«Estoy en esta villa de San Francisco de Quito, hace veinte y dos años; está la población casi situada bajo el equinoccio en un valle muy delicioso, donde reina una eterna primavera. Grande es la cosecha evangélica que podemos prometernos en estas regiones, por desear el pueblo ardientemente recibir la luz de la fe, pero hay pocos operarios para poder anunciársela. Por más que sean los perua-

nos medio salvajes y sin ningún estudio, se observa en ellos un orden admirable; no hay ningún pobre, si bien viven todos pobremente a juzgar por sus vestidos y por sus alimentos. Observan y administran justicia con más acierto que los que tienen leyes escritas; reconocen que hay un creador supremo de todas las cosas, pero adoran al Sol; aprenden fácilmente a leer, escribir y tocar cualquier instrumento. Soy el primer religioso de nuestra orden que habita estos sitios; Fr. Pedro Gosseal de Lovaina, mi compañero, me ha secundado poderosamente en la fundación de una custodia, que depende de este convento por ser el más antiguo.»

Juan de Luca, el continuador de Wading, dice que Fray Jodoco Ricke, según afirmación de Diego de Neru, era tan sabio como austero y penitente.

Una vez fundado el convento, Fr. Jodoco se preocupó también de la evangelización de los indios, que entonces eran innumerables en el reino. Por millares se venían de los campos a habitar en la ciudad, atraídos por la muchedumbre de los religiosos, quienes los halagaban de mil maneras para atraerlos a la religión cristiana y hacerlos hombres de provecho. Por esto, nada más justa que la frase de Odriozola, en sus *Documentos literarios del Perú*: «para los naturales y su instrucción se había hecho cargo de adoctrinarlos la esclarecida religión seráfica, y su fundador, el venerable padre Fray Jodoco Ricke de Gante»; pues fué inaudita la acción desplegada por los primeros hijos de San Francisco en el Ecuador. De la misma manera que en México fueron ellos los primeros en bautizar a los indios en la pila bautismal del convento de Tlascala, en Quito establecieron la primera de la América del Sur. Y así como en el bautisterio de Tlascala se conserva una pintura relacionada con el

bautismo de los señores de la antigua y aguerrida república de Ocoteculco, copia del original que se encuentra en el vecino pueblo de Tizatlán, obra de José Sánchez, así también en la portería del convento franciscano de Quito se halla el cuadro del pintor Astudillo, quien representó a Fray Jodoco bautizando a los indios. Allí ha retratado el artista toda la fisonomía moral de ese fundador, en una figura ascética y venerable, al mismo tiempo que humilde y llena de simpatía. Se halla bautizando a un indio adulto, mientras a su lado, una india espera el turno para el hijo que lleva en brazos. Pero el cuadro recuerda también otros beneficios de Fr. Jodoco. A un lado se ve una turba de indios que siguen atentamente la predicación del fraile, que les muestra una tosca cruz de leño por él mismo levantada, mientras en segundo plano se ve la primera sembradora de trigo que él mismo sembrara y un segador cosecha para ser repartido su fruto entre indios y castellanos, a fin de que sus catecúmenos comprendan mejor el significado de la segunda parte de la oración dominical: «El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, Señor!» Porque debemos consignar con más claridad todavía que Fr. Jodoco fué el introductor del trigo en la América del Sur. Cuando pasó a estas tierras se preocupó de traer en su cantarillo la primera semilla de trigo que sembrara en Quito, en la que es hoy plaza Bolívar y entonces era cementerio. Hasta 1831 se conservaba en la sacristía del convento este cantarillo, que Humboldt y Bolívar lo tomaron en sus manos con veneración religiosa y el primero lo recuerda en sus admirables *Cuadros de la Naturaleza*.

Decíamos que no pasaron inadvertidas a Fr. Jodoco y sus compañeros la instrucción y educación de los habitantes de Quito. Desde el principio de su establecimiento recogie-

ron a los pobres indios para educarlos y civilizarlos a fin de hacerlos hombres útiles para sí mismos y para la sociedad; pero no contentos con esta sola acción, fundaron poco tiempo después el primer colegio de instrucción pública que hubo en el Perú. Llamáronle Colegio de San Andrés y lo fundó en 1551 Fr. Francisco de Morales, religioso benemérito que vino con los segundos misioneros enviados en ayuda de Fr. Jodoco, y que después de un brillante apostolado en el Ecuador y Perú, en donde aprendió varias lenguas de los indios para facilitar su misión civilizadora, volvió a España, en el cargo de Provincial de Valladolid. Era, dice Córdova y Salinas, varón de singulares talentos, letras, prudencia y santidad; tenía gran talento, hermosa presencia, rostro grave y voz sonora, por lo cual fué un predicador insigne y el dechado del misionero.

Lo que enseñaban los religiosos en ese colegio está comprendido en las siguientes y sencillísimas frases de la Relación del P. Cózar, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Lima: «En este dicho colegio enseñan los religiosos a los yndios naturales deesta provincia de San Fran<sup>co</sup> de quito a leer y esrebir y oficios mechanicos como son albañiles carpinteros herreros sapateros sastres cantores y pintores Y todos los demás oficios y policía que gosan estos rreynos asimesmo enseñaban los rreligiosos eneste colegio a leer y a escribir gramatica I buenas costumbres a los hijos delos españoles demanera queeste Comvento fue la primera fuente enlo temporal y espiritual deestos rreynos.»

Como el colegio adelantara en su admirable labor, con aplauso de los pobladores españoles y contentamiento de los indios, nunca le faltaron recursos, pues obtuvo bien pronto el favor de los Virreyes y del propio Emperador.



VII

QUITO.—FRAY ANTONIO DE ZUÑIGA  
Y OTROS ILUSTRES FRANCISCANOS



## VII

Pero no siempre el camino se presentó llano a los religiosos franciscanos, empeñados en civilizar y evangelizar a los indios. Erigido el Obispado de Quito por el Papa Paulo III, a ruego del Emperador Carlos V, el 8 de enero de 1545, vino como primer Obispo de la nueva diócesis el Bachiller don Garci Díaz Arias, pariente muy cercano de Francisco Pizarro y su capellán en el Perú. Celoso de su ministerio y deseando, sin duda alguna, establecer sobre bases de severa disciplina su recién fundada diócesis, no vió con buen ojo la acción casi absorbente de los franciscanos en la conversión de los naturales. A su juicio, la enseñanza de la doctrina cristiana a los indios debía ser reglamentada por el Obispo, a quien tocaba hacer respectivos repartimientos entre sacerdotes y frailes. Ese acudir de la gente desde muchas leguas a la redonda al Colegio de San Andrés, ya para aprender la doctrina cristiana, ya para ser bautizada, ya, en fin, para recibir de los frailes las nociones siquiera elementales de «lectura, escritura, buenas costumbres y policía», chocaban al Obispo, que veía de esa manera—con muy poca sindéresis, por cierto—menoscabada su autoridad de pastor. Por otra parte, el mismo Cabildo de Quito apoyaba al Obispo en sus exageraciones y pretendía «que la dicha doctrina debía de hacer a su discreción

o cuando y en la parte y lugar que quisiese». Así lo dieron a entender ambas autoridades, repetidas veces, a los religiosos franciscanos, los cuales, a su vez, respetaban tales argumentos, apoyándose en el mandato evangélico: «Evangelizare pauperibus missit me», y en los magníficos resultados que habían tenido en poco tiempo, cuando la acción sacerdotal en estas tierras había sido débil, por la escasez de clérigos y las continuas guerras civiles entre los mismos conquistadores, gracias al tino, virtud y bondad de los hijos de San Francisco. Pero este razonar no fué escuchado ni por el Obispo, ni por el Cabildo, los cuales redoblaron su empeño para impedir a los religiosos la prosecución en su tarea, llegando al extremo inexplicable de que el mismo Obispo colocase en las calles que conducían al Monasterio, a manera de centinelas, «gente de cuadras y esclavos» para impedir a los indios el acceso al colegio. Al principio, los religiosos sortearon con cristiana resignación la pésima y escandalosa conducta de las autoridades. y entendiendo que ella se debía a celos y envidias muy propias del humano corazón, recurrieron a medidas indirectas, como fué la de elegir en calidad de patrón del colegio al mismo Emperador; pero viendo luego que la persecución no calmaba y el escándalo crecía. pidieron a la Real Audiencia de Lima una protección más directa contra molestias que podían traer como consecuencia lógica la clausura del colegio. La Real Audiencia, comprendiendo todo el mal que tan desmedido celo por la disciplina eclesiástica iba a causar a la civilización de América, dictó inmediatamente, el 3 de septiembre de 1555. una Provisión de Patronazgo real, tomando bajo su protección al dicho colegio y prohibiendo al Obispo, al Cabildo y a toda persona, embarazo o impedimento a la magnífica y laudable obra que hacían los fran-

franciscanos de Quito en beneficio material y moral de sus moradores. Mas como ni así cesaron las persecuciones del Cabildo y del Obispo, la Audiencia de Lima, a instancias del propio Virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, dictó una nueva Provisión real, amparando a los religiosos contra la porfiada campaña del Obispo. Esa Provisión, dada el 14 de marzo de 1561, es decir, quince días antes de la muerte del Virrey, es todo un reconocimiento oficial de la obra de los primeros franciscanos en Quito y en especial de la realizada por el primer colegio que fundara el P. Morales.

En ella se prohíbe al Obispo impedir a los indios la asistencia al colegio y el que los frailes doctrinen fuera de él, en cualesquiera pueblos de la comarca quiteña, y se obliga a devolver a los religiosos los indios sustraídos por el Obispo, y para quitarle, definitivamente, toda gana de seguir en su porfiada persecución a los religiosos, le amenaza con la pena «de perder la naturaleza y temporalidades» que tuviere en el reino y «mas dos mill pesos de oro» para la Caja real.

Fray Reginaldo de Lizárraga, en su Memoria descriptiva al Conde de Lemos, habla del Colegio de San Andrés en esta curiosa e interesantísima forma: «El sitio del convento es muy grande en una plaza de una cuadra delante dél, a donde incorporado con el convento tenían agora cuarenta y cuatro años un colegio, así lo llamaban, do enseñaban la doctrina a muchos indios de diferentes repartimientos, porque a la sazón no había tantos sacerdotes que en ellos pudiesen residir como agora; demás se les enseñaba también a leer, escribir, cantar y tañer flautas; en este tiempo las voces de los muchachos indios, mestizos, y aún españoles, eran bonísimas; particularmente eran tiples admira-

bles.—Conocí en este collegio un muchacho indio llamado Juan, y por ser bermejo de su nacimiento le llamaban Juan Bermejo, que podía ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice; este muchacho salió tan diestro en el canto de órgano, flauta y tecla, que ya hombre le sacaron para la iglesia mayor, donde sirve de maese de capilla y organista; deste he oído decir (dése fe a los autores) que llegando a sus manos obras de Guerrero de canto de órgano, maese de capilla de Sevilla, famoso en nuestros tiempos, le enmendó algunas consonancias, las cuales venidas a manos de Guerrero, conoció su falta. Esto no lo decimos sino por cosa rara, y porque no ha habido indio semejante en estos reinos.»

Muchos cronistas y viajeros de aquella época, como Fray Reginaldo de Lizárraga, en su Memoria al Conde de Lemos, y Diego Rodríguez Docampo, en su Descripción y relación del estado eclesiástico del Obispado de Quito, presentado al Rey Felipe IV el año de 1650, no deja de consignarlo entre las fundaciones más importantes de la iglesia en América.

La vida de este colegio, del cual con mucha razón dijo repetidas veces la Real Audiencia de Lima «que ennoblecía grandemente la ciudad de Quito», no fué efímera. Tomado por el Rey bajo su patronato y ayudado eficazmente por los Virreyes, en especial por el Marqués de Cañete, cuyo nombre llevaba, la cooperación de la población de Quito le dió vida centenaria. Hasta 1675 siguió en su obra civilizadora, y si murió, cargado de años y de méritos, fué para resucitar en nueva forma: la del Colegio de San Buenaventura, fundado por Fr. Dionisio Guerrero, del cual salieron hombres y religiosos eminentes. Pruébalo la gran cantidad de obras de filosofía y teología que, manuscritas e inéditas,

se conservan en sección especial en la Biblioteca del Convento de Quito.

Honremos, pues, la memoria de estos dos religiosos: Fr. Francisco de Morales y Fr. Dionisio Guerrero, quienes cimentaron sólidamente el edificio de la educación del pueblo durante la época virreinal. Fr. Francisco de Morales fué varón de singulares talentos, letras, prudencia y castidad. De Fr. Dionisio Guerrero dijo el Cabildo de Quito, en 1690, que «con sus letras y virtudes ha trabajado mucho por la paz y progreso de su orden y por el bien y utilidad pública». Ambos sujetos, meritísimos en la historia de la civilización americana y eminentes en la de la religión seráfica.

Y ya que hablamos de Fr. Dionisio Guerrero, preciso es recordar la obra que como misioneros desarrollaron nuestros religiosos en la evangelización de las tribus salvajes, que moran en los territorios montañosos del centro de la América del Sur, hoy pertenecientes al Ecuador, Perú, Bolivia, Colombia y el Brasil, ya que el P. Guerrero fué de los más fervorosos apóstoles de las misiones entre los indios gentiles de esa sección de América.

Fieles a la voluntad de su fundador, no podían los franciscanos de Quito desentenderse de llevar la civilización a las mismas selvas americanas, desafiando los peligros y afrontando la muerte, que más de uno de ellos encontró entre las garras de las fieras humanas que tratara de convertir a una vida racional y conforme con los destinos del hombre.

Y hablemos ahora de un insigne protector de los indios. En los primeros días del Virreinato y cuando recién principiaba la segunda mitad del siglo xvi, apareció en Quito en la Orden del Seráfico de Asís un fraile que debe ser considerado como uno de los mayores apóstoles del indio

americano. Fué éste Fr. Antonio de Zúñiga, noble español, pariente de aquel don Juan de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe y Consultor mayor de Castilla que aconsejaron al Real Consejo de Indias en la expedición de las célebres Ordenanzas dictadas a petición e instancias de Fr. Bartolomé de las Casas para aliviar la situación de los indios de América. Había pasado al Perú como adjunto al Marqués de Cañete, y a poco de encontrarse en Lima, cambió la casaca de seda bordada de oro y los honores y gozos de la Corte de los Virreyes del Perú con el sayal franciscano, viniendo a morar en el convento de Quito, donde se dedicó a civilizar a los indios. Contra lo que pensaba la mayor parte de los españoles, Fr. Antonio de Zúñiga consideraba a los indios semisalvajes o semicivilizados como a sus propios hermanos, y, como tales, deseaba hacerlos considerar por los mismos castellanos. El sentir de este fraile admirable en esta materia se halla claramente expuesto en la preciosa carta que, desde Quito, dirigió al Rey Felipe II, el 15 de julio de 1579, y que se halla publicada en el tomo XXVI de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Ese documento, que habla de la grandeza del espíritu franciscano, es también honroso para la Madre Patria, que, si tuvo hijos que en América desdijeron de la proverbial nobleza castellana, también envió tipos de reconocida hidalguía, verdaderos heraldos de la cultura española, abnegados voceros de su civilización y apóstoles de su causa. En aquella carta el Padre Zúñiga pone en conocimiento de Felipe II el estado en que se encuentran los indios de estos territorios después de casi media centuria de la conquista española, lamenta las deficiencias en las medidas tomadas para civilizarlos, delata los abusos de los colonos, el descuido de las autoridades en la administración

y buen gobierno de las colonias, la pereza de muchos religiosos en la evangelización de los pueblos, y pide al Rey providencias perentorias para resolver el único problema que al fraile preocupa: el mejoramiento y bienestar de la raza vencida en la conquista.

Conocedor profundo de algunas lenguas indígenas, se dedicó casi por completo a civilizar y catequizar a los indios, con quienes convivió tanto, que logró penetrar en el espíritu de ellos y conocer sus necesidades, vicios y defectos. Para él, el abuso de la coca, la práctica de la hechicería, la ignorancia en los indios de la lengua castellana y en los sacerdotes la de los indios, la mutación constante de los misioneros y su escasez, y la creencia ciega de los indios de que los españoles no habían de perseverar en América, eran las causas de que la civilización cristiana en ellos sea pura apariencia, cuando no absoluta nulidad. De lo que dejamos dicho fluyen los remedios que indicaría para lograr la realidad de civilizar a los indios. No podía convenir en los métodos civilizadores de las autoridades españolas, y así escribía al Oidor don Pedro de Hinojosa: «Lo que al presente se ofrece es un negocio que ha muchos días que ando tratando conmigo, porque como no me ocupo en dar orden cómo ir a Castilla rico, los ratos que me sobran, después de haber hecho mi doctrina, los ocupo viendo la necesidad de la tierra en pensar si pudiese servir a mi Rey y Señor con algún aviso provechoso para esta tierra; y en verdad aunque lo que quiero decir parece bien a mí y a otros hombres de buen entendimiento que lo escribo con miedo, porque acontece muchas veces no sólo no tomarse el consejo, pero hacer burla de quien lo da; pero esto no cabrá en vuestra merced, sino que si lo que dijere fuere bueno, se podrá conferir y escrebir a S. M. y al Vizorey, y si no se

recibirá mi buena voluntad y celo; y con esta confianza digo que me parece que hay tres puntos principales que remediar acerca de los indios. El primero, la seguridad de la tierra. El segundo, el ser relevados los indios de trabajos excesivos. Y el tercero dar orden cómo los indios sean cristianos de veras. Las cuales tres cosas se harían, si se hiciese lo que agora dire, Y bien entiendo que es cosa grande si el negocio se considera en sí; pero si se considera en quien lo ha de hacer que es el Rey nuestro señor, y el audiencia en su nombre, cosa muy facil es.»

De buena gana seguiríamos transcribiendo la larga y hermosa carta de Fr. Juan al Oidor Hinojosa. Ella es el reflejo del alma candorosa de un hijo de San Francisco y del noble espíritu de un apóstol verdadero de la civilización. Ella es también el fruto de un gran talento, que con la misma facilidad abarca el conjunto todo de la magnífica obra que debe realizar, que los detalles minuciosos, cuyo cuidado solícito le proporcionarán belleza y perfección. Hombres como Fr. Juan de Zúñiga no gastan en un análisis ineficaz y estéril la fuerza de su obra; cuando descienden a los detalles, es sólo para cincelar y modelar, pulir y perfeccionar más la obra que se han propuesto realizar.

Para la seguridad de la tierra proponía la fundación de muchos pueblos sacando gente de Quito, en donde iba creciendo de modo inaudito la población vecina. Los pueblos debían aún ser amurallados y fortificados para la pronta reducción de los indios insurgentes. «De esta manera, decía, Quito se aliviará un tanto de la mucha gente que tiene, la tierra del reino se ennoblecerá, porque mientras más poblada, más noble; y no como agora que para cualquier parte que un hombre salga, primero que llegue a un pueblo de españoles, ha de andar cuarenta o cincuenta leguas de

mal camino»; muchos pobres y holgazanes tendrían que comer; los indios y españoles tendrían más cerca la justicia para cuidar el orden y reprimir el vicio, y con todo esto españoles e indios vivirán mejor cuidados. Enemigo acérrimo de los trabajos excesivos que los españoles imponían a los indios, principalmente en los trabajos domésticos, proponía el fraile que se obligara a los mestizos a hacer esos trabajos, dejando a los indios trabajar en sus pueblos. «Tiempo era ya que en Quito—decía—se sirvieran de mestizos y zamboigos, que hay hartos, y los indios se recogieran a sus pueblos. Yo entiendo que si desde agora no los hacen trabajar, que han de ser el cuchillo desta tierra, porque tienen la gravedad y fuerza de sus padres españoles, y la desvergüenza y el poco temor de sus madres las indias.» ¡Impresionante profecía del fraile! Si a tiempo se le hubiera oído, no lamentarían las tierras sudamericanas el atraso en que se encuentran!

No menos admirable es el análisis y exposición de las cuatro clases de jornaleros en que clasifica a los mitayos. Sin lamentaciones pedantescas ni exageraciones tendenciosas, pinta con crudeza la desgraciada situación de los indios en las diversas mitas del servicio doméstico. «Justa cosa es decir que los indios trabajen y no anden holgazanes; pero también es justo que trabajen en las cosas en que trabajan todos los hombres del mundo.» Y luego añade: «Y dejando aparte el remedio de lo pasado para que en lo porvenir haya enmienda, conviene mucho que V. M. haga merced a los indios de esta tierra de Quito de dalles un protector que sea su padre, ayo y tutor, que tenga tanta autoridad como un oidor, el cual ande por sus pueblos, vea sus necesidades, pida visita cuando convenga, apele de las tasas cuando fueren excesivas, y que vuelva por ellos en

todos sus negocios y escriba a V. M. de cómo son tratados, al cual acudan también con los tributos, para quél entregue a sus encomenderos que los engañan en muchas cosas; y para que los encomenderos entiendan que no tienen en los indios más de aquel tributo de que V. M. les hace merced, y que los indios no son suyos, como ellos lo dicen, y que los indios no conozcan otro señor sino a V. M. porque aunque me dicen quel fiscal del audiencia es protector, no hace cosa en su favor, o porque no puede por los muchos negocios, o porque no quiere.»

No menos fuerte es la manera como juzga la conducta de ciertos indolentes sacerdotes, mestizos en su mayor parte, quienes ordenados por granjería, van a sustituir a los misioneros en las doctrinas y se ocupan de sus negocios, de su comodidad y hasta de sus malos hábitos, menos de lo que deberían ocuparse. Tenía razón Fr. Juan de Zúñiga al quejarse de aquéllos. El había pasado veinticuatro años sin más reposo que el de unas pocas horas de sueño, cuando lo permitían los largos viajes que hacía por caminos imposibles, montañas fragosas, ciénagas y arenas, tierras ardientes y nieves heladas, en busca de los indios para restituirlos a Dios y a la verdadera civilización.

Fray Juan de Zúñiga debe ocupar en la historia franciscana de América uno de los puestos más importantes y honrosos. Joven era todavía cuando escribió la preciosa carta que brevemente hemos comentado, pues apenas tenía cuarenta y tres años, y de ellos veinticuatro en servicio de los indios, del Rey y de la civilización de América. Todavía permaneció nueve años más sobre la brecha sirviendo diversos cargos en el convento de Quito, antes de regresar a España. Puede considerarse el esmero con que trabajaría el P. Zúñiga en el seno de su propia Comunidad y, principalmente,

cuando fué Guardián y Vicario Provincial de sus hermanos, para lograr una mejor preparación en los misioneros. Téngase en cuenta que en la sección interandina de la antigua Audiencia de Quito los indios hablaban más de veinte idiomas, sin contar los dialectos y lengua del Inca, y que sólo en las misiones de Mainas, cuidadas al principio por los jesuítas hasta su expulsión de los dominios de España, y después, en su reemplazo, por los franciscanos, se hablaban veintiocho idiomas diferentes fuera del quichua, para considerar las dificultades que debieron vencer los misioneros en su obra civilizadora. Por eso los franciscanos de Quito pusieron particular empeño en preparar las legiones de frailes que pasaban desde Quito hasta las inconmensurables selvas bañadas por el Amazonas y sus afluentes, desde el Putumayo y el Napo hasta el Ucayali y el Huallaga. Los Colegios de Misiones que establecieron desde un principio los franciscanos de Quito fueron viva muestra de la intensidad de su trabajo. Díganlo el Colegio de San Diego, el de Santa Clara y Santa Rosa de Pomasqui y el mismo de San Buenaventura, en cuyos claustros se preparaban los hijos del gran Santo de Asís para pasar a civilizar a los indios salvajes, y a cuyas fundaciones están ligados religiosos eminentes en ciencia y santidad, como Fr. Dionisio Guerrero, Fr. Fernando de Jesús Larrea y Fr. Bartolomé Rubio. El primero fué un grande y perfecto organizador de la tarea misionera; el segundo, un reformador heroico; y el tercero, un santo de singular ascetismo. El P. Rubio, varón penitente, amigo del silencio y consagrado a la meditación de las cosas divinas, como lo describe el historiador González Suárez, levantó en 1600 en Quito, a las faldas mismas del Pichincha y en terrenos que le regalara don Marcos de la Plaza, marido de doña Beatriz de Cepeda e Hinojosa, hija

de don Lorenzo de Cepeda y, por tanto, sobrina de Santa Teresa de Jesús, aquella joya del arte colonial que se llama el Convento de San Diego.

Muchas veces lo hemos descrito nosotros en algunas de nuestras obras. Cedemos hoy la palabra a Stevenson, aquel escritor inglés que fué secretario particular del Conde Ruiz de Castilla en los últimos días de la dominación española en el Ecuador y que en su interesante cuanto raro libro que sobre sus viajes por América del Sur, poetizó cuando hubo de consignar su recuerdo sobre el retrete sandiegano. «El convento de retiro de San Diego—dice—, que pertenece a los franciscanos, está, por su situación en una barranca de los arrabales de la ciudad, casi oculto en medio de los árboles y de las rocas. Este retrete es de los más románticos. Se ha puesto especial cuidado en que este edificio aparezca en todos los detalles como una ermita aislada, lo que atrae la atención del extranjero. Es tal vez en todo el Nuevo Mundo la morada que más conviene al retiro religioso. El aspecto pintoresco de las montañas circunvecinas, que se elevan por encima de las nubes, la risueña verdura de sus bases contrastan con las nieves eternas que coronan sus cabezas encanecidas. Un riachuelo serpentea, salta de una roca y se desliza luego por lo bajo de la barranca en busca de su nivel, interrumpido de cuando en cuando en su carrera por súbitas vueltas, macizos de árboles o montones de piedras y como diciendo: Hombre, tu carrera por el sendero de la vida se asemeja a la mía; pueden presentarse obstáculos que parezcan prolongar por unos instantes la peregrinación que debe para ti terminar en la tumba; pero tu estadía sobre la tierra es corta, tu vida semeja a mi corriente sobre la inclinación de esta montaña, continuamente se desliza hacia su término, y después de haber ex-

perimentado todas las vicisitudes de este viaje no te quedarán tal vez remordimientos de no haber sido suficientemente sabio para aprovecharlo.»

«Todos los deberes de la vida monástica se observan en este convento con mayor severidad: monjes de una palidez que atestigua la austeridad de su vida, visten de gris, llevan cilicios, y ligeras sandalias apenas garantizan sus pies semi-desnudos; su silencio habitual, su aire compungido, todo, todo habla por la santidad de un lugar donde hombres reunidos en comunidad no parecen vivir, sino prepararse a mejor vida. Con frecuencia he recorrido estos claustros a la caída de la tarde, prestando oído atento a los lejanos sonos del órgano de la iglesia y a los cantos solemnes de los religiosos, con tal respeto y recogimiento que no he experimentado jamás en ningún otro lugar.»

Del ambiente de estos conventos salieron millares de misioneros. Entre ellos figuran, ocupando un lugar de preeminencia, Fr. Laureano de la Cruz, Fr. Francisco de Anguita, Fr. Lorenzo Cararrubia, Fr. Antonio Caicedo, Fr. Juan de Quincoces, los hermanos legos Fr. Domingo de Brieva, Fray Pedro Pecador, Fr. Pedro de Moya, Fr. Francisco González y algunos otros más que hicieron en 1637 el verdadero descubrimiento del Amazonas, lo estudiaron y reconocieron en todos sus afluentes, desde Sucumbioz, en el límite de Colombia, hasta llegar al Brasil. Después de Orellana, que descubrió el Amazonas, los franciscanos de Quito pueden ser considerados como los primeros exploradores de aquel río, antes que los Padres Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda lo surcaran para ir a dar cuenta a Su Majestad de que se hallaba descubierto y explorado; pues Gonzalo Pizarro, Pedro de Orúa y el P. Rafael Ferrer lo exploraron sólo parcialmente. El P. Laureano de la Cruz escribió una

relación hermosamente sencilla de aquella famosa jornada de los misioneros franciscanos de Quito, que existe manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid y que el P. Marcelino Civezza la editó por primera vez en su *Bibliografía franciscana*.

»Principió aquella jornada en el río Putumayo, a cuyas orillas catequizaron a los feroces seños y becayas, pasando luego a los cofanes y entrando en el río Napó para llegar hasta los abixiras y encabellados, que atacaron a los religiosos con las armas en la mano, y continuaron hacia el Perú, salieron a la ciudad de San Luis de Marañón en los dominios portugueses del Brasil, de donde regresaron con la armada que despachó el Gobernador Jácome de Noronha, bajo el mando y cargo del General Pedro Tejeira, a hacer el reconocimiento de lo explorado por los franciscanos, hasta San Antonio de los Encabellados, en donde el General dejó la armada y a pie vínose con algunos compañeros y Fray Domingo de Brieva a visitar a las autoridades españolas de Quito. Regresáronse en seguida, Fr. Domingo de Brieva con orden de pasar a España a dar cuenta al Rey del nuevo descubrimiento del río de las Amazonas, y otros religiosos a ayudar y continuar la tarea que los otros habían quedado realizando en las selvas del centro sudamericano.

Del convento de San Diego salieron Fr. Pedro de la Cruz y Fr. Francisco de Piñas, que habían ya antes estado en los Encabellados, con rumbo al Perú para entrar con los religiosos de aquesta provincia a la conquista de los panataguas y Fr. Laureano de la Cruz y Fr. Andrés Fernández con otros religiosos a la reducción y pacificación de los feroces jíbaros y continuar con la de los omaguas, que cubrían un inmenso territorio de doscientas leguas de largo y treinta y cuatro pueblos. Embarcados estos últimos

religiosos en el río Napo, reconocieron el Coca, el Archidona, el Avila y el Payamino; pasaron en seguida al Aguarico, visitando a su paso a los encabellados, rumos y abijiras; reconocieron el Curaray, el río de los jíbaros y el de Maguas, en cuyas juntas moran los aguanatios, de cabezas chatas como los omaguas, llegando al fin a la isla Piramota, en plena provincia de estos feroces indios; de allí pasaron a un pequeño pueblo llamado Mayti, en donde permanecieron cinco meses catequizando a los indios. Prosiguiendo luego su viaje, encontraron a los mayuzumas, guarayeos y jaunas; llegaron a la desembocadura del Putumayo, reconocieron el río Jutac, el Aragatuva, a cuyas orillas moran los yaguanais; visitaron la provincia de los jorimanes, poblada de mucha gente atrevida y belicosa; llegaron a un río que lo apellidaron Negro, por la oscuridad de sus aguas; pasaron por la boca de otro que lo llamaron Madera, por la mucha que arrastraba en esos momentos; visitaron la provincia de los tupinambananes, la de los trapajosos, deteniéndose algunas semanas en cada una de ellas, lo mismo que en Curupá, de donde salieron con rumbo al Pará, a donde llegaron el 1 de febrero de 1651, a los cuatro años de haber salido de Quito.

Siguiendo el buen ejemplo de sus hermanos los religiosos, los dos religiosos ecuatorianos Fr. Pedro de la Cruz y Fr. Francisco de Piñas, humildes legos de su convento, que fueron a Lima, se internaron también en las selvas a civilizar a los indios de Tarauna y Huancabamba, exploraron el río Perene, siguieron su navegación por el Paro y Ucayali, y habiendo llegado hasta cerca de Aguitica, murieron en el río de la Sal a manos de los sípibos y callesecas.

Contar las admirables hazañas que realizaron en su apostólica tarea estos y otros religiosos del convento francis-

cano de Quito en las selvas orientales de Colombia, el Ecuador, Brasil, Perú y Bolivia, sería para llenar libros, que no el pequeño espacio de que disponemos. Pasemos, pues, sólo nombrando a otros misioneros no menos eminentes como Fr. José Barrutieta, cuya celosa obra en Sucumbios es tan recordada y encomiada por el historiador Velasco; Fr. Martín de San José, el célebre Comisario de las Misiones de la Provincia de los Encabellados, y sus compañeros Fr. Bernardo de Mora, Fr. Juan Benítez, Fr. Francisco de la Torre, Fr. Diego Barba, Fr. Vicente de San Julián y Fr. José Pecador, con quienes trabajó durante catorce años en la civilización de los indios andaqués, yaguamonjas y charubaes; el Venerable Fr. Pedro Guisado, que con Fr. Buenaventura Villapanilla, Fr. Juan Guillermo del Castillo y Fr. Francisco Javier Soto y los legos Fray Domingo Luna y Fr. Tomás Méndez, fué a restablecer las misiones del Putumayo y la de los tama, o payugajeos, que había quedado apenas reducida a los pueblos de San José de Aguese y San Diego de los Yantaguajes, después del martirio que sufrieron los Venerables Fr. Lucas Rodríguez de Acosta, Fr. Miguel Marín, Fr. José de Jesús María y el Hermano lego Fr. Juan Garzón en manos de los ceones, ocorazos, piácomos y encabellados.

Pero si omitimos mil nombres más que pudiéramos añadir a la lista de los intrépidos apóstoles franciscanos de la obra cultural española en nuestra América Meridional, no podemos callar ante la presencia del Ilmo. Fr. José Manuel Plaza, llamado con justa razón el Apóstol del Ucayali, en cuyas provincias permaneció cincuenta años, y apellidado el Angel de los Desiertos en plena Asamblea legislativa por el insigne liberal ecuatoriano don Vicente Rocafuerte, en un arrebató de entusiasmo y admiración,

alabado por todos los historiadores americanos que han dedicado capítulo especial a las misiones de América, ya desde el punto de vista de la causa de la civilización, ya desde el interés de la ciencia. Del Ilmo. Plaza dice Raimondi: «Uno de los más célebres misioneros y a quien debe el Perú no sólo la conservación de los pueblos del Ucayali, sino también el descubrimiento de regiones desconocidas, la fundación de nuevos pueblos, la apertura de caminos y la exploración del río Tambo, es el eminente P. Fr. Manuel Plaza. Pocos hombres, por cierto, han poseído como el P. Plaza cualidades personales tan favorables para su ministerio entre los infieles: inteligencia, abnegación, afabilidad, tolerancia, y a la vez energía, actividad y firmeza; todo se reunió en este distinguido misionero.» Y Eizaguirre añade: «¿Cuáles rasgos hay más hermosos ni más heroicos que los del Venerable P. Plaza, perfecto civil y misionero a un tiempo del distrito de Amazonas? El solo civilizó mayor número de indígenas que cuantos conocieron los jefes militares de aquellos mismos sitios; él penetró en lugares donde ningún otro hombre civilizado había llegado hasta entonces y él sólo conoció tribus, comarcas y dialectos desconocidos hasta aquella época a los españoles y a sus descendientes y sucesores en el gobierno del Perú. El fué instituído Prefecto civil del territorio del Marañón y juntó de esa manera el poder político al religioso, que le correspondía como Prefecto de las Misiones. Cincuenta años vivió entre los indígenas, y en tan largo período de tiempo conoció las vastas regiones que baña el Marañón en los territorios del Ecuador y del Perú con tanta exactitud como pudiera conocer un señor las porciones de su pequeña propiedad.»

A las autorizadas afirmaciones de un sabio y de un

escritor ilustre, nada podemos añadir sino que Fr. Manuel Plaza, por sus servicios a la causa de la verdadera civilización, fué colmado de honores por el Virrey Abascal, por Bolívar, por los Presidentes del Ecuador y del Perú y por la misma Santa Sede, que, a propuesta del insigne Racafuerte, le elevó a la dignidad de Obispo de Cuenca.

No puede hablarse del Ilmo. Sr. Plaza sin rememorar el famoso Colegio misionero de Ocopa, que los franciscanos tuvieron en el Perú; y como estamos comentando y exponiendo la obra que estos religiosos realizaron en la colonización de América, nada más natural que hablar en este como compendio de su obra, un poco de aquella magnífica institución sobre la cual se ha escrito mucho y no pocos libros.

En un hermoso rincón del valle de Jauja tenía cierto cacique una propiedad que por su situación era el encanto de los vecinos y colonos que a mediados del siglo XVII moraban en el pueblo cercano a Santa Rosa, que lo administraban, como curato de la Concepción, los franciscanos. La devoción del cacique a la Orden seráfica hizo que éste la donase al P. Fr. Francisco de San José, estableciendo allí un Hospicio de conversiones hasta el año de 1759, en que fué elevada la categoría de Colegio de Propaganda Fide por la Real Cédula de Fernando VI de 2 de octubre de 1757 y por Bula de Clemente VIII de 18 de agosto de 1758, a fin de incrementar y hacer más eficaz el trabajo misionero que los franciscanos del Perú habían desplegado con inaudito celo en todo el vasto territorio de las selvas orientales, principalmente en la llamada Pampa del Sacramento, descubierta el 21 de junio de 1726 entre los ríos Amazonas, Pachitea, Ucayali y Huallaga por los indios patanaguas de las Misiones de Pozuzo y Tillingo.

Muchos contratiempos habían sufrido los misioneros, no siendo los menores la muerte de alguno de ellos. Con todo, los prodigios que allí realizaron se cuentan a millares. En 1635, el lego Fr. Jerónimo Jiménez, entrando al Cerro de la Sal, fundó en Quimiri el primer pueblo, pero dos años después cae martirizado junto con Fr. Cristóbal Larios a manos de los indios campas, en el río de Perene. Sin desanimarse por esto, entra nuevamente la religión seráfica y opera con tanta decisión y celo apostólico que en 1640 hay siete pueblos administrados por Fr. José de la Concepción y Fr. Cristóbal de Mesa. El provecho que esta Misión aportó a la colonización lo demuestra el hecho de la fácil conquista que realizó de ese territorio el Capitán don Francisco Bohorque, castigado luego por el Virrey a causa de los abusos que cometió con su gente en aquella pacífica tierra. En 1657, Fr. Alonso Caballero entró a Payanzos y llegó hasta las tierras de los callisecas y setebos, pero con mal resultado, pues los indios se amotinaron y mataron a cinco religiosos y ocho indios cristianos que allá fueron mandados por el Guardián de Panatagua, Fr. Lorenzo Tineo. Porfiaron los religiosos en la reducción de aquellos rebeldes indios, pero luego también éstos mataban en 1670 a Fr. Francisco Mejía, presidente de las conversiones de Panataguas; Fr. Alonso de la Madrid, Fr. Alonso de Acevedo y otros cuatro religiosos. Un año después regresaban a la brecha cuatro frailes y dos legos a las órdenes de Fr. Alonso de Robles, varón apostólico de particular virtud, los cuales al fin lograron lo que no alcanzaron sus gloriosos antecesores. En 1673 entraron a la conquista de los campas, Fr. Manuel de Biedma con el lego Juan de Ojeda, y lograron someter a las tribus de los Andes, pangoas, mencaros, anapatis, pilcosunis, satipos,

capiris, cobaros, pisiatiris, cuyentimaris, sangirenis, zagorenis, quiritimiris y otros.

Siguiendo el ejemplo de sus hermanos, entran Fr. Francisco Izquierdo y Fr. Francisco Gutiérrez con los legos Fr. Juan de Ojeda y Fr. José de la Concepción a la conversión de Santa Cruz, para comunicarse con el cual Fray Manuel de Biedma hizo abrir y construir caminos en 1681 y 1684, por los cuales más tarde, en 1686, entraban los que debían reducir a los curibos, que moran junto al río Paco. Por inconvenientes que se presentaron, abandonan la misión de los curibos y la de San José de Camaringua, no sin lamentar en la retirada la muerte del ilustre misionero Fr. Manuel Biedma, quien con Fr. Juan de Vargas Machuca, Fr. José de Soto, un lego y un donado, murieron con las flechas que les dispararon los pirros de Anatapi.

Esta frecuencia en la muerte de los religiosos no podía menos que impresionar a los misioneros, que ya tenían recelo de entrar en los Andes. Pero vino Fr. Francisco de San José en 1708 y, animoso, restableció las Conversiones del Cerro de la Sal y Sonomoro. Entusiasta, pidió y obtuvo socorros del Rey Don Felipe V, con lo cual las Misiones progresaron tanto, que en 1730 llegaron al más floreciente estado, y más aún en 1790, gracias al acendrado celo y al incansable trabajo de los Padres Sobreviela y Girbal.

VIII

LA PAMPA DEL SACRAMENTO.—LAS MISIONES  
DE MAINAS.—PERU



## VIII

Descubierta que fué la Pampa del Sacramento, comenzaron las expediciones misioneras de los franciscanos, aunque pudiéramos decir mejor que continuaron apoyados en algunos historiadores que dicen que antes de su descubrimiento ya fué visitado por otros religiosos de la misma Orden, como los Padres Juan de Campos, José Araújo y Francisco Gutiérrez, quienes habían fundado dos pueblos en el Huallaga, y el P. Biedma, que bajando por el Pachitea y subiendo el Ucayali, había visitado el territorio de los cachibos, shetibos, cunibos, sípibos y panos. Según Raimondi, a pesar de que los misioneros habían seguido trabajando en estas regiones en los años de 1670-1756, no se consiguió resultado favorable alguno, ni lo obtuvieron las expediciones que en 1727-1731, 1733-1734 y 1735 dirigieron los Padres Fr. Alonso Arévalo y Fr. Simón de la Jara. En 1757 entraron los Padres Santa Rosa, Frezneda y Cabello al territorio de los panos de Mansa, en donde los salvajes matan al P. Cabello. Repitieron en mejores condiciones la expedición en 1759, pero tampoco obtuvieron resultados, pues los soldados que los acompañaban obligaron a los frailes a regresar. Insistieron éstos en 1760, y para ello salieron Fr. Francisco de San José y Fr. Miguel Salcedo, y en una ranchería del Manoa, llamada Suaray,

fundaron el pueblo de San Buenaventura del Manoa. Allí quedó el P. San José dieciocho meses, mientras el Padre Salcedo fué a Ocopa y pudo regresar de allí con provisiones, semillas, herramientas y animales domésticos para la futura población.

Con esto comenzó en forma la colonización de esa provincia. En el transcurso de siete años habíanse fundado siete pueblos sobre el Ucayali, fuera de los fundados sobre el río Pisqui y Aguaytía, el P. Frezneda, el lego Fr. Alejandro de las Casas y el P. Caballero, que con muchos otros frailes y principalmente con Fr. Juan de Santa Rosa y Fr. José Ansich, el conocido cronista de Ocopa, que en su libro, modestamente titulado *Compendio histórico*, ha dejado expuestos todos los trabajos, fatigas, sudores y muertes que los ministros evangélicos de la seráfica religión han padecido en las montañas de los Andes pertenecientes a las provincias del Perú.

Las Misiones de Manoa se hallaban magníficamente y los misioneros abrigaban no ya la esperanza, sino la seguridad de una completa reducción de todos los salvajes del Ucayali, cuando un nuevo desengaño vino a probar la paciencia de nuestros religiosos. Sublevados por un indio rungato, los súpibos cayeron un buen día sobre los cristianos y religiosos de los pueblos de Manoa y asesinaron a todos ellos, inclusive a quince religiosos, perdiéndose en un momento la labor de seis años.

Este atroz desengaño, sumado a los que anteriormente habían recibido los misioneros, les postró mucho tiempo, y así sólo veintidós años más tarde, Fr. Manuel Sobreviela, Guardián del Colegio de Ocopa, se proponía levantar las Misiones de Ucayali. Salió personalmente de Ocopa en 1790, cruzó la Pampa del Sacramento, siguió el curso del

Huallaga y llegó al pueblo de la Gran Laguna, entonces capital de Mainas. Llevado de su celo, pasó sin temor a Sarayacu, en donde fué recibido con muestras de mucha benevolencia por los hijos de los que asesinaron a sus hermanos, y como le pidieran se quedase allí a restablecer la Misión, ofreció enviarles sacerdotes con este objeto, lo que cumplió regresando a Ocopa y despachando a Fr. Narciso Girbal y Fr. Buenaventura Marqués, a que fundaran la nueva Misión de Sarayacu. Esto sucedía en 1791. Hasta 1795 las cosas anduvieron bien y todo parecía prometer risueño porvenir. Mas de improviso surgieron disturbios entre las tribus con amenaza de una verdadera y terrible catástrofe, que hizo temer a los misioneros, quienes resolvieron regresar a Ocopa. En estos graves momentos para las Misiones de Ucayali se presentó en la escena el Ilustrísimo P. Fr. José Manuel Plaza. Sabedor del inminente peligro que se cernía sobre aquellas Misiones, apenas ordenado sacerdote salió de Quito con permiso de sus superiores y transmontando por el Napo, llegó a Sarayacu, conferenció con los Padres Girbal y Marqués y ofreció tomar a su cargo la Misión. Aceptaron éstos gustosos el ofrecimiento y abandonaron Sarayacu, no sin haberle ofrecido enviarle de Ocopa todos los elementos necesarios para el buen servicio de la Misión: alimentos, semillas y un religioso que le acompañara.

Cumplieron con lo ofrecido en cuanto a las provisiones, y así durante tres años recibió regularmente todo, menos el religioso que debía acompañarle en aquella soledad.

Mientras tanto, el Ilmo. Plaza había pacificado la Misión y encarrilado dentro de una sabia y oportuna disciplina, de lo cual creyó un deber comunicar al Guardián de Ocopa, rogándole enviara un Visitador a cerciorarse del

floreciente estado de las Misiones de Ucayali. El Padre Fr. Luis Colomer, que fué nombrado para esta comisión, regresó a Ocopa a informar acerca de las maravillas efectuadas por el Ilmo. Plaza en Ucayali, y alabó el tino y capacidad del ilustre misionero. Como resultado del informe, el Guardián de Ocopa le envió el auxilio de seis religiosos, que él los distribuyó en varios puntos del Ucayali, necesarios para llevar a cabo la tarea que se había propuesto realizar. Los prodigios realizados por el P. Plaza iban en aumento. En 1811 y 1812 exploró muchas secciones del oriente peruano, descubriendo y pacificando la nación de los senchis, descubriendo el origen del río Huancha y la tribu, que la denominó de los Hotentotes; ayudó a abrir el camino de Ocopa a las Misiones de Manoa por el río Tambo, a orillas del cual fundó en 1815 el pueblo de Lima-Rosa con ciento treinta familias de piros que allá se las llevó. Apaciguó en 1816 las feroces tribus del río Pangoa, y cuando en ese mismo año terminaba la Prefectura del P. Plaza, el pueblo de Sarayacu tenía casi doscientas familias y las Misiones de Ucayali trece pueblos muy bien formados.

No hay de qué admirarse si por entonces la fama del Ilmo. Plaza se había extendido por todos los ámbitos del Vicariato del Perú. ¡Quién no hablaba de sus obras! ¡Quién no ponderaba los méritos del insigne misionero! El Virrey Abascal lo hizo venir a Lima para que le informara sobre la geografía de aquellos territorios y la navegabilidad de sus ríos para un caso probable de repliegue o retirada del ejército realista acosado por las fuerzas libertadoras de Chile y de Colombia. Dió al Virrey las indicaciones que le pidió y, colmado de honores por Abascal, regresó el Padre a su retiro de Sarayacu. Allí permaneció tranquilo en su

tarea, hasta que las guerras de la Independencia trastornaron las Misiones y la República suprimió el Colegio de Ocopa. Los religiosos que acompañaban al P. Plaza fueron retirados y quedó solo y abandonado de los hombres entre sus queridos salvajes. La vida que desde entonces—1821—llevó es toda una epopeya. Aislado, sin recursos, olvidado por completo de los hombres civilizados, se debatía en la miseria. Cuatro veces dirigió sus miradas suplicantes al Gobierno del Perú, pintándole su dolorosa y triste situación, y otras tantas el silencio le indicó la certeza del abandono y de su soledad. Ante esta amarga y cruel verdad, el P. Plaza retempló su espíritu, acostumbrado a la lucha con las fieras y salvajes, y se dedicó a la agricultura, a la industria y al comercio para sostener sus Misiones en los siete pueblos que había fundado. Plantó caña, destiló aguardiente y fabricó panelas, saló pescado, consiguió cacao y zarzaparrilla, y reuniendo todos estos productos organizó periódicas remesas a la frontera del Brasil, en donde los cambiaba por instrumentos y objetos necesarios para sus misiones. Pero el P. Plaza no podía atender solo todos los siete pueblos con la constancia que era preciso y necesario; de modo que los indios, viéndose casi abandonados, volvieron a su vida nómada y salvaje. Sólo perseveraron los de Sarayacu. Un día cayó gravemente enfermo el P. Plaza; la fiebre le había privado del conocimiento. Cuando lo recobró, al cabo de quince días, se encontró rodeado de sus indios, que, de rodillas ante una imagen de la Virgen, imploraban de ella la salud del misionero. La ternura y emoción que éste sintió no es para descrita. Enfervorizado su amor, decidió al fin venir a su patria, a implorar en ella los recursos que el Perú le negaba.

El 17 de diciembre de 1828 bajó de Sarayacu por Ucayali al Marañón, y por el Napo se vino a Quito, en donde el Obispo Lasso de la Vega y el Libertador Bolívar lo elogiaron como merecía. Ambos le protegieron, lo mismo que otras personas, recogiendo mil quinientos pesos; compró con ellos algunos artículos necesarios para las Misiones y regresó volando a Sarayacu, en donde sus hijos le colmaron de caricias, y besándole el manto lo llevaron en hombros a su celda. Como se le agotaran los fondos que recogiera en Quito, volvió al trabajo antiguo de pescado salado y zarzaparrilla.

En 1835 recibió la visita del teniente de navío de la Marina británica William Smith y de su compañero Frederik Lowe, que, atraídos por los escritos y hechos del Padre Plaza, habían decidido conocerle y conocer la región del Mayro, del Pachitea y del Ucayali. Excusado es pintar el gozo de todos con semejante encuentro, y muy principalmente del P. Plaza, que al cabo de diez años veía una cara de hombre civilizado y tenía noticias del mundo, que lo había abandonado entre aquellas selvas.

En 1843 recibió otra visita del Conde de Castelnau, el célebre naturalista francés, quien admirado no sólo de la abnegación y virtudes del ilustre misionero, sino también de su ciencia, llevó el nombre del P. Plaza a Francia, como los ingleses lo habían llevado antes a hacerlo resonar en la Gran Bretaña.

Al fin, en 1836, el Gobierno del Perú derogó el decreto de supresión del Colegio de Ocopa, permitiendo de esta manera el restablecimiento de las Misiones del Ucayali. Dos años después se abrió nuevamente el Colegio, y en 1840 entraban en el Ucayali los Padres Fr. Juan Crisóstomo Chimini y el lego Fr. Luis Bieli, con los cuales y

los recursos que le enviaron organizó una expedición con el objeto de abrir una comunicación para Huanuco por el río Pachitea, pues era muy larga por el río Huallaga. En 1842, 1843 y 1844 organizó otras expediciones para llegar al antiguo pueblo de Pozuzo, fundado en 1712 por Fray Francisco Jiménez de San José. En 1844 salió el P. Plaza a Lima, en donde permaneció hasta 1845, en que volvió nuevamente al Ucayali por el Mayro. Su llegada a Lima fué la de un triunfador: el Obispo, el Gobierno, la Prensa, la sociedad entera exteriorizó su admiración por tan ilustre franciscano. La fama de sus virtudes llegó a los oídos del Presidente del Ecuador, el insigne don Vicente Rocafuerte, quien, en un discurso sobre manera elogioso, pidió que el Congreso Nacional propusiera al P. Plaza para Obispo de Cuenca. El 29 de octubre de 1848 era consagrado como tal en la catedral de Quito, a la edad de setenta y cuatro años. En el ejercicio de su cargo puso especial empeño en organizar las Misiones de su jurisdicción; trató de colonizar Gualaquiza y abrir comunicación con el Brasil por Tabatinga navegando por el río Santiago. A los ochenta años hizo la última expedición hacia los salvajes de Gualaquiza para reducirlos y formar pueblos, poniéndolos en el camino de la verdadera civilización. Pocos meses después de su regreso de esta expedición moría el Apóstol del Ucayali, el más típico de los misioneros franciscanos de la América del Sur y sin duda alguna el más ilustre.

Pero fuera de las Misiones entre infieles y de los veintidós conventos que tenían en el Ecuador, dentro de los límites de la Provincia franciscana, los seráficos religiosos tuvieron a su cargo nada menos que cincuenta parroquias, que, al decir del historiador González Suárez, eran las me-

por servidas y atendidas de todo el Obispado de Quito. Y ya que nos hemos ocupado de un obispo franciscano, digamos que no fué el Ilmo. Plaza el único que produjo el convento seráfico de Quito. Recordemos junto al Apóstol del Ucayali al Ilmo. Fr. Francisco de Sotomayor, octavo Obispo de Quito; Fr. Jerónimo de Villacarrillo, Obispo de Tucumán; Fr. Pedro de la Santísima Trinidad Arizala, Abogado, Oidor de la Real Audiencia de Quito y Arzobispo de Manila; Fr. Mariano Díaz de la Madrid y Unda, Obispo de Cartagena de Indias y de Quito; Fr. Hipólito Sánchez Rangel y Fayas, Obispo de Mainas; Fray José María Massía y Vidiella, Obispo de Loja, y Fr. José María Yerovi, Arzobispo de Quito.

Como hombres de ciencia, el convento franciscano de Quito tiene en su escalafón a teólogos insignes como Fray José Fernández Salvador, Fr. Antonio de Jesús Bustamante, Fr. Miguel Tapia Guerrero, Fr. Vicente de Jesús y Médicis y Fr. José Villamor Maldonado, elegido por Felipe IV para Comisario General de Indias, Confesor de Doña Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano, y que obtuvo los más altos cargos de la Orden; a eruditos como Fr. Lorenzo Ponce de León y Castillejo, de los Condes de Selva Florida, Fr. Francisco Montoya y Fr. Juan Tufiño, Fr. Félix de Zea, Fr. Cristóbal López Merino, Fr. Bernabé Serrano, Fr. Clemente Rodríguez, Fray Antonio Jurado, Fr. Joaquín Larrain, Fr. Juan Ramírez, Fr. Bartolomé de Ibarra, Fr. José Colarte, Fr. Pedro Man, Fr. Pedro de Alcántara Mejía, Fr. Juan Caballero y otros más, cuyas obras unas se han editado, como las del Padre Maldonado, y otras se conservan aún inéditas en la biblioteca del convento de Quito; varones de Santidad y tipos de Virtud como Fr. Bartolomé Rubio, el fundador del con-

vento de la Recolección de San Diego; Fr. Miguel Romero, Fr. Jerónimo de Villacarrillo y los Venerables Fray Pedro de la Concepción, Fr. Juan Estevan, Fr. Francisco de Piña, Fr. Domingo de Brieva, Fr. Pedro Pecador, Fray Fernando de Jesús Larrea; oradores como Fr. Alonso y Fr. Bernardino de Salazar y Fr. Juan de Narváz; cuando había de predicar el primero se prevenían los fieles con tres días de anticipación y ocupaban con tiempo los mejores lugares del templo para escucharle; el segundo fué llamado por su fervor y ardoroso celo en la predicación el *nuevo Elías*, y al tercero lo apellidaron *Crisóstomo*, por su elocuencia y prodigiosas dotes oratorias; hombres de trabajo como Fr. Jodoco Ricke, Fr. Fernando de Cózar, Fr. Dionisio Guerrero, Fr. Ramón de Sequeira y Mediburu, Fr. Cristóbal Rosaneli, Fr. Eugengio Díaz Carralero, Fr. Francisco de la Graña, a quien se deben los adelantos todos y la riqueza artística de su convento; artistas como Fr. Francisco Benítez, escultor; Fr. Juan Zúñiga, músico, y Fr. Antonio Rodríguez, arquitecto insigne, que ha dejado preciosos monumentos en Quito y cuya salida de esta ciudad para ir a Lima por orden de sus superiores causó unánime protesta de la Audiencia y del Cabildo y un casi levantamiento de todo el pueblo, tan serio que fué motivo de todo un proceso que se elevó ante el Consejo de Indias; literatos y sabios como el enciclopédico Fr. Vicente Solano.

Desde los primeros años del Convento de Quito no escasearon entre los franciscanos varones eminentes en letras, ciencias y artes, hombres aptos para enseñar, educar y civilizar a los pueblos. Muchos de esos religiosos en los siglos *xvi* y *xvii* fueron maestros de la juventud de entonces, en el Colegio de San Andrés, y en el *xviii* en las cá-

tedras de la Universidad de San Gregorio Magno y en el Colegio de San Luis, cuando expulsados los jesuítas de los dominios de España, en 1767, fueron llamados los franciscanos a sucederlos.

Consignemos para honra de la religión seráfica en el Nuevo Mundo lo que dice la Relación del Presidente Diguja al Consejo de Indias en 3 de enero de 1768: «En oportuno tiempo—dice—se dieron providencias para la continuación de los Estudios, en la Universidad y Colegio de San Luis, encargando sus Cátedras a los sujetos más condecorados de la Religión Franciscana.» Estos fueron los religiosos Fr. Gregorio Enríquez de Guzmán, Fr. Vicente de Jesús y Médicis, Fr. Antonio Baca, Fr. Mateo Pérez, Fr. Isidoro Puente, Fr. Manuel Corrales y Fr. Francisco de la Graña.

En un manuscrito antiguo que se conserva en el Archivo del convento de Quito, titulado *Relación de algunas obras públicas de beneficencia hechas por la religión seráfica en el Ecuador*, se dice: «En tiempo del Señor Obispo Polo, que gobernó la diócesis de Quito, tenía la Provincia Franciscana 52 curatos, servidos por religiosos de su Orden. Su Señoría Ilma pidió al Rey de España, bajo cuyo dominio se hallaba el Ecuador, que pasasen estas Doctrinas al clero secular; así lo hizo el Rey, dejando sólo dos Curatos pa la Religión de San Fran<sup>co</sup>. De aquí se infiere que esta benéfica Orden no solo catequizó y creó estos 52 Pueblos, sino todos los que comprenden la República, y que de tpo. en tpo. fueron pasando a los Clérigos hasta dejarles sólo dos Párroq<sup>s</sup>. En esto se ve claramente con cuánto provecho y utilidad de las almas y del Estado trabajan los Religiosos de San Fran<sup>co</sup> en todo el Ecuador.

»La ciencia de los Franciscanos ha sido tan aventajada

y conocida, que en la expatriación de los Jesuitas, acontecida en el año 1767, no sólo pasó el Obispo las Pláticas doctrinales de los Jueves de Cuaresma, que predicaban estos Padres, a la Iglesia de S. Fran<sup>co</sup>, sino que también el Presid<sup>te</sup> don José Diguja pidió al Provincial le nombrase cuatro religiosos que subrogasen en las cátedras públicas que dictaban los Jesuitas en la Universidad, y el Provinc.<sup>l</sup>, nombrándoles prontamente le dijo al Presidente que si no le parecía aquellos sujetos nombraría otros y otros hasta que fueren de su agrado. Todo esto cede en beneficio del público y consta en varios documentos de los Jesuitas que están archivados en la Secretaría del Colegio Seminario de San Luis de esta capital.

»Pero el zelo apostolico de esta Religion no se ha limitado sólo al Ecuador. También subrogaron los Franciscanos en las Misiones de las vastas montañas de Maynas. Desde Quito tenían que viajar hasta Jeveros y las fronteras de Portugal, después de haber catequizado a los infieles que ocupan las orillas del río Napo, las de todo el Marañón hasta Tabatinga. Y en tiempos más remotos tuvieron otras misiones en Sucumbios o Putumayo en donde padecieron martirio algunos religiosos, el P. Marín, Sacerdote; el Hermano Garzón, converso, y otros cuyos nombres se han perdido con el tiempo, a manos de los indios socoracos y encabellados.»

Con razón dice el historiador González Suárez: «La Orden de los Franciscanos es la más antigua en el Ecuador y la que más trabajó en la conversión de los indios... Los Padres Franciscanos habían fundado conventos en todas las ciudades y villas del Obispado de Quito y sostenían doctrinas numerosas de indios, de tal manera que muchos de los principales pueblos que actualmente tiene la Re-

pública fueron fundados por los religiosos de San Francisco.» En efecto, nosotros hemos visto algunas actas de fundación y reducción de pueblos y en todas ellas hemos encontrado que figuran los religiosos franciscanos.

El Gobierno de Mainas comprendía gran parte del oriente ecuatoriano, a excepción de Quijos y Jaén de Bracamoros. Sus desconocidos territorios bañaban, pues, el Napo, el Pastaza y el Amazonas con otros de sus tributarios, aunque propiamente la nación Mayna, descubierta en 1616 por unos soldados de la ciudad de Santiago de las Montañas, situada en la parte superior del célebre Pongo de Manseriche, se halle solamente en el Alto Marañón.

Las Misiones de Maynas estuvieron a cargo de los jesuítas desde 1637 hasta 1767, en que fueron expulsados. Para sustituirlos nombró el Presidente de la Real Audiencia, don José Diguja, a dos sacerdotes seculares como Vicario y Visitador general de esas Misiones, y los Obispos don Pedro Ponce y Carrasco y don Blas Sobrino y Minayo proveyeron del número de sacerdotes necesarios para el gobierno de los pueblos. Un año más tarde, los franciscanos pidieron al Presidente se les admitiera a servir las Misiones expresadas, y Diguja, agradecido, los otorgó, porque la experiencia de sólo un año le había demostrado que entre los seculares no había «suficiente número de sujetos que quieren perseverar en aquella penosísima apostólica ocupación», según dice expresamente en su nota dirigida al Capítulo provincial el 25 de diciembre de 1768. En los primeros días de 1770 fueron designados doce religiosos para que, con el Comisario Fr. Joaquín Barrutieta pasaran a Jeveros, y a fines de aquel año completábanse diecisiete, y en los primeros de 1771, veintiuno. Acerca del fruto de las Misiones franciscanas de Maynas, dice don

Pedro Moncayo, escritor nada afecto a la religión católica: «Las Misiones no florecían como en tiempo de los jesuítas, pero tampoco decaían. No faltaban misioneros de fe ardiente que consagrasen su vida a esta penosa y durísima tarea. Los Godoyes, Ríofríos, Villacreses, etc., religiosos de verdadera vocación y ferviente celo, propagaban el Evangelio en los mismos lugares en que la palabra elocuente de los jesuítas había cosechado copiosos frutos.»

Para comprobar la fuerza de la actividad franciscana en lo que constituyó el Virreinato del Perú, no basta señalar la rapidez con que allí se estableció y desarrolló la Orden seráfica; veinte años después de la conquista, la Provincia franciscana del Perú, con cuatro custodias: la de los Charcas, la de Nueva Granada, la de Quito y la de Chile, que en 1565 se convertían a su vez en provincias separadas. Es inenarrable la prodigiosa acción que desplegaron en ese inmenso territorio aquellos celosos misioneros que recorrían con inaudita paciencia centenares de leguas y civilizaban millares de indios. Recuérdense los doce mil que redujeron en el Callao y los pueblos que allí fundaron Fr. Francisco de Morales y Fr. Francisco de Alcocer; las Misiones de los Panataguas, comenzadas por Fr. Felipe de Luyando, Fr. Juan Rondón y Fr. Juan Velasco, que anduvieron miles de leguas hasta llegar a los lejanos países de los chuscos, timayos, tinganeses, chinataguas y cutquiscanas y en las cuales se inmortalizaron Fr. Juan de Cabezas, Fr. Agustín de Mendía, Fr. Francisco Suárez, Fr. Alonso Gómez y Fr. Gaspar Vera avanzando en victoriosas y épicas jornadas hasta los feroces cozmonomas, maylonas, apudcanas, amamazos y huesicas, aparezcan las egregias figuras de Fr. Gaspar de Vaños y Fr. Mateo de Xumilla en Cajamarca; de Fr. Ber-

nardino de Cárdenas, el más amado de los indios, apóstol en el Perú y en Río de la Plata, quien penetrando sin temor en los territorios de los terribles chunchos redujo a la obediencia y a la civilización cristiana a los pueblos de Challana, Singo, Chacapa y Simaco el extraordinario Apóstol de las Américas, llamado con justo título el San Francisco Javier occidental, a quien los indios miraban siempre y en todas las Misiones en donde se encontraban como su protector y padre; mídanse en un mapa las inmensas distancias que recorrieron los Misioneros franciscanos del Perú, los extensos territorios que ocuparon desde Tarma, Jauja y Huanta, Manoa y Ucayali, hasta Huamuco; desde Huaybas y Cajamarca hasta Somoro y Apurímac; téngase presente que sólo el Colegio de Ocopa fué el centro y la llave de la civilización para los salvajes del Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Brasil y Paraguay, y se comprenderá el heroico apostolado ejercido durante siglos por los franciscanos en la América meridional esparciendo la civilización con paciencia, sacrificios y valerosa constancia de que no hay ejemplo en la virtud humana. Con razón Felipe IV, ante la obra sola realizada en las Misiones de Panataguas por los franciscanos del Vicariato del Perú en nueve años, les felicitó en carta que escribía al Marqués de Mancera, admirado de que el Padre Luyando, en el corto espacio de nueve años, hubiese pacificado tantas tribus salvajes, fundado tres pueblos y levantado seis iglesias. ¡Qué fraile aquél! Digno hermano de Fr. Francisco Solano, de Fr. Bernardino de Cárdenas y sobre todo de aquel lego maravilloso, Fr. Mateo de Xumilla, que recorrió todo el Perú y se estableció en Cajamarca, cuya provincia evangelizó, y redujo sus cincuenta pueblos. Fray Mateo había traducido en verso y lengua

indígena y puesto música a la doctrina cristiana, de modo que en las visitas que hacían a los indios de aquellos cincuenta pueblos le salían los niños al encuentro cantándole lo que les había enseñado. Sus superiores le enviaron a Chachapoyas para que descansara de sus fatigas, y en efecto, descansó construyendo para los suyos un magnífico Convento.

¿Y en el Alto Perú? Allí, sobre el Potosí, nos aparecen resplandecientes las figuras de Fr. Antonio Comaiuncosa y Fr. Manuel Miño, dos de los religiosos más grandes de la Provincia de Bolivia. Fray Manuel Muigo fué el fundador del Colegio Misionero de Tarija y antiguo observante del Colegio célebre de Ocopa. En Tarija vivió cincuenta y dos años ejerciendo su apostólico ministerio ya entre los salvajes, ya entre los cristianos. Con él vino Fr. Antonio Comaiuncosa en 1777. Recorrió Uruguay, toda Bolivia, gran parte del Perú y de la Argentina, desarrollando su acción civilizadora desde Arani, en Arequipa, hasta Patagonia. Empleó toda su vida en dar Misiones al Clero, en los Colegios, en los Monasterios y hasta en las cárceles de las ciudades esparcidas en esos inmensos territorios. Compañero inseparable del Arzobispo de la Plata, José Antonio de San Alberto, a quien acompañaba en sus visitas pastorales y le daba sus consejos, fué durante siete años Comisario de las veintiuna misiones entre salvajes que entonces pertenecían al Colegio de Tarija.

Y lo prodigioso en las Misiones franciscanas del rico Perú es que jamás el oro y la riqueza, que constituían el ambiente de ese Virreinato, las corrompió y las hizo decaer. Puede afirmarse que el secreto del buen éxito de la acción franciscana en todo el Nuevo Mundo radicó en la sabia regla de la pobreza, fielmente observada por sus

apóstoles. Varones pobres por constitución, la ambición que alimenta el oro se estrelló en su acerado e invulnerable pecho.

Pudieron los conquistadores, como en realidad aconteció, olvidarse de los preceptos de la verdadera civilización durante la conquista; los franciscanos, no. Jamás se convirtieron éstos en Judas para vender a la civilización cristiana por un talego de dinero, a pesar de que lo tuvieron a su alcance. Y en ninguna parte del Nuevo Mundo pudo tentarles la codicia más que en los Charcas, centro del oro y de la plata, en donde se hallaban las hasta hoy célebres minas de Potosí y Oruro, esas minas de Potosí que durante muchos años produjeron semanalmente treinta mil pesos de sólo los quintos reales, sin contar con los minerales de Chichas y Lipes y las de las Provincias de Carangas, Merenguela, Cicacica, Pacaxa, Tihuanacu, San Antonio de Esquilache, Cailloma, Lampa, Pomasi, Santa Lucía, Condoroma, Vilcabamba y Carabaya, con su oro tan rico como el de la tan feliz Arabia.

En ese dorado ambiente de riqueza floreció la Provincia franciscana de los Charcas, sin que inquietara el ánimo de los religiosos otra cosa que la instrucción y civilización de los indios; pues si alguna vez creyeron que la plata les iba a dañar y corromper, abandonaron los curatos y doctrinas de mucha riqueza, como sucedió con las doctrinas de Carangas, Pacaxes y Potosí. Cuando el Virrey Toledo quitó a los clérigos las doctrinas del Collao, a petición de los indios, ¡cuánto trabajó con Fr. Jerónimo de Villacarrillo para que los franciscanos las tomaran a su cargo! Y como el Virrey le llamara la atención sobre el hecho de que habían venido a expensas del Rey y de su caja, el Comisario le contestó que estaban pronto a servir

esa doctrina, siempre que los alimentos necesarios fueran suministrados a los religiosos y curas en especie y no en dinero; y sólo después de este arreglo y por especial mandato de Felipe II volvieron los franciscanos a las ricas doctrinas de Collaguas.

En lo único que pusieron la monta fué en el adorno y decencia de sus templos, cuyas fábricas fueron siempre las mejores en todo el Nuevo Mundo, gracias a la generosidad de los fieles y al entusiasmo santo de los religiosos.



IX

P E R U  
(CONTINUACIÓN)



## IX

Importante y populosa fué la provincia de Charcas apenas establecida, y cuando aún formaba parte de la del Perú. Fray Pedro Portugués fundó en el Cuzco el convento franciscano que Fr. Pedro de los Algarves y Fr. Hernando de Hinojosa le trasladan al sitio en que actualmente se halla, el año de 1549; en 1547 funda el convento de Potosí Fr. Gaspar de Valverde, y el de Chuquisaca, Fray Francisco de los Angeles, en el valle de Chuquiambo; en 1552 el convento de Arequipa, Fr. Francisco de Victoria; en 1581 el de Cochabamba; en 1600; el de Mizque; en 1606 los de Oruro y Tarija, y en 1637 el de Arica, que lo fundó Fr. Juan de Acosta. A estas fundaciones hay que añadir las doctrinas, que no fueron pocas, y que las establecieron los mismos religiosos adjuntas a los conventos de Yauqui (1560), Callalli (1560), Urcus (1570) y Pocona (1577); sus Recolecciones del Cuzco (1599), Chuquiaca (1600), Urubamba (1613) y Arequipa (1648) y los conventos de Clarisas en el Cuzco (1558), Chuquisaca (1639) y Cochachamba (1648).

¡Y qué acción tan práctica y civilizadora la que desplegaron allí los franciscanos! Junto al convento de Chuquisaca estableció Fr. Juan Aroca una casa en donde congregaba a los niños, españoles e indios, sin distinción al-

guna, y les enseñaba a leer y escribir, aparte de la doctrina; y a fin de atraerlos, les repartía siempre algún mendrugo de pan o alguna golosina que solía conseguir de limosna.

Pero las empresas mejores que realizaron los franciscanos en los Charcas fueron las Misiones entre salvajes. Principiaron por la reducción de los indios chiriguanaes, encomendada a ellos por excusa de los jesuítas, a quienes había encargado primero esa tarea el Rey Felipe II. A su nombre, el Virrey propuso la tarea a los frailes de Chuquisaca, y a desempeñarla se ofrecieron diecisiete religiosos, de los cuales eligió el real acuerdo a Fr. Agustín Sabio y al lego Fr. Francisco González.

En 1609 dieron los religiosos principio a su santa jornada, que terminó muy mal por la codicia de un clérigo malvado y del Corregidor de Tarija, don Fernando de Casola.

En 1621 Fr. Gregorio de Bolívar entró a catequizar a los chunchos y a los lecos por montañas asperísimas y caminos imposibles; siguiéndole el célebre Fr. Bernardino de Cárdenas, primero, y luego Fr. Bernardino de Medina, Fr. Luis Ramos, Fr. Alonso Mexía y el lego Fr. Francisco de la Cruz, y un indio donado. Tampoco hicieron nada, por haberse interpuesto la ambición tonta de un español que conocía la lengua indígena: Diego Ramírez.

En 1623 llegaron alarmantes noticias a La Paz sobre una rebelión del pueblo de Zongo, en donde los indios habían muerto al Corregidor y a otras personas fastidiados por el mal procedimiento de los colonos españoles. Tan olvidados de sus deberes morales vivían éstos, que hostilizaban sin piedad a los infelices indios de Zongo, Chillana, Simaco y Cachapa con el pago de tributos, las co-

branzas de las mitas y el negocio de la coca, a que les obligaban no sólo con palabras duras, sino con los castigos crueles que les aconsejaba la codicia. Los indios civilizados comparaban su situación con la de sus vecinos los salvajes chiguanaes, lecos y chunchos, y viéndola en extremo lastimosa, decidieron librarse de sus opresores, dándoles muerte e internándose después en los montes para evitar toda represalia, para vivir como antes vivían y como vivían sus vecinos, a sus anchas, en el ocio y la molicie, sin servir a nadie ni dar a persona alguna la más pequeña cuenta de sus actos. La matanza que hicieron fué terrible, y si sólo respetaron al Cura fué para ponerlo preso y soltarlo luego en misión ante el Virrey a que informara del mal proceder de los españoles. El Cabildo de La Paz mandó a Fr. Bernardino de Cárdenas con Fr. Diego de Obando y Fr. Luis Ramos a calmar a los indios y ver el modo de reducirlos a la obediencia. No les costó gran trabajo el cumplimiento de comisión tan delicada, pues los indios de Zongo, en cuanto los conocieron por el hábito y la religión a que pertenecían, los recibieron humildes, y no sólo se calmaron, sino que ofrecieron apaciguar a los de los otros pueblos.

Poco después juraban todos obediencia a las autoridades españolas y la paz volvió a reinar en sus pueblos.

Fray Gregorio de Bolívar, con Bulas especiales de la Santa Sede, se decidió convertir a los indios motilones, para lo cual Felipe IV ordenó que de su Real Hacienda se le dierę todo cuanto fuere necesario para el viaje. Entró por la Provincia de los Chachapoyas acompañado de un corista y un lego el año de 1627. Ignorando el idioma de los indios, se mantuvieron seis meses entre ellos, aprendiéndolo, y encantados los salvajes de la bondad de los

religiosos, hasta formaron pueblo, que desgraciadamente se disolvió en cuanto atacaron el horrible vicio de la embriaguez. Sin descorazonarse por el fracaso y desengaño, el P. Bolívar, acompañado de los legos Fr. Juan Sánchez y Fr. Luis de Jesús, salió de Chuquisaca en 1631 con el auxilio real y especial orden del Virrey Conde de Chinchón, y entró en la región de los terribles indios chiriguanaes, por el valle de Cochabamba, en busca del país de Pastiti, andando por caminos tan fragosos e incómodos hasta para las fieras, a pesar de la oposición de todos cuantos veían lo temerario de la empresa. Los funestos presagios se cumplieron. Años más tarde se supo que los feroces indios los habían atado a los árboles de la montaña y dado una muerte cruel. Quiere la tradición que Fr. Luis de la Cueva, Guardián del Convento de Pocona y su Vicario y compañero, lo mismo que otros vecinos, hayan visto por la noche y durante dos años continuos, en la víspera de San Gregorio Magno, tres columnas de fuego en el Cielo por la parte que caía hacia el lugar por donde habían penetrado los mártires a la terrible montaña de los feroces indios. Una vez más los franciscanos pusieron sus plantas en donde no la pudieron poner los más famosos conquistadores españoles. Pedro de Candía, uno de los trece de la fama, y luego el Maese de Campo Pedro de Leguí, emprendieron la conquista de esas tierras de los Charcas abriendo camino por el valle de Camata, y desistieron, no tanto por la ferocidad salvaje de sus habitantes, cuanto por la domadora fiera de la naturaleza misma, tan hermosa cuanto ingrata y rebelde al hombre. Sin embargo, por esos mismos caminos fragosos y lodazales inmundos, por entre aguas y pantanos, desafiando lluvias y chorreando sangre, va un religioso por la cordillera de Arepuchos.

¿Quién es? Es el cura doctrinero del pueblo de Pocona. Dos veces al año emprende ese mismo vaje Fr. Alonso de Argüello, quien con su paciencia y sagacidad, con su humildad y amor ha alcanzado a calmar los feroces instintos de sus apartados feligreses, los yungas. Cuando Fr. Alonso murió, todo ese vasto territorio se conmovió y sus habitantes acudieron en masa a llorar a su Padre, y después de su entierro se retiraron, inconsolables y tristes, a sus montañas solitarias y apartadas.



X

CHILE.—RIO DE LA PLATA  
BRASIL Y PARAGUAY



## X

Magnífica es también la historia de los Franciscanos en Chile. Basta rememorar la expedición primera al archipiélago de Chiloé, la famosa que hizo el piloto don Francisco Machado, a quien acompañaron esos religiosos desde el puerto de San Antonio de Chacao, en la provincia de Chiloé, para reconocer y explorar el archipiélago de Guaitecas, y Guaianeco por órdenes del Gobernador don Carlos de Beranger; la que hicieron Fr. Benito Marín y Fr. Julián Real, misioneros del Colegio de Ocopa, en 1778. a estos mismos archipiélagos siendo Gobernador de Chiloé don Tomás de Jáuregui y presidente de las Misiones Fray Juan Bautista Peirano; y la que en 1779 y 1780 realizaron Fr. Francisco Menéndez y Fr. Ignacio Vargas.

Trabajaron tanto los franciscanos en esos lugares, que las relaciones por ellos escritas sobre las islas Carolinas, en cuya reducción y colonización se hicieron famosos Fray Jerónimo Clota y Fr. Narciso González, son no sólo maravillosas, sino interesantísimas desde todo punto de vista.

Pero para comprender la acción franciscana en Chile, nada mejor que la lectura de la *Historia de las Misiones de la República de Chile desde la conquista hasta nuestros días, al cargo de los mui Reverendos Padres Franciscanos*, escrita y editada en 1854 por Fr. José María Bo-

nazzi. En ella se ven las luchas y trabajos que soportaron los misioneros franciscanos en la conquista de los araucanos, que duró doscientos cincuenta años de continuo penar; pues sin duda alguna fueron no sólo los más insensibles a la civilización entre todos los naturales de América, sino los más indómitos, lo mismo con los conquistadores que con los Sacerdotes; con más que éstos pagaban siempre las faltas de tino, los abusos y crueldades de aquéllos. ¡Qué historia tan gloriosa es la del Colegio misionero de Chillán y qué páginas las que escribió entonces la Prefectura de Misiones franciscanas de Chile en la historia de la civilización! Y para tener una idea de esa labor misionera, que no descuidaba detalle alguno en la colonización americana, sépase que Fr. Miguel de Aguirre escribió en 1647 un volumen in folio sobre la *Población de Valdivia, motivos y medios de hacerla, defensas del reino del Perú para resistir las invasiones enemigas de mar y tierra*. ¡Qué frailes aquéllos!

Y qué decir de las Misiones franciscanas del Gran Chaco, acerca de las cuales Fr. Pedro Pellici, prefecto apostólico del Colegio de Salta, escribió un bellissimo libro que es toda una glorificación del Colegio de Propaganda Fide de San Carlos de Buenos Aires. Pero no podemos recordar las Misiones franciscanas del Río de la Plata sin hablar de su gran apóstol, el célebre Fr. Bernardo Armentia.

Después de la desastrosa muerte de don Diego de Mendoza a manos de los indios querandíes y de la triste que tuvo su hermano don Pedro cuando regresaba a España, pasó con el Veedor Alonso de Cabrera, en 1537, a socorrer a los españoles que habían quedado en el Río de la Plata, el Padre Fr. Bernardo Armentia con cuatro reli-

giosos y a fundar la provincia franciscana que le llamó de Jesús.

Describir la obra del Comisario del Río de la Plata será siempre hacerle un panegírico. Basta, para conocer el maravilloso espíritu que animaba a Fr. Bernardo, leer la carta que el 1 de mayo de 1538 dirigió desde Puerto de San Francisco al que después fué Obispo de Calahorra, don Juan Bernal Díaz de Lugo, del Consejo de Indias. Es emocionante el suavísimo celo que demuestra en su narración, sobre todo cuando cuenta las profecías del indio Etiguara, quien cuatro años antes de la aparición de los religiosos entre los calchaquíes pasó doscientas leguas predicando la venida de los cristianos como una bendición celeste y componiendo cantares populares en que ordenaba guardar los Mandamientos y detestar la poligamia. A ello se debe, afirma el Padre, que los religiosos fueran recibidos en las palmas de las manos. Y enternecido al referir todo esto, clama por que Su Majestad «envíe un Fator que traiga labradores, que no son menester conquistadores, porque es gente recia, y si los lastimasen, luego serán alzados; y es una gente tan animosa, que no dexarían hombre a vida». «Y sepa vuesa merced—añade—que la mala vida y el mal exemplo de los que acá viniesen por conquistadores, les haría menospreciar nuestra Fe; porque viendo que yo les hago guardar la Ley de Dios a la letra, y la guardan con toda voluntad, si viessen lo contrario en los que acá viniessen, dirían que éramos burladores, pues a ellos les mandábamos que la guardasen la Ley de Dios, y los Christianos viejos la quebrantaban... Vengan labradores, y traigan mucho hyerro, y algún lienzo, y ropa, y ganado de vacas, y ovejas burdas, y caña de azúcar, y algodón, y trigo, y zebaía, y toda manera de

pepitas, que se darán bien, y sarmientos, que se hagan muy grandes viñas.»

No obstante que los jesuítas llenan la historia del Brasil y del Paraguay, no fué escasa la acción de los franciscanos en éstos países. Unido a la historia franciscana en América está el nombre de Fr. Bernardino de Cárdenas, Obispo del Paraguay y uno de los más extraordinarios apóstoles del Nuevo Mundo; víctima de injustas persecuciones que duraron catorce años, le impidieron visitar las Misiones jesuíticas de Paraná, Uruguay e Itati; su memoria ha sido vindicada plenamente por la obra que en 1879 publicó Fr. Pedro Gual contra las insolencias de Cretineau-Joly.

Y así, en el Brasil perdurarán con justicia eternamente los nombres de los Padres jesuítas Nobrega, Alpiscueta y sobre todo del Padre Simón Rodríguez, amigo y discípulo predilecto de San Ignacio de Loyola, y del Padre José de Anchieta, apóstol eminente, sacerdote santo, docto maestro, artesano, filólogo, político, alabado y encomiado por todos los historiadores y cronistas, no olvidarán las páginas que escribieron los franciscanos en la colonización de ese país. Ni podrán olvidar que antes que Portugal se decidiera por la colonización del Brasil, ya habían arribado a sus playas los misioneros franciscanos. En efecto, no fueron jesuítas, sino hijos de San Francisco, los cinco frailes que acompañaban a Pedro Alvarez Cabral bajo la autoridad de Fr. Enrique de Coimbra, en 1500, como lo fueron también los dos religiosos compañeros de Cristóbal Jacques en 1503.

Luego, cuando comienza en realidad la colonización, los franciscanos hacen cuartel general en Manaos, de donde vigilan sus Misiones de Tamari, de los caripunás, calde-

ras, muras y pamas, al lado izquierdo del río Madera. Después establecen las Misiones de San Antonio, de San Pedro y de San Francisco. Un siglo más tarde, la Provincia de la Concepción, de Río de Janeiro, tenía trece conventos: siete en el Obispado de Río de Janeiro y seis en el de São Paulo, y a la cual se agregaron ocho Misiones de indios en el primero y seis en el segundo.

Para conocer los trabajos realizados en el Brasil por la seráfica Orden es preciso ver la magnífica obra de Fray Antonio de Santa María Jaboatam, *Novo Orbe Seraphico Brasilico*, que es la Crónica de la Provincia franciscana del Brasil. La importancia del libro puede juzgarse por el hecho de haber sido reimpresa por orden y a expensas del Instituto Histórico del Brasil. Es preciso también leer el *Voyage dans le Nord du Brésil durant les années de 1613 et 1614*, escrita por el P. Ives d'Evereux, en donde recuerda los maravillosos hechos de los capuchinos franceses que siguieron a La Ravardière y Razilly cuando vinieron a conquistar las tierras que después las recuperó Portugal, entre los cuales narra las obras realizadas por ellos entre los tupinambas. Con los portugueses vinieron también los franciscanos. De paso debemos señalar la obra filológica del P. Ives, su *Vocabulario de la lengua tupinamba*, señalada con interés por los sabios.

Pero el más grande de los misioneros franciscanos en el Brasil y una de las figuras culminantes de la historia franciscana en América es, sin duda alguna, Fr. José María de la Concepción Velloso. ¡Qué hombre y qué fraile! Mientras evangelizaba a los pueblos salvajes del Brasil, estudiaba su prodigiosa naturaleza, y publicó una serie

de importantes trabajos que han inmortalizado su nombre. Hoy no hay naturalista que no conozca y consulte y cite las obras del P. Velloso. Escribió sobre la flora del Brasil, sobre el cultivo de la caña de azúcar, sobre el queso y la manteca, sobre la tintorería, sobre el café y su cultivo, sobre el cacao y las especies, sobre las minas, sobre el cultivo del lino, del cáñamo, del algodón, de la quina, de la pimienta, sobre la fauna americana. Escribió unas curiosas instrucciones para trasplantar por mar los árboles, las plantas vivas, semillas y otras curiosidades naturales, una memoria sobre la cochinilla, un tratado sobre dibujo y arquitectura, otro sobre abejas, otro sobre el cultivo de las patatas, otro sobre el agua y muchísimas traducciones de fibras útiles para el país, sobre todo en el ramo de la agricultura. El P. Velloso, profesor de Ciencias Naturales en 1786, puso la piedra fundamental del monumento científico americano. Tuvo por compañeros en la misión científica que le encomendó el Virrey Luis de Vasconcellos y Sousa, para que escribiera su flora fluminense, a Fray Anastasio de Santa Inés, *escritor de las definiciones herbáceas*, y Fr. Francisco Solano, magnífico dibujante y miniador de las plantas y noble pintor, autor de los frescos del Claustro del Convento de São Paulo.

\* \* \*

Aquí terminamos este ligero bosquejo histórico. En él se verá cómo la historia de las Misiones franciscanas es la historia de casi toda la civilización americana durante la conquista y la época colonial. Nunca como al escribirlo he-

mos sentido la verdad que encierra la frase de Lummis: «Para dar siquiera un bosquejo de la obra realizada por los misioneros españoles en ambas Américas se necesitaría llenar varios volúmenes.»

Torrubia, al hablar de la magnífica labor que los franciscanos realizaron en América, dice que con razón la Santa Sede solía decir que los frailes menores en la conversión de las gentes del Nuevo Mundo han andado tan activos y veloces como unos ángeles.



## BIBLIOGRAFIA



## BIBLIOGRAFIA

- Coronica de la Religiosissima provincia de los Doce Apóstoles del Perú de la Orden de N. P. San Francisco*, por el P. FRAY BUENAVENTURA DE CÓRDOVA Y SALINAS. Lima. Año de 1651.
- FR. LUCAS WADING.—*Epitome Annalium Ordinis Minorum. Romae ex-Tipographia Nicolai Angeli Tüi assij. M.DC.LXII.*
- FR. JOSEPH FORRUBIA.—*Chronica de la Seraphica Religion del Glorioso Patriarcha San Francisco de Assis.*—Madrid.—M. DCC. LVI.
- FRAY JUAN DE SAN ANTONIO.—*Encyclopedia, Author Fr. Joannes a S. Antonio, Salmantino. Matriti. Ex Tipographia Causee V. Mattis de Agreda. Anno 1732.*
- FR. FRANCISCO GONZAGA.—*De Origine Seraphicae Religionis Franciscanae ejusque progressibus. Romae. Ex Typographia Dominicæ Basæ. M.D.LXXXVII.*
- HAROLD.—*Epitome Annalium Ordinis Minorum. Sectio 2.<sup>a</sup> Anno Christi 1534. Romæ 1662.*
- PABLO HERRERA.—*Apuntes para la Historia de Quito.*—Quito, 1884.
- Libro Primero de Cabildos de Quito.*—Quito. 1934.
- GONZÁLEZ SUÁREZ.—*Historia Eclesiástica del Ecuador.*—Quito. 1885.
- GONZÁLEZ SUÁREZ.—*Historia General de la República del Ecuador.*—Quito. 1890-1893.
- FRAY FRANCISCO MARÍA COMPTE.—*Defensa del P. Fr. Jodoco Ricke.*—Quito 1882.
- FRAY JOSÉ MARÍA BONAZZI.—*Historia de las Misiones de la República de Chile, desde la conquista hasta nuestros días, al cargo de los muy Reverendos Padres Franciscanos. 1854.* Santiago de Chile.
- FRAY ANTONIO DE SANTA MARÍA JABOATAM.—*Novo Orbe Seraphico Brasilico. 1775.*

- P IVES D'EVEREUX.—*Voyage dans le Nord du Brésil durant les années de 1613 et 1614.*—Biblioteca Americana, Montevideo, 1890.
- FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN.—*Historia General de las cosas de Nueva España.*—México, 1829-30.
- FRAY DIEGO LANDA.—*Relación de las cosas de Yucatán.*—Sin lugar, 1864.
- FRAY DIEGO LÓPEZ DE COGOLLUDO.—*Relación de las cosas de Yucatán.*
- FRAY DIEGO LÓPEZ DE COGOLLUDO.—*Historia de Yucatán.*—1688, Madrid.
- FRAY DIEGO LÓPEZ DE COGOLLUDO.—*Los tres siglos de la dominación española en Yucatán.*—Campeche, 1842-45.
- FRAY MARCELLINO DE CIVEZZA.—*Saggio di bibliographia seraphica sanfrancescana.* 1857.
- FRAY JERÓNIMO DE MENDIETA.—*Historia eclesiástica Indiana.* México. M. DCCC. LXX.
- FRAY JUAN DE TORQUEMADA.—*Los veynte y un libros rituales y Monarchia Indiana con el origen y guerras de los Indios Occidentales.* Sevilla 1615.
- HENRI TERNEUX-COMPANS.—*Essai sur la théogonie mexicaine.* Paris, 1840.
- HENRI TERNAUX-COMPANS.—*Histoire du Mexique.* Paris, 1850.
- HENRI TERNAUX-COMPANS.—*Voyage, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la decouverte de l'Amérique.* Paris, 1849.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN  
LA IMPRENTA INDUSTRIAS GRÁFICAS  
ESPAÑA, S. L., MÉJICO, 49, MADRID,  
EL DÍA 19 DE MAYO DE 1955, FESTIVIDAD  
DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR







Fact 497



Fact 497

BX3607 .N32  
Los franciscanos en la conquista y

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00020 3135